

LA FE ORTODOXA
Padre Thomas Hopko
Volumen 1

DOCTRINA Y ESCRITURA



INDICE

I - LAS FUENTES DE LA DOCTRINA	3
II -EL SÍMBOLO DE NUESTRA FE	17
III - LA SANTÍSIMA TRINIDAD	59
IV - LA BIBLIA	69
V - EL ANTIGUO TESTAMENTO	74
VI - EL NUEVO TESTAMENTO	82
VII - LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN	97

Instituto de Teología Ortodoxa San Ignacio de Antioquía

Taller de Espiritualidad 2020

WWW.CORPSANIGNACIO.COM

I -LAS FUENTES DE LA DOCTRINA

LA REVELACIÓN

Todos los días por la mañana, en el Oficio de Matutinos, la Iglesia Ortodoxa proclama: *“Dios, el Señor, se nos ha manifestado; bendito el que viene en nombre del Señor”* (Sal 118:26-27). El primer fundamento de la doctrina Cristiana se encuentra en esta frase: *“Dios se nos ha manifestado”*.

Dios se ha manifestado a Sus criaturas. Sin embargo, Él no ha revelado Su Ser más íntimo, ya que su esencial totalidad no puede ser comprendida por las criaturas. Dios verdaderamente ha mostrado sólo lo que los hombres pueden ver y comprender de su Naturaleza y Voluntad Divina.

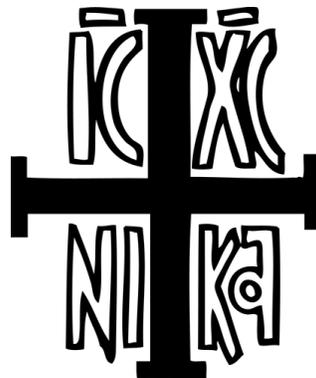
La plenitud y perfección de la Revelación de Dios se encuentra en su Hijo Jesucristo; Él es el cumplimiento de la Revelación gradual y parcial de Dios en el Antiguo Testamento. Jesús es el único verdaderamente *“Bendito... que viene en el Nombre del Señor”*.

El primer título que el pueblo da a Jesús es el de *“Rabí”*, que literalmente significa *“aquél que enseña”*. En el Nuevo Testamento también se usa la palabra Maestro, en el sentido de aquel que enseña. Los seguidores de Jesús se llamaban *“discípulos”*, que literalmente significa *“alumnos”*, aquellos que aprenden.

Jesús vino a los hombres como el Divino Maestro enviado por Dios. Él enseña la Voluntad de Dios y hace conocer a Dios a los seres humanos. Revela totalmente, tanto como los seres humanos puedan llegar a comprender, los misterios del Reino de Dios.

La venida de Jesús como Maestro, es un aspecto de Él como Cristo el Mesías. La palabra *“Cristo”* en griego es equivalente a la palabra *“Mesías”* en hebreo, que significa el *“ungido de Dios”*. Pues fue predicho que cuando llegara el Mesías, los seres humanos serían *“enseñados por Dios”*. (Is 54:13; Jn 6:45)

Jesús llega a los hombres como el Divino Maestro. En muchas diferentes ocasiones afirmó que sus palabras eran las de Dios. Habló *“como quien tiene autoridad”*, y no como los doctores del pueblo judío (Mt 7:29). Acusó a los que lo rechazaron a Él y a sus enseñanzas de que estaban rechazando a Dios mismo. *“El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió. Y el que me ve, ve al que me envió. Yo, la Luz, he venido al mundo a fin que quien crea en mí no permanezca en tinieblas... porque no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho”* (Jn 12:44-50).



Jesús enseñó a los hombres no sólo con Sus palabras, sino también con Sus acciones, y ciertamente por Su propia persona. Se refirió a Sí mismo como la Verdad (Jn 14:6) y como la Luz (Jn 8:12). Se mostró no sólo hablando las palabras de Dios, sino siendo Él mismo Verbo (Palabra) Vivo de Dios humanamente encarnado, el Logos Eterno y No Creado, quien se hizo hombre como Jesús de Nazaret, para que Dios fuera conocido en el mundo. *“En el principio existía el Verbo: Y el Verbo estaba con Dios. Y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por él y sin el no se hizo nada cuanto existe. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino que debía dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; el cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada en nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de Él y clama: ‘Este era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo’. Pues de su plenitud hemos recibido todos y gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: El Hijo Único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado”* (Jn 1:1-18, la lectura del Evangelio para la Divina Liturgia en la Fiesta de la Resurrección en la Iglesia Ortodoxa).

Jesús, el Divino Verbo de Dios en carne humana, viene a enseñar a los hombres con Su presencia, Sus palabras y Sus acciones. Sus discípulos fueron enviados al mundo para proclamarlo a Él y a su Evangelio, que literalmente significa la *“Buena Nueva”* del Reino de Dios. A quienes Jesús envía se los llama *“Apóstoles”*, que literalmente quiere decir *“aquellos que son enviados”*. Los Apóstoles son inspirados directamente por el Santo Espíritu de Dios, el Espíritu de la Verdad (Jn 15:26), para *“hacer discípulos de todas las naciones enseñándoles lo que Cristo había mandado”* (Mt 28:19).



La Iglesia primitiva *“acudía asiduamente a la doctrina de los apóstoles”* (Hech 2:42). La palabra *“Doctrina”* en si simplemente quiere decir *“enseñanza”* o *“instrucción”*. La doctrina de los apóstoles es la doctrina de Jesús y pasa a ser la doctrina de la Iglesia Cristiana. Es recibida por los discípulos de cada época y generación como la doctrina de Dios. Es proclamada en todo tiempo y lugar como la doctrina de la Vida Eterna, mediante la cual todos los seres humanos y el universo entero, son iluminados y salvados.

Ahora, debemos resaltar que, así como el hecho histórico de la Revelación de Dios en la historia mediante el pueblo escogido de Israel, revelación que culmina en la venida de Cristo como Mesías, es de primera importancia, es también doctrina de la Iglesia Cristiana que toda verdadera búsqueda de los seres humanos para encontrar la verdad se cumple en Cristo. Toda búsqueda auténtica del significado de la vida encuentra su perfección en el Evangelio Cristiano. Así, los Santos Padres de la Iglesia enseñaron que los anhelos de las religiones paganas y la sabiduría de muchos filósofos también pueden ser una preparación de los hombres para recibir la doctrina de Jesús, y que son caminos válidos y verdaderos para llegar a la Única Verdad de Dios.

De esta manera, los cristianos consideraron que ciertos filósofos griegos fueron iluminados por Dios para servir la causa de la Verdad y conducir a los seres humanos a la plenitud de la vida en Dios, ya que la Palabra y la Sabiduría de Dios son reveladas a todos los seres humanos, y se encuentran en todos aquellos, quienes en la pureza de sus mentes y corazones, han recibido la Divina Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Esta Luz Divina es la Palabra de Dios, Jesús de Nazaret es la encarnación, la perfección y la plenitud de la Revelación de Dios al mundo.

Es importante enfatizar que la Revelación Divina en el Antiguo Testamento, en la Iglesia del Nuevo Testamento, en las vidas de los santos, en la Sabiduría de los Padres Santos, en la belleza de la creación, y más plena y perfectamente en Jesucristo, el Hijo de Dios, es la Revelación de Dios mismo. Dios ha hablado. Dios ha actuado. Dios se ha manifestado y sigue manifestándose en la vida de Su Pueblo.

Si queremos escuchar la voz de Dios y ver las acciones de la Revelación de Dios en el mundo, debemos purificar nuestras mentes y corazones de todo lo que es malo y falso. Debemos amar la Verdad, amarnos los unos a los otros, y amar todo en la Creación de Dios. Según nuestra Fe Ortodoxa, la purificación de la falsedad y del pecado es el camino al Conocimiento de Dios. Si nos abrimos a la Divina Gracia y nos purificamos de todo mal, entonces con seguridad podemos interpretar correctamente las Sagradas Escrituras y llegar a una comunión viva con el Verdadero Dios Viviente, quien se ha revelado y sigue revelándose a los que le aman.

TRADICIÓN

La vida continua del Pueblo de Dios se llama "*Santa Tradición*". La Santa Tradición del Antiguo Testamento se expresa en la Biblia, en la vida continua del Pueblo de Israel hasta el nacimiento de Cristo. Esta Tradición se cumple, se completa y se engrandece en la época del Mesías y en la Iglesia Cristiana.

La Tradición Neotestamentaria o Tradición Cristiana es también conocida como la Tradición Apostólica o la Tradición de la Iglesia. La parte central escrita de esta tradición se encuentra en los escritos del Nuevo Testamento de la Biblia. Los Evangelios y los otros escritos de la Iglesia Apostólica forman el corazón de la Tradición Cristiana y son la principal fuente escrita e inspiración de todo lo que se desarrolló en los siglos siguientes.

Esta Tradición Cristiana es entregada de pueblo a pueblo, en el espacio y el tiempo. La palabra Tradición en sí significa exactamente esto: "*lo que es transmitido*" o "*entregado*" de persona a persona. La Santa Tradición, por lo tanto, es lo transmitido de persona a persona, y entregado dentro de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles de Cristo, hasta el día de hoy.

Aunque la Santa Tradición contiene muchos documentos escritos, no se limita solamente a lo escrito; no es únicamente un conjunto de textos. Es, al contrario, toda la vida y experiencia de la Iglesia entera transferida de lugar a lugar, de generación en generación. La Tradición es la vida misma de la Iglesia, inspirada y guiada por el Espíritu Santo.

No todo, sin embargo, de lo que se encuentra en la Iglesia pertenece a su Santa Tradición, pues no todo lo que está en la Iglesia es obra del Espíritu Santo ni pertenece esencial y necesariamente al Reino de Dios. Algunas de las cosas que encontramos en la Iglesia son solamente temporales y transitorias, meras costumbres y tradiciones humanas que no poseen ningún valor eterno. Tales cosas en sí no son malas. Al contrario, pueden ser positivas y muy útiles para la vida de la Iglesia siempre y cuando se las acepten por lo que son, y no otra cosa. Por lo tanto, es importantísimo dentro de la Iglesia distinguir las diferencias entre aquellas tradiciones que son solamente terrenales y humanas, y la verdadera Santa Tradición que pertenece al Reino de Dios, Celestial y Eterno.

Es importante también reconocer que existen en la Iglesia ciertas cosas que no pertenecen a la Santa Tradición, y que tampoco se deben contar entre sus tradiciones humanas positivas. Estas cosas son simple y sencillamente malas, y son traídas a la Iglesia desde el mal del mundo. La Iglesia en su forma humana, como una institución terrestre, no es inmune ni está protegida de las faltas de sus miembros pecadores. Estos desvíos y errores que entran en la vida de la Iglesia deben ser juzgados y condenados por la Auténtica y Verdadera Santa Tradición que nos viene de Dios.

Entre los elementos que constituyen la Santa Tradición de la Iglesia, la Biblia tiene el primer lugar. Enseguida viene la vida litúrgica de la Iglesia y su oración; después sus decisiones dogmáticas y los actos aprobados en los concilios de la Iglesia; las escrituras de los Santos Padres de la Iglesia; la Vida de los Santos; la ley canónica; y finalmente la tradición iconográfica junto a otras formas inspiradas de expresión artística creativa como la música litúrgica y la arquitectura. Todos los elementos de la Santa Tradición están orgánicamente unidos en la vida real. Ninguno de ellos puede estar aparte del cuerpo entero. Ninguno puede separarse o aislarse de los demás o de la totalidad de la vida de la Iglesia. Todos estos elementos se vivifican al participar de la vida real de la Iglesia en cada época y generación, en todo tiempo y en todo lugar. Mientras la Iglesia siga viviendo por la inspiración del Espíritu Santo, la Santa Tradición de la Iglesia seguirá creciendo y desarrollándose. Este proceso continuará hasta el establecimiento del Reino de Dios en el fin de los siglos.

BIBLIA

El documento escrito de la Revelación de Dios es la *"Biblia"*, palabra que significa el libro o libros. La Biblia también es llamada *"las Sagradas Escrituras"*. La palabra *"escritura"* simplemente significa algún documento escrito.

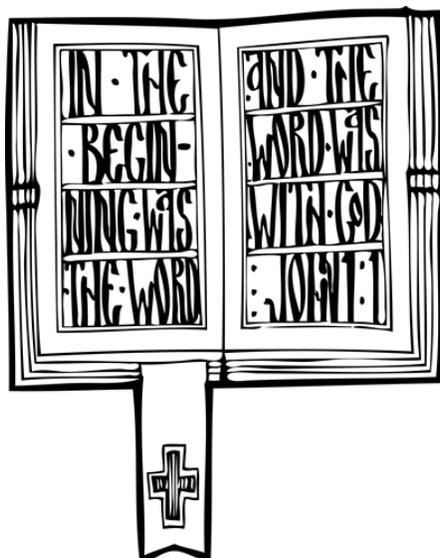
La Biblia fue escrita durante el transcurso de miles de años por muchas diferentes personas. Se divide en dos *"testamentos"* o *"alianzas"*. Estas palabras significan *"acuerdos"* o tal vez podríamos decir *"contratos"*. Los dos testamentos son el Antiguo y el Nuevo; cada uno tiene sus propios escritos. Como libro, la Biblia contiene muchos diferentes tipos de escrituras: ley, profecía, historia, poesía, narraciones, aforismos, oraciones, cartas y visiones simbólicas.

El Antiguo Testamento

Los escritos del Antiguo Testamento comienzan con los cinco libros de la Ley, que se llaman el *"Pentateuco"* (Pentateuco significa 5 libros). También se llaman la Torah, que significa la Ley. Algunas veces se refiere a estos cinco libros como los Libros de Moisés, ya que se centran en el Éxodo y las leyes mosaicas.

En el Antiguo Testamento también se encuentran libros acerca de la historia del Pueblo de Israel, como por ejemplo I y II Reyes y I y II Samuel; los libros Sapienciales o de Sabiduría, como los Salmos, Proverbios y Job; y libros de profecías que llevan los nombres de los profetas del Antiguo Testamento. Un profeta es alguien que profesa públicamente la Palabra de Dios por inspiración divina directa. Generalmente muchas personas piensan que un profeta es alguien que predice el futuro, pero esto es solamente su significado secundario.

La Iglesia Ortodoxa también cuenta entre los libros auténticos del Antiguo Testamento los libros que se llaman *"Deuterocanónicos"* (otros cristianos colocan estos libros en segundo lugar o los rechazan completamente por no considerarlos inspirados).



El Nuevo Testamento

El corazón del Nuevo Testamento está conformado por los cuatro Evangelios: el de Mateo, de Marcos, de Lucas y de Juan, quienes se llaman los Evangelistas, que quiere decir los que escribieron los Evangelios. La palabra Evangelio proviene del Griego, *-Evangelion-* y, como ya hemos visto, significa *“Buena Nueva”*.

El Nuevo Testamento contiene también el Libro de los Hechos de los Apóstoles, escrito por San Lucas. Además encontramos catorce Epístolas (que simplemente significan *“cartas”*) atribuidas al Apóstol San Pablo. No obstante, es posible que algunas, como la Epístola a los Hebreos, no fueran escritas directamente por él. También se encuentran en el Nuevo Testamento tres epístolas escritas por el Apóstol Juan; dos por el Apóstol Pedro; una atribuida al Apóstol Santiago y otra al Apóstol Tadeo (Judas). Finalmente se encuentra el Libro de la Revelación, que también se conoce como el Apocalipsis, atribuido a San Juan.

Para el cristiano Ortodoxo, la Biblia es la principal fuente escrita de la Doctrina Divina, ya que Dios Mismo inspiró su escritura por su Santo Espíritu. (Véase II Tim 3:16 y II Pe 1:20.) Esta es la doctrina de la inspiración de la Biblia; es decir, que hombres inspirados por Dios escribieron las palabras que son verdaderamente sus propias palabras humanas (¡toda palabra es humana!), pero que sin embargo se pueden llamar, en su conjunto, la Palabra de Dios. Así la Biblia es la Palabra de Dios en forma escrita pues contiene no solamente los pensamientos y experiencias de los hombres, sino la Revelación de Dios Mismo.

El corazón de la Biblia, Palabra de Dios escrita a la manera de los hombres, es la persona del Verbo Viviente de Dios, Jesucristo. Todas las partes de la Biblia se interpretan en la Iglesia Ortodoxa a la luz de Cristo, pues todo lo que está en la Biblia conduce a Cristo y habla acerca de Él (Lc 24:44). Se simboliza esto en la Iglesia Ortodoxa por el hecho de que es solamente el Libro de los Cuatro Evangelios el que se encuentra entronizado en el Altar, y no la Biblia entera. Esto es así porque todo lo que está en la Biblia se cumple en Cristo.



LA LITURGIA

La palabra “*Iglesia*” literalmente significa una asamblea de personas llamadas a reunirse para hacer alguna obra en común. Cuando los miembros de la Iglesia se reúnen como Pueblo de Dios para adorar, esta asamblea se llama la Liturgia de la Iglesia. La palabra “*Liturgia*” en sí significa la obra o acción común de un grupo particular de personas para el bien de todos. Entonces la Divina Liturgia de la Iglesia Cristiana significa la obra común de Dios hecha por el Pueblo de Dios.

La liturgia del pueblo del Antiguo Testamento era el culto oficial en el templo de Jerusalén de acuerdo a la Ley de Moisés, como también las fiestas y ayunos anuales, y las oraciones y servicios privados efectuados por los israelitas en sus casas o en las sinagogas. Por definición, las Sinagogas son casas de reunión o de oración; no son templos, puesto que según la Ley Mosaica había un solo templo en Jerusalén donde se celebraba el culto sacerdotal. Los israelitas se reunían en las sinagogas para oración, estudio de la Escritura, predicación y contemplación de la obra de Dios.

En la Iglesia del Nuevo Testamento se centra la liturgia en la persona de Cristo. Es principalmente una “*cristianización*” de la vida litúrgica del Antiguo Testamento. La Iglesia Cristiana conserva la vida litúrgica del Antiguo Testamento, pero en una nueva y eterna perspectiva. Así las oraciones del Antiguo Testamento, las escrituras y los salmos, se leen y se cantan a la luz de Cristo. El sacrificio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo reemplaza a los sacrificios del Antiguo Testamento en el Templo. Y el Día del Señor, el Domingo, reemplaza el antiguo Sabat judío que era celebrado el Sábado.

Las fiestas judías también reciben un nuevo significado en la Iglesia Cristiana. La fiesta central de la Pascua, por ejemplo, es ahora la celebración de la Muerte y Resurrección de Cristo; y la fiesta de Pentecostés se vuelve la celebración de la venida del Espíritu Santo que cumple la Ley del Antiguo Testamento. El año litúrgico cristiano también se forma según el prototipo del Antiguo Testamento.

A partir de la base original de la liturgia del Antiguo Testamento, la Iglesia desarrolló su propia vida sacramental, con el Bautismo en el Nombre de la Santísima Trinidad, la Crismación, la Santa Comunión, el Matrimonio, el Arrepentimiento (Penitencia), el Sacramento de los Enfermos y el Orden Sagrado, tomando formas y significados específicamente cristianos. Fueron desarrollados, además, una gran riqueza de oraciones, himnos y bendiciones específicamente cristianas, junto a fiestas y celebraciones cristianas conmemorando acontecimientos y santos del Nuevo Testamento.

La experiencia viva de la vida litúrgica y sacramental cristiana es una fuente principal de la doctrina cristiana. En la liturgia de la Iglesia, la Biblia y la Santa Tradición recobran vida y son ofrecidas al Pueblo Cristiano como experiencia a vivir. Así mediante la oración y el culto sacramental, los seres humanos son “*enseñados por Dios*”, como fue predicho para la época mesiánica (Jn 6:45).

Además de la experiencia viva de la liturgia, los textos de los servicios y de los sacramentos nos dan una fuente escrita de doctrina, pues aquel que desea comprender las enseñanzas cristianas las puede estudiar y contemplar allí. Según nuestra Iglesia Ortodoxa, los textos litúrgicos y sacramentales - los himnos, bendiciones, oraciones, símbolos y ritos - no contienen errores formales ni deformaciones de la fe cristiana. Se puede confiar absolutamente en que revelan la verdadera doctrina de la Iglesia Ortodoxa. Es posible que algo de la información histórica que contienen las fiestas de la Iglesia no sea exacta, o que sea meramente simbólica, pero no hay ninguna duda en la Iglesia de que el significado doctrinal y espiritual de todas las fiestas es verdadero y auténtico, y que otorga una experiencia y conocimiento real de Dios.

LOS CONCILIOS

Mientras la Iglesia se desarrollaba a través de la historia, se vio enfrentada por numerosas decisiones difícilísimas. Pero la Iglesia siempre resolvió sus dificultades, y sus decisiones fueron basadas sobre el consenso de opinión entre todos los creyentes inspirados por Dios, dirigidos por sus respectivos líderes, primero los Apóstoles y luego sus sucesores, los Obispos.

El primer concilio eclesiástico de la historia tuvo lugar en la Iglesia Apostólica para fijar las condiciones bajo las cuales los gentiles, es decir, los convertidos que no eran de la fe judía, podrían entrar a la Iglesia (véase Hechos 15). Desde aquel tiempo, durante toda la historia de la Iglesia los Concilios fueron convocados en todos los niveles de la vida de la Iglesia para tomar decisiones importantes. Se reunían los Obispos regularmente con sus Sacerdotes (Presbíteros), y con los laicos. Desde muy temprano en la historia de la Iglesia se estableció la práctica de que los Obispos en cada región se reunían regularmente en Concilio.

En varias ocasiones durante la historia de la Iglesia fueron convocados Concilios de todos los Obispos de la Iglesia. En la práctica no todos los Obispos podían asistir a estos Concilios y no todos los Concilios fueron automáticamente aprobados y aceptados por la Iglesia en su Santa Tradición. Para la Iglesia Ortodoxa solamente siete Concilios (algunos de los cuales que fueron bastantes reducidos en el número de obispos que asistieron a ellos) han recibido la aprobación universal de la Iglesia entera en todo tiempo y lugar. Llamamos a estos concilios los Siete Concilios Ecuménicos (Véase el diagrama).

Las definiciones dogmáticas (dogma quiere decir “enseñanza oficial”) y las decisiones canónicas de los Concilios Ecuménicos son consideradas como inspiradas por Dios y expresan Su Voluntad para con los seres humanos. Así, son fuentes esenciales de la doctrina Cristiana Ortodoxa.

Aparte de los Siete Concilios Ecuménicos, también hubo otros concilios locales cuyas decisiones también han recibido la aprobación de todas las Iglesias Ortodoxas del mundo y por lo tanto son consideradas como auténticas expresiones de la fe y la vida ortodoxas. Las decisiones de estos Concilios son principalmente de carácter moral o institucional. Sin embargo, también revelan la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa.

Los Siete Concilios Ecuménicos

CONCILIO	AÑO	FORMULACION
Nicea I	325	Formuló la primera parte del Credo, definiendo la Divinidad del Hijo de Dios
Constantinopla I	381	Formuló la segunda parte del Credo, definiendo la Divinidad del Espíritu Santo.
Efeso	431	Definió a Cristo como el Verbo Encarnado de Dios, y a María como “ <i>Theotokos</i> ” (Madre de Dios)
Calcedonia	451	Definió a Cristo como Dios Perfecto y Hombre Perfecto en Una sola y única Persona.
Constantinopla II	553	Reafirmó la Doctrina de la Santísima Trinidad y de Cristo.
Constantinopla III	680	Afirmó la Verdadera Humanidad de Jesús, insistiendo en la realidad de su voluntad y acción humanas.
Nicea II	787	Afirmó la legitimidad de los íconos como expresiones verdaderas de la Fe Cristiana.

LOS SANTOS PADRES

Existen en la Iglesia algunos santos que fueron teólogos y maestros espirituales. Ellos defendieron y explicaron las doctrinas de la Fe Cristiana. Estos santos se llaman los Santos Padres de la Iglesia y sus enseñanzas se llaman las enseñanzas patrísticas (La palabra patrística viene de la palabra griega que quiere decir "padre").

Algunos de los Santos Padres se llaman "Apologetas", porque defendieron las enseñanzas cristianas contra aquellas personas que desde fuera de la Iglesia atacaban o ridiculizaban la Fe. Sus escritos se llaman "apologías", que quiere decir "respuestas" o "defensas".

Otros de los santos padres defendieron la fe cristiana contra ciertos miembros de la Iglesia que deformaban la verdad y vida del cristianismo, escogiendo ciertas partes de la revelación y doctrina cristiana, y negando otros aspectos. Aquellas personas que deformaron la fe cristiana y de esta forma amenazaron destruir la integridad de la Iglesia Cristiana se llaman herejes, y sus doctrinas se llaman herejías. Por definición herejía significa "selección", y un hereje es alguien que elige lo que él desea según sus propias ideas y opiniones, eligiendo ciertas partes de la Tradición Cristiana y rechazando otras. Por sus acciones un hereje no sólo destruye la plenitud de la verdad cristiana sino que también divide la vida de la Iglesia y provoca separaciones en la comunidad.

Generalmente, la Tradición Ortodoxa considera que los que enseñan herejías no solamente son equivocados o mal guiados o ignorantes. La Iglesia los acusa de estar activamente conscientes de sus acciones, y por lo tanto, en estado de pecado. No se considera como hereje, en el verdadero sentido de la palabra, a la persona que es simplemente mal guiado o equivocado, o que enseña lo que él cree ser la verdad sin que nadie se oponga a sus posibles errores. Muchos de los Santos e incluso de los Santos Padres tienen elementos en sus enseñanzas que cristianos de épocas más tardes han considerado como erróneos o inexactos. Esto, por supuesto, no significa que fueron herejes.



No todos los Santos Padres fueron defensores contra el error o la herejía. Algunos fueron ardientes predicadores, y fueron maestros importantes de la fe cristiana, desarrollando y explicando su significado de una manera más profunda y más completa. Otros fueron maestros de la vida espiritual, dando instrucción a los fieles acerca del significado y método de la comunión con Dios mediante la oración y la vida en Cristo. Aquellos otros Padres que se concentraban en la lucha de la vida espiritual se llaman los padres ascetas. El ascetismo se refiere al ejercicio y preparación de los *“atletas espirituales”*. Los padres que se concentraban en cómo lograr la comunión espiritual con Dios se llaman los Padres místicos. Se define el misticismo como la unión verdadera, experiencial, con lo Divino.

Todos los Santos Padres, sean teólogos, pastores, ascetas o místicos, entregaron sus enseñanzas a partir de la experiencia de su propia vivencia en Cristo. Ellos defendieron, describieron y explicaron las doctrinas teológicas y los caminos de la vida espiritual de su propio conocimiento vivo de estas realidades. Unieron el brillo del intelecto con la pureza del corazón y la vida excepcionalmente virtuosa. Por esto son considerados Padres Santos de la Iglesia.

Los escritos de los Padres de la Iglesia no son infalibles, y aún más se ha dicho que en las escrituras de algunos de los padres se puede encontrar algunos aspectos que podrían ser cuestionables a la luz de la plenitud de la Tradición de la Iglesia. Sin embargo, globalmente, los escritos de los Padres, están asentados sobre los fundamentos bíblicos y litúrgicos de la fe cristiana vivida, gozan de una gran autoridad dentro de la Iglesia Ortodoxa y son fuentes fundamentales para la profundización de la doctrina de la Iglesia.

Los escritos de algunos de los padres que han recibido la aprobación y alabanza universal de la Iglesia durante los siglos son de particular importancia. Entre ellos cuentan los de Ignacio de Antioquía, Ireneo de Lyon, Atanasio de Alejandría, Basilio el Grande, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno (llamado el Teólogo), Juan Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, Máximo el Confesor, Juan de Damasco, Focio de Constantinopla y Gregorio Palamás, así como los padres ascetas y espirituales como San Antonio de Egipto, Macario de Egipto, Juan Clímaco, Isaac de Siria, Efrein de Siria y Simeón el Nuevo Teólogo, entre otros.

A veces suele ser difícil para nosotros leer los escritos de los Padres de la Iglesia ya que frecuentemente los problemas que trataron eran muy complicados y su manera de escribir muy diferente al estilo nuestro. Además, la mayoría de los escritos espirituales y ascetas provienen de un ambiente monástico, debiendo ser transpuestas a nuestra realidad para que sean comprensibles y útiles para nosotros que no somos monjes o monjas. Sin embargo, es muy importante leer los escritos de los Padres directamente. Se deben leer lentamente, poco a poco, con pensamiento cuidadoso y mucha consideración, sin llegar a ninguna conclusión rápida y caprichosa... de la misma manera en que se debe leer la Biblia. Entre los Padres de la Iglesia, los escritos de San Juan Crisóstomo son muy claros y directos, y muchas personas pueden leerlos, recibiendo gran beneficio si se les da el esmero necesario. También existe la Filocalia, una antología de escritos espirituales, que existen (por lo menos una pequeña parte) traducidos al español, y que con la consideración exigida puede ayudar al cristiano maduro que busca discernimientos más profundos en la vida espiritual.

LOS SANTOS

La doctrina de la Iglesia se encarna en la vida de los creyentes verdaderos, los santos. Los Santos son aquellos que literalmente comparten la Santidad de Dios. *“Sed Santos, porque Yo, vuestro Dios, soy Santo”* (Lev 11:44; I Pe 1:16) Las vidas de los Santos atestiguan la autenticidad y la verdad del Evangelio Cristiano, don verdadero de la Santidad de Dios a los hombres.

En la Iglesia existen diferentes clases de Santos. Además de los Santos padres quienes son glorificados específica y especialmente por sus enseñanzas, hay otros tipos de santos según los aspectos particulares de su santidad.

Así es que se encuentran los apóstoles quienes son enviados para proclamar la fe cristiana, los evangelistas quienes específicamente anuncian y escriben los evangelios, y los profetas que son directamente inspirados para hablar la Palabra de Dios a los hombres. Están los confesores quienes han sufrido por la fe y los mártires quienes mueren por la fe. Están las llamadas *“personas santas”*, santos que fueron monjes o monjas; y los *“justos”*, santos de entre los laicos.



Además, los libros litúrgicos tienen un título especial para los santos que eran del clero y otro título especial para los que fueron monarcas o jefes de estado. También hay una clasificación extraña que se denomina a los *“locos o insensatos por causa de Cristo”*. Estos son aquellos santos que atestiguaron al Evangelio Cristiano del Reino de los Cielos mediante su total despreocupación por aquellas cosas que generalmente las personas consideran necesarias: ropa, comida, dinero, casa, seguridad, reputación pública, etc. Reciben su nombre de la frase del Apóstol Pablo: *“Nosotros somos insensatos por Amor de Cristo”* (I Cor 4:10; 3:18).

Existen incontables volúmenes de escritos sobre las vidas de los santos en la Tradición Ortodoxa. Estos se llaman *“Hagiografías”*. Su atenta lectura y estudio puede dar muchos frutos espirituales para el descubrimiento del significado de la fe y vida cristiana. En estas *“vidas”* se ve claramente la visión cristiana de Dios, del ser humano y del mundo. Sin embargo, como estos libros fueron escritos en épocas muy diferentes a la nuestra, es necesario leerlos cuidadosamente y con mucha atención para poder distinguir los puntos esenciales de los adornos artificiales y a veces fantasiosos que frecuentemente fueron incluidos en ellos. En la Edad Media, por ejemplo, era costumbre adaptar las vidas de los santos a obras literarias de épocas anteriores e inclusive adornar las vidas de los santos menos conocidos para que fueran más parecidas a santos anteriores del mismo tipo. También era bastante común agregar muchos elementos, particularmente acontecimientos sobrenaturales y milagrosos de lo más extraordinario, para volver más creíble la genuina santidad del santo, aumentar su verdadera bondad y espiritualidad, y para alentar a sus oyentes o a los lectores para imitar sus virtudes. En muchos casos lo milagroso era exagerado para enfatizar la rectitud ética y la pureza del santo frente a sus detractores.

Por lo general, no es difícil distinguir en las vidas de los Santos entre los elementos definitivamente verdaderos, y los detalles y adornos que fueron agregados en el espíritu de piedad y entusiasmo en épocas posteriores. Se debe hacer el esfuerzo necesario para discernir cuál es la verdad esencial en las vidas de los santos. Sin embargo, el hecho de que elementos naturales de la naturaleza milagrosa fueran agregados a las vidas de los santos durante la Edad Media con el objetivo de educar, entretener e incluso hasta divertir, no debe llevarnos a la conclusión que todo lo milagroso que encontramos en las vidas de los santos es inventado por algún motivo literario o moralizante. Por el contrario, se debe insistir que una lectura atenta de las vidas de los santos casi siempre revelará lo que es auténtico y verdadero en lo milagroso. Además, como ya hemos dicho, y con razón, podemos también aprender casi tanto acerca del verdadero significado del cristianismo de las leyendas de los santos producidas dentro de la Tradición de la Iglesia como de las mismas vidas auténticas.

LOS CÁNONES

Existen leyes canónicas de los Concilios ecuménicos, de los concilios provinciales y locales, y de algunos padres de la Iglesia que han sido aceptadas por toda la Iglesia Ortodoxa como normas para la doctrina y práctica cristiana. Como palabra, canon literalmente significa regla, norma o mandato de juicio. En este sentido los cánones no son leyes absolutas en el sentido jurídico y no se las puede identificar con el concepto de leyes como se entiende y funciona en la jurisprudencia humana.

En los cánones de la Iglesia se distinguen primero entre los que son de una naturaleza dogmática o doctrinal, y los que son de un carácter práctico, ético o institucional. Luego, además, se hace la diferencia entre aquellos que pueden ser alterados o cambiados, y los que no pueden ser alterados por ningún motivo en ninguna circunstancia.

Los cánones dogmáticos son aquellas definiciones conciliares que hablan acerca de algún artículo de la fe cristiana; como por ejemplo, la naturaleza y la persona de Jesucristo. Aunque es posible explicar y desarrollar tales cánones en nuevas y diferentes palabras, particularmente mientras la Tradición de la Iglesia crece y se desarrolla en el tiempo, su significado esencial permanece siempre eterno y sin variar.

Algunos de los cánones de carácter moral y ético también pertenecen a los que son inalterables. Estos son los cánones morales cuyo significado es absoluto y eterno, y cuya violación no podría ser justificada de ninguna manera. Los cánones que prohíben la venta de los sacramentos de la Iglesia corresponden a esta clase.

Pero también existen cánones de naturaleza práctica que pueden ser cambiados y que, de hecho, han sido cambiados durante la vida de la Iglesia. Un ejemplo de este tipo es el canon que requiere que los sacerdotes de la Iglesia no puedan ser ordenados antes de cumplir los treinta años de edad. Se puede decir que aunque este tipo de canon permanece y ciertamente fija un ideal que teóricamente todavía puede ser valioso, las necesidades de la Iglesia han requerido que este canon a veces sea variado. Del mismo modo, existen otros cánones que podrían ser modificados, pero que hasta ahora permanecen sin variar, ya que la Iglesia ha mostrado el deseo de mantenerlos. Un ejemplo de este tipo de canon es el que requiere que los Obispos de la Iglesia sean elegidos del clero célibe o viudos.

No siempre es fácil de descubrir cuáles cánones expresan puntos esenciales de la vida cristiana y cuáles no. A menudo hay períodos de controversia sobre ciertos cánones en cuanto a su

aplicabilidad en épocas y condiciones determinadas. Sin embargo, estos factores no deben llevar a confusión a los miembros de la Iglesia, ni a la tentación de, o bien hacer cumplir todos los cánones ciegamente con igual rigor y dándoles igual valor, o bien de rechazar todos los cánones como sin importancia real.

En primer lugar, los cánones son *“de la Iglesia”* y por lo tanto, no se debe considerarlos como *“leyes absolutas”* en el sentido jurídico; en segundo lugar, ciertamente los cánones no son exhaustivos, y no cubren todos los aspectos posibles de la fe y vida cristianas; en tercer lugar, los cánones fueron enunciados en gran parte como respuesta a algún problema particular tocante al dogma o a la moral, o bien a alguna desviación surgida en la vida de la Iglesia, y que por lo tanto llevan las marcas de alguna controversia específica que sobrevino en el curso de la historia que ha acondicionado no solamente su formulación particular sino incluso su propia existencia.

Tomados aisladamente, los cánones de la Iglesia pueden parecer falaces y engañosos, de suerte que las personas superficiales pueden decir, *“O bien se los aplica a todos, o bien se los rechaza a todos”*. Sin embargo, tomados en su conjunto, dentro de la plenitud de la vida Ortodoxa: teológica, histórica, canónica y espiritual, estos cánones ciertamente cumplen bien su rol y responden a las necesidades, y muestran ser una rica fuente para el descubrimiento de la Verdad viva de Dios en la Iglesia. Para apreciar verdaderamente los cánones de la Iglesia, los factores principales son el conocimiento cristiano y la sabiduría Cristiana, que nacen de un estudio serio y de la profundidad espiritual. No existe otra *“clave”* en su uso; otra forma, según nuestra Fe Ortodoxa, no sería ni ortodoxa ni cristiana.



EL ARTE DE LA IGLESIA

La Iglesia Ortodoxa posee una rica tradición de iconografía, así como otras expresiones de arte sacro: música, arquitectura, escultura, bordado, poesía, etc. Esta tradición artística está basada en la doctrina cristiana ortodoxa de la creatividad humana, arraigada en el amor de Dios, para con los seres humanos y toda la creación.

Las expresiones artísticas del ser humano y las bendiciones e inspiraciones del Dios Vivo se funden en una creatividad artística santa que expresa efectivamente las más profundas verdades de la visión Cristiana de Dios, del hombre y de la naturaleza. Esto es posible, porque el hombre es creado a la imagen y semejanza de Dios, y porque Dios tanto amó al hombre y al mundo, que los creó, los salvó y los glorificó mediante Su propia Venida en Cristo y el Espíritu Santo.

El ícono es el más alto logro artístico de la Ortodoxia. Es una proclamación del Evangelio, una enseñanza doctrinal y una inspiración espiritual en colores y formas. El ícono Ortodoxo tradicional no es una mera pintura religiosa. No es una representación pictórica de algún santo o acontecimiento cristiano a la manera de una fotocopia. Es, al contrario, la expresión de la eterna y divina realidad, del significado y razón de ser de la persona o acontecimiento representado en él. En la libertad bondadosa de la inspiración divina, el ícono describe su tema como humano, pero a la vez *“lleno de Dios”*; terrestre, pero también celestial; físico más a la vez espiritual, *“llevando en sí la marca de la Cruz”*, pero, sin embargo, siempre lleno de gracia, luz, paz y alegría. De esta manera el ícono expresa un *“realismo”* mas profundo que aquella que podría mostrar una simple reproducción de los rasgos físicos externos de la persona o acontecimiento histórico. Así, en su propia y única manera, los varios tipos de iconos Ortodoxos, mediante su forma, estilo y modo particular de representación, como mediante sus contenidos y su uso dentro de la Iglesia, son una fuente inagotable de la revelación de la Doctrina y Fe Ortodoxa.

Además del ícono, se puede hablar de la expresión musical también como una fuente para el descubrimiento de la concepción del mundo propia al Cristianismo ortodoxo. En este caso, sin embargo, existe una dificultad más grande por razón de la pérdida que se ha experimentado en años recientes del significado litúrgico y teológico de la música en la Iglesia. Pero del mismo modo que se está experimentando un redescubrimiento del significado teológico del tradicional ícono Ortodoxo, también se redescubre el tradicional significado doctrinal de la música Ortodoxa. El proceso en este último caso, sin embargo, es mucho más lento y mucho más difícil, y menos evidente para la gente común.

La tradicional arquitectura ortodoxa también expresa la doctrina de la Iglesia, particularmente en cuanto a su énfasis sobre la presencia divina, *“Dios con nosotros”*, y una comunicación total del hombre y el mundo con Dios en Cristo. El uso del techo, la cúpula, la forma de los edificios y la distribución en ellos, la colocación de los íconos, el uso de vestimentas, etc., todos expresan las enseñanzas de la Iglesia. La tradicional arquitectura Ortodoxa, como las otras formas del Arte Ortodoxo, es una expresión de la doctrina Cristiana Ortodoxa de la creación, la salvación y la vida eterna.

Es un ejercicio espiritual muy importante para nosotros cristianos estudiar los santos iconos y los himnos de la liturgia de la Iglesia. Uno puede aprender mucho acerca de Dios y sus acciones en medio de los hombres, mediante la contemplación cuidadosa y devota de las expresiones artísticas de la doctrina y vida de la Iglesia (*véase el texto, Vida Litúrgica y Oración en la Iglesia Ortodoxa, del mismo autor*).

II - EL SÍMBOLO DE NUESTRA FE

CREDO NICENO

El Credo de la Iglesia se llama "*Credo Niceo-Constantinopolitano*", pues fue escrito formalmente durante el Primer Concilio Ecuménico en Nicea (en el año 325) y durante el Segundo Concilio Ecuménico en la ciudad de Constantinopla (en el año 381).

La palabra "*Credo*" viene del latín "*credo*" que quiere decir "*yo creo*". En la Iglesia Ortodoxa nos referimos al Credo como el Símbolo de la Fe, que literalmente significa la "*reunión*" y la "*expresión*" o la "*confesión*" de la fe.

En la Iglesia primitiva existían muchas diversas formas de la confesión cristiana de la fe, muchos "*credos*". Estos credos originalmente siempre fueron usados en ocasión del Bautismo. Antes de ser bautizada, cada persona debía proclamar su fe. El más primitivo credo cristiano probablemente fue la simple confesión de fe afirmando que Jesús es el Cristo, es decir, el Mesías; y que Cristo es el Señor. Confesando públicamente esta creencia de fe, la persona entonces podía ser bautizada en Cristo, muriendo y resucitando con Él a la Nueva Vida del Reino de Dios, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con el del paso del tiempo, en diferentes lugares se desarrollaron diversos credos, todos profesando exactamente la misma fe, pero empleando formas y expresiones variadas con diferentes grados de detalle y énfasis. Estas formas de credos cristianos se desarrollaron de manera más elaborada y detallada en aquellos lugares donde habían surgido problemas acerca de la fe y donde habían aparecido herejías.

En el siglo cuarto una gran controversia se desarrolló en el cristianismo acerca de la naturaleza del Hijo de Dios, a quien también la Escritura se refiere como el Verbo o "*Logos*". Algunos decían que el Hijo de Dios era una criatura hecha por Dios como todo lo creado. Otros insistían que el Hijo de Dios es eterno, divino y no creado. Hubo muchos concilios que hicieron numerosas afirmaciones acerca de la fe en la naturaleza del Hijo de Dios. La controversia se extendió por todo el mundo cristiano.

ΑΩ

Finalmente, fue la definición proclamada por el concilio convocada por el Emperador Constantino en la ciudad de Nicea en el año 325, la que finalmente fue aceptada por toda la Iglesia como su Símbolo de Fe. Ahora consideramos este concilio como el Primer Concilio Ecuménico. Su proclamación fue la siguiente:

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y de todo lo visible e invisible.

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido, no creado, consustancial al Padre, por quien todo fue hecho.

Y quien por nosotros los hombres y para nuestra salvación, descendió del cielo, se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre.

Y crucificado también por nosotros, bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado.

Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.

Y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre.

Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin.

Después de la controversia acerca del Hijo de Dios, el Verbo de Dios, y esencialmente unido con ella, surgió un conflicto sobre el Espíritu Santo. La siguiente definición proclamada por el Concilio de Constantinopla en el año 381 (que ahora se conoce como el Segundo Concilio Ecuménico), fue agregada al texto de Nicea:

Y en el Espíritu Santo, Señor, Vivificador, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado, que habló por los Profetas.

Y en la Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

Y Confieso un solo bautismo para la remisión de los pecados.

Y espero la resurrección de los muertos.

Y la vida del siglo venidero. Amén.

Este Símbolo de Fe completo fue finalmente adoptado en toda la Iglesia. Se puso en la primera persona en singular "*Creo*", y se usa para la confesión de fe oficial y formal que una persona (o su padrino) hace en el momento de su bautismo. También es la confesión de fe que hace el no-ortodoxo al entrar oficialmente en la comunión a la Iglesia Ortodoxa. Del mismo modo el Credo se ha hecho parte de la vida cotidiana de los Cristianos Ortodoxos y un elemento esencial de la Divina Liturgia de la Iglesia Ortodoxa en la cual cada persona formal y oficialmente acepta y renueva sus promesas bautismales y confirma ser miembro de la Iglesia. Así, el Símbolo de la Fe es la única parte de la Liturgia (repetida de otra forma antes de la Santa Comunión) que está en primera persona singular. Todos los otros himnos y oraciones de la Liturgia están en plural, comenzando con "*nosotros*". Únicamente la Confesión de Fe comienza con "*yo*". Esto, como ya veremos, es así porque la fe es primeramente personal y solo después un acto comunitario.

Ser Cristiano Ortodoxo significa afirmar la Fe Cristiana Ortodoxa, no solamente las palabras, sino también el significado esencial del Símbolo de Fe Niceno-Constantinopolitano. Esto asimismo significa afirmar todo lo que esta confesión implica, y todo lo que ha sido expresamente desarrollado a partir de ella y fundado sobre ella en el curso de la historia de la Iglesia Ortodoxa durante los siglos, hasta el día de hoy.

LA FE

Creo...

La **Fe** es el fundamento de la Vida Cristiana. Es la virtud fundamental de Abraham, el antepasado de Israel y de la Iglesia Cristiana. "Abraham creyó en el Señor, y le fue contado por justicia". (Génesis 15:6)

Jesús comienza su ministerio con el mismo llamado a tener fe. "*Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios, diciendo: el tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio*" (Mc 1:15).

Durante toda su vida, Jesús llamaba a las personas a tener fe; fe en Él mismo, fe en Dios Su Padre, fe en el Evangelio, fe en el Reino de Dios. La condición fundamental para la vida cristiana es la fe, pues junto con la fe, viene la esperanza y el amor y cada buena obra y todo don beneficioso y todo poder del Espíritu Santo. Esto es la doctrina de Cristo, de los Apóstoles y de la Iglesia.

Categorícamente la fe se define en las Santas Escrituras como "*la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*" (Heb 11:1).

Existen básicamente dos aspectos de la fe; uno tal vez podría decir, dos significados de la fe. El primero es fe "*en*" alguien o "*en*" algo; la fe como reconocimiento de la realidad, de la veracidad, de la autenticidad de estas personas o cosas y del valor que se les da. Por ejemplo, fe en Dios, en Cristo, en la Santísima Trinidad, en la Iglesia. El segundo es la fe en el sentido de confianza. En este sentido, por ejemplo, uno no meramente cree en Dios, en su existencia, bondad y verdad; sino que, además, uno le cree a Dios, confía en Su palabra, confía en Su presencia, se entrega con seguridad y convicción a Sus promesas. El cristiano necesita ambos tipos de fe. Uno debe creer en ciertas cosas con mente, corazón y alma; y luego vivir por ellas en el transcurso de cada día de la vida.

A veces se opone la fe con la razón, y la creencia con el conocimiento, como si fueran opuestas. Según la Ortodoxia, fe y razón, creencia y conocimiento, ciertamente son dos cosas diferentes pero que, sin embargo, son cosas diferentes que siempre permanecen juntas, y que jamás pueden estar opuestas o separadas.

En primer lugar, uno no puede creer en algo que no tiene o conoce de alguna forma. Una persona no puede creer en algo acerca del cual no sabe absolutamente nada. En segundo lugar, lo que uno cree y confía debe ser razonable. Si a uno le piden creer en la divinidad de una vaca, o confiar en un ídolo de madera, uno se negaría a hacerlo por el hecho de que no es razonable hacerlo. Así, la fe debe tener sus razones válidas, se debe construir sobre el conocimiento; jamás debe ser ciega. En tercer lugar, el mismo conocimiento a menudo se apoya en la fe. Es imposible llegar al conocimiento de algo mediante un escepticismo absoluto. Si algo se conoce, es porque existe una cierta fe en las posibilidades del ser humano de conocerlo, y una verdadera confianza en que los objetos del conocimiento realmente "*se están mostrando*" y que la mente y los sentidos no están actuando con engaño. También, con relación a casi toda palabra escrita, especialmente aquellas que se relacionan a la historia, el lector está llamado a hacer un acto de fe. Debe creer que lo que está diciendo el autor es la verdad; y por lo tanto, debe tener cierto conocimiento y ciertas razones por haberle dado su confianza.

Frecuentemente es sólo cuando alguien entrega su confianza y cree algo, que es capaz de "*ir más allá*", por así decir, y finalmente lograr el conocimiento y comprensión de cosas que nunca hubiera comprendido antes. Es cierto que algunas cosas permanecen oscuras y carentes de sentido, a

menos que sean vistas a la luz de la fe, la cual entonces provee una manera de explicar y comprender su existencia y significado. Así, por ejemplo, el fenómeno de la muerte y el sufrimiento se entendería de forma muy diferente por alguien que cree en Cristo a como la entendería alguien que cree en otra religión o filosofía o que no cree en nada.

La fe siempre es personal. Cada persona debe creer por sí mismo. Nadie puede creer por otro. Muchas personas pueden creer y confiar en las mismas cosas porque comparten una unidad de conocimiento, razón, experiencia y convicciones. Puede existir una comunidad de fe y una unidad de fe. Pero esta comunidad y unidad necesariamente comienza con, y se basa en, la confesión de fe personal e individual.

Por esto el Símbolo de Fe en la Iglesia Ortodoxa, no solamente en los bautismos y en los ritos oficiales de entrada a la Iglesia, sino también en las oraciones diarias y en la Divina Liturgia, siempre se mantiene en primera persona singular. Si nosotros podemos orar, ofrecer, cantar, alabar, pedir, bendecir, regocijar, y encomendarnos a nosotros mismos y los unos a los otros a Dios en la Iglesia y en tanto que Iglesia, es únicamente porque cada uno de nosotros individualmente podemos decir honesta y sinceramente, con la convicción del corazón: *“Señor, creo...”*, agregando, como necesario, las palabras de ese padre en el Evangelio, *“Ven en ayuda de mi incredulidad”*. (Mc 9:24).

Para que nuestra fe realmente sea verdadera, la debemos expresar en nuestra vida diaria. Debemos actuar según nuestra fe por la bondad y poder de Dios que actúa en nuestras vidas. Esto no quiere decir que *“tentamos”* a Dios o *“probamos a Dios”* haciendo cosas innecesarias y ridículas sólo para ver si acaso Dios participa en nuestra tontería. Pero significa que si vivimos por la fe en la búsqueda de nuestra rectitud, podremos mostrar con nuestras propias vidas que Dios estará con nosotros, ayudándonos y guiándonos en todo.

Para que nuestra fe crezca y se fortalezca, debemos ejercer nuestra fe. Cada persona debe vivir según la medida de fe que tenga, no importa cuán pequeña, débil e imperfecta sea. Al actuar según la fe que uno tenga, se otorga confianza en Dios y en la certeza de Su Divina Presencia, y con la ayuda de Dios muchas cosas que antes creíamos imposibles o que nunca jamás imagináramos, se hacen posibles.



DIOS

En un solo Dios, Padre Todopoderoso...

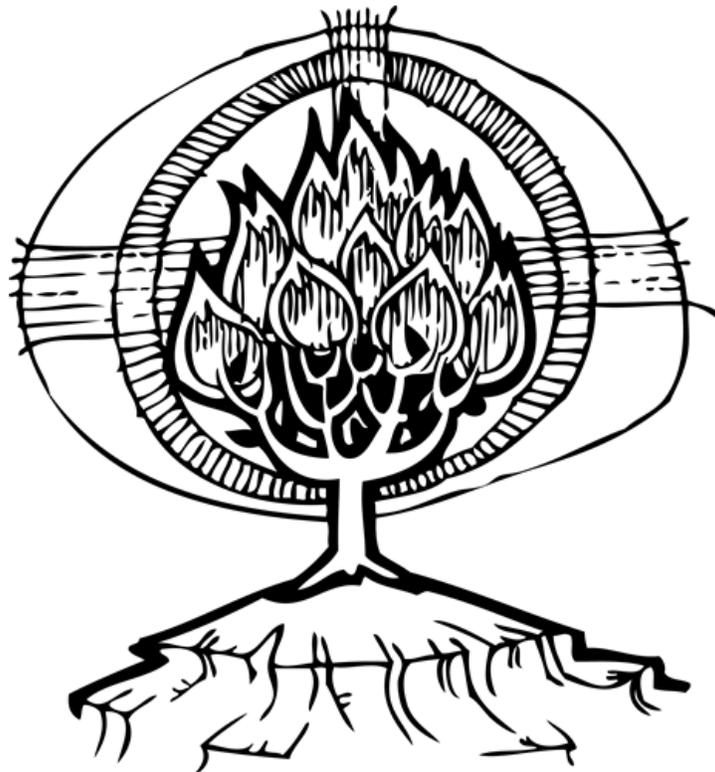
La fe fundamental de la Iglesia Cristiana es en un solo Dios, Verdadero y Viviente.

*“Oye Israel: el Señor nuestro Dios, es el único Señor. Tú amarás al Señor Tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”
(Deut 6: 4-8)*

Cristo cita estas palabras de la ley de Moisés como el primer y más grande mandamiento (Mc12, 29). Ellas siguen al enunciado de los Diez Mandamientos que comienzan así: *“Yo Soy el Señor Tu Dios; no tendrás otros dioses delante de mi”* (Deut.5, 6-7).

El Señor único y Dios de Israel reveló al ser humano el misterio de Su Nombre.

“Dijo Moisés a Dios... si ellos me preguntaren: ‘¿Cuál es su Nombre, qué les responderé?’ Y respondió Dios a Moisés: ‘Yo soy el que Soy’. Y dijo: ‘Así dirás a los hijos de Israel. “Yo Soy” me envía a vosotros’. Además, dijo Dios a Moisés: ‘Así dirás a los hijos de Israel: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; por el se me invocará por todos los siglos’” (Ex 3:13-15)



El nombre de Dios es Yahvé que significa: Yo Soy Quien Soy; o Yo Soy El que Soy; o Yo Seré lo que Seré; o simplemente Yo Soy. Él es el Verdadero Dios, El Dios Vivo, el Único Dios. Él es fiel y leal a Su Pueblo. Revela a ellos su palabra Divina y Santa. Les da Su Divino y Santo Espíritu. Se llama *Adonay*: el Señor; y su Santo nombre de Yahvé nunca es pronunciado por las personas debido a su gran Santidad. Solamente el sumo sacerdote, y sólo una vez al año, y únicamente en el santuario del Templo de Jerusalén, se atrevía a pronunciar el divino nombre de Yahvé. En todas las otras ocasiones, Yahvé es llamado como el Señor Todopoderoso, como el Dios Altísimo, como el Señor Dios de Sabaot, el Dios de los Ejércitos angélicos.

Según la Santa Escritura y la experiencia de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento, Yahvé es absolutamente Santo. Literalmente esto quiere decir que Él es totalmente diferente a cualquier otra persona o cosa que existe. (La palabra Santo significa totalmente separado, diferente, otro).

Según la Tradición Bíblica Ortodoxa, el solo hecho de decir que "*Dios existe*" se debe calificar como la afirmación que Él es tan Único y tan Perfecto que no se puede comparar Su Existencia a la de ningún otro ser. En este sentido Dios está "*mas allá de la existencia*" o "*más allá de ser*". Así habría gran renuencia, según la doctrina Ortodoxa, de decir simplemente que Dios "*es*" o "*existe*" tal como todo lo otro "*es*" o "*existe*", o decir que Dios es simplemente el "*Ser Supremo*" en la misma cadena de existencia tal como todo lo demás en la creación.

En este mismo sentido la Doctrina Ortodoxa mantiene que la Unidad de Dios tampoco es meramente equivalente al concepto matemático o filosófico de "*uno*"; ni tampoco su vida, su bondad, su sabiduría y todos los poderes y virtudes atribuidos a Él pueden ser equivalentes a cualquier idea, aun la idea más alta, que el hombre jamás pueda tener acerca de tal realidad.

Sin embargo, después de haber hablado acerca del peligro de una idea o un concepto demasiado simplista o demasiado positivista acerca de Dios, la Iglesia Ortodoxa, en base de la experiencia viva de Dios que han tenido los Santos, afirma lo siguiente: ciertamente podemos decir que Dios existe perfecta y absolutamente como Aquel que es vida, bondad, verdad, amor, sabiduría, conocimiento, unidad, pureza, alegría y simplicidad perfectos y absolutos; la perfección de todo cuanto el ser humano conoce como santo, verdadero y bueno. Es este mismo Dios quien es precisamente confesado en la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo como "*... Dios, inefable, inconcebible, invisible, incomprensible, siempre existente y eternamente igual*".

Es este Dios -El Yahvé de Israel- que Cristo proclama es Su Padre. El Dios Todopoderoso es conocido como "*Padre*" mediante Su Hijo Jesucristo. Jesús enseñó a los seres humanos a llamar al Todopoderoso, al Señor Dios de los Ejércitos, por el nombre de Padre. Antes de Jesús, nadie se atrevía a rezar a Dios con el nombre tan íntimo de Padre. Fue Jesucristo quien dijo, "*Orad entonces así: Padre nuestro que estas en los cielos...*".

Jesús ha podido llamar a Dios Padre porque Él es el Hijo Unigénito de Dios. Los cristianos llaman a Dios Padre, porque mediante Cristo, reciben el Espíritu Santo y llegan a ser hijos de Dios ellos mismos.

"Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley a fin de que recibiésemos la adopción de hijo, y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo"
(Gálatas 4:4 -7; Epístola de Navidad en la Iglesia Ortodoxa)

Así ningún ser humano es por naturaleza hijo de Dios y nadie puede llamar a Dios Padre fácilmente. Lo podemos hacer únicamente por Cristo y el don del Espíritu Santo. Y así proclamamos en la Divina Liturgia:

“Y haznos dignos, oh Soberano de que confiadamente y sin reproche nos atrevamos a invocarte a Ti, Dios Padre Celestial y a decir: Padre nuestro, que estás en los cielos...”

Al contemplar la revelación de Dios Nuestro Padre en la vida de Su Pueblo en el Antiguo Testamento y en la vida de la Iglesia en el Nuevo Testamento, el ser humano puede comprender ciertos atributos y características de Dios. Primero, claramente se ve que Dios es Amor, y que en todas sus acciones en y hacia el mundo, Dios Padre expresa Su Naturaleza como Amor mediante Cristo y el Espíritu Santo.

“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió su Hijo Unigénito al mundo, para que vivamos por El. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios y Dios en el” (I Jn 4:7-16)

*“...El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”
(Romanos 5:5)*

Siendo el Dios que es Amor, Nuestro Padre en los cielos hace todo lo que pueda por la vida y la salvación del ser humano y del mundo entero. Esto hace pues el misericordioso y bondadoso, de mucha paciencia y compasivo, que quiere perdonar y absolver los pecados del ser humano para que pueda compartir la vida y el amor de Dios. Se recuerdan estos atributos de Dios en el Salmo 103:

“Bendice alma mía al Señor, y no olvides ninguno de Sus Beneficios. Él es Quien perdona todas tus iniquidades, Él que sana todas tus dolencias. Misericordioso y compasivo es el Señor; lento para la ira, y grande en misericordia” (Salmo 103)



CREACIÓN

Creador del Cielo y de la Tierra...

La Iglesia Ortodoxa cree que Dios Padre es el *“Creador del Cielo y de la Tierra y de todas las cosas visible e invisibles”*.

Crear significa hacer algo de la nada; traer a la existencia algo que antes no existía; o, nuevamente citando la Liturgia de San Juan Crisóstomo, *“traer desde la nada a la existencia”*.

La Doctrina Ortodoxa de la Creación es que Dios ha traído todo y todos los que existen desde la no-existencia a la existencia. La descripción de la creación que encontramos en las Sagradas Escrituras se encuentra primeramente en el capítulo 1 de Génesis. El fundamental punto doctrinal acerca de la creación es que sólo Dios no fue creado y es eterno. Todo lo que existe aparte de Dios fue creado por Él. Dios, sin embargo, no creó todo individualmente y a la vez. Creó las primeras fundaciones de la existencia, y luego durante mucho tiempo (tal vez millones de años -Véase II Pedro 3:8) esta primera fundación de la existencia, por el poder que Dios la otorgó, dio a luz a las otras criaturas de Dios: *“Produzca la tierra hierba verde, hierba que da semilla... Produzcan las aguas seres vivientes... Produzca la tierra seres vivientes según su género...”* (Gen 1:11, 20, 24).

Así, aunque Dios es sin duda el Creador de todo, Él actúa gradualmente en el tiempo y mediante lo que Él ha hecho previamente, a los que ha dado potenciales y poderes de producir vida.

Según la Fe Ortodoxa, todo lo que Dios ha hecho es *“muy bueno”*: los cielos, la tierra, las plantas, los animales, y finalmente el propio ser humano (Gen 1:31) Dios está complacido con la creación y ha hecho todo sólo para que pueda participar en Su propia Existencia, Divina y No-Creada y que viva por Su propio divino *“Aliento de vida”* (Gen 1:30; 2:7)

“Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y todo su ejercito por el aliento (o espíritu) de Su boca. Él junta como dique las aguas del mar; él pone en depósito los abismos. Tema al Señor toda la tierra; teman delante de Él todos los habitantes del mundo. Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió” (Sal 33:6-9)

En los versos del Salmo que aquí citamos así como en el libro de Génesis vemos la presencia y acción del Verbo (Palabra) de Dios y del Espíritu de Dios. Dios el Padre crea todo lo que existe mediante Su Divino Verbo: *“Dijo Dios... y fue así”* y por Su Divino Espíritu quien *“se movía sobre la faz de las aguas”* (Gen 1:2) Aquí ya se vislumbra la Santísima Trinidad, la que será plenamente revelada en el Nuevo Testamento cuando el Verbo se encarne y cuando el Espíritu Santo descienda en persona sobre los discípulos de Jesús en el día de Pentecostés.

Debemos especialmente señalar la bondad del mundo físico creado. En el cristianismo Ortodoxo no existe el dualismo. No hay ninguna enseñanza que diga que el *“espíritu”* es bueno y la *“materia”* mala, que el *“cielo”* es bueno y la *“tierra”* mala. Dios ama con Su Amor Eterno a toda Su Creación material y, como veremos, cuando la creación física es desfigurada por el pecado, Él hace todo lo que está en Su Poder para salvarla.

Amado a toda su creación, Dios Padre mora en el mundo que ha creado por su bondad y amor a la humanidad. La Omnipresencia de Dios es uno de los Atributos Divinos del Creador que se enfatiza particularmente en la enseñanza Cristiana Ortodoxa. Este hecho se confirma directamente en la Oración al Espíritu Santo que se reza al comienzo de todo el culto Ortodoxo:

“Oh Rey Celestial, Paráclito, Espíritu de la Verdad, que estas en todas partes y todo lo llenas, Tesoro de todo lo bueno y Dador de la Vida, ven y mora en nosotros, purifícanos de toda mancha y salva nuestras almas, oh Bondadoso”.

El hecho de que nosotros los Cristianos rezamos, *“Padre Nuestro, que estas en los cielos...”* también afirma que Dios está presente en todo lugar, pues donde quiera que vaya un hombre sobre la faz de la tierra, por los mares o en el aire, los cielos lo rodean con la presencia de Dios. El Señor Jesucristo, para que los hombres reconocieran que el Verdadero Dios, Su Padre, no está atado a un lugar en particular u otro, como lo fueron los dioses paganos, enseña al ser humano a rezar al Padre *“en los cielos”*. Pues el Único Dios, Verdadero y Vivo, está presente en todos, sobre todo, abarcando y conteniendo todo con Su Providencia y Protección Celestial. El Dios que está *“Sobre todo”* también está *“por todos, y en todos”* (Ef 4:5). Mediante Su Verbo (Palabra) y Su Espíritu Santo, Dios *“todo lo llena en todo”* (Ef 1:10,23).

Así, el Apóstol Pablo también proclamó a los atenienses, que si los hombres lo reconocen o no, *“en Él vivimos, y nos movemos, y somos”*, pues *“Él no está lejos de cada uno de nosotros”* (Hec 17:27-28).

Se atestigua muy hermosamente la omnipresencia de Dios en Su Creación, y nuestra propia presencia delante de Él, en el Salmo 139:

“¿A donde me iré de tu Espíritu? Y ¿A dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí Tú estas. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, Aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrieran; Aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz.”



ÁNGELES

“y de todas las cosas visibles e invisibles”

Además de la creación física y visible, existe también un mundo invisible creado por Dios. A veces la Biblia se refiere a él como *“los cielos”* y a veces como aquello que está *“arriba de los cielos”*. Sea lo que sea su descripción simbólica en la Sagrada Escritura, el mundo invisible definitivamente no forma parte del universo material, físico. No está situado en el espacio; no tiene dimensiones físicas. Y entonces no puede ser localizado, y no ocupa ningún *“lugar”* que pueda ser alcanzado después de un viaje entre las galaxias del universo físicamente creado.

Sin embargo, el hecho de que el mundo invisible y creado sea puramente espiritual y no pueda ser encontrado en un mapa del mundo material creado, no hace que sea menos real o que no exista verdaderamente. La creación invisible existe como algo diferente, distinto al mundo creado visible y, por supuesto, totalmente diferente a la existencia absolutamente super-divina y no-creada del Dios no-creado.

La realidad creada invisible está constituida de los ejércitos de los poderes incorpóreos, que generalmente se llaman (y más bien incorrectamente) los Ángeles.

Los ángeles (que literalmente significa *“mensajeros”*), son, estrictamente hablando, solo una de las órdenes entre los poderes incorpóreos del mundo invisible.

Según las Sagradas Escrituras y la Tradición Ortodoxa, existen nueve órdenes de los poderes incorpóreos o Ejércitos (Sabaoth significa *“ejércitos”* o *“coros”* u *“órdenes”*). Existen ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominios, tronos, querubines y serafines. Estos dos últimos son descritos como ofreciendo gloria y adoración continua a Dios con la incesante y eterna proclamación: Santo, Santo, Santo (Is 6:3; Apo 4:8). Los dominios, tronos, virtudes, potestades y principados, no son muy conocidos por los hombres, mientras que los ángeles y arcángeles se conocen como trabajadores activos, guerreros y mensajeros del Señor en el mundo. Así, los ángeles y arcángeles luchan contra el mal espiritual, y median entre Dios y el mundo. Aparecen a los hombres en variadas formas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, tanto como en la Vida de la Iglesia. Los ángeles son portadores del poder y la presencia de Dios, y son mensajeros de Su palabra para la salvación del mundo. Los ángeles que son mejor conocidos son Gabriel (cuyo nombre significa *“hombre de Dios”*), que es el portador de la buena nueva del Nacimiento de Cristo (Dan 8:16; 9:12; Lc 1:19, 26), y Miguel (que quiere decir *“aquel que es semejante a Dios”*) cabeza de los ejércitos espirituales de Dios (Dan 11:13; 12:1; Judas 9; Apo 12:7).

Generalmente las apariencias de los poderes incorpóreos se describen a los hombres de una manera física (*“de seis alas e innumerables ojos”*; o en la *“forma de un hombre”*). Sin embargo, se debe entender claramente que estas son descripciones simbólicas solamente. Por naturaleza y definición los ángeles no tienen cuerpos y no poseen propiedad material de ningún tipo. Son seres estrictamente espirituales.

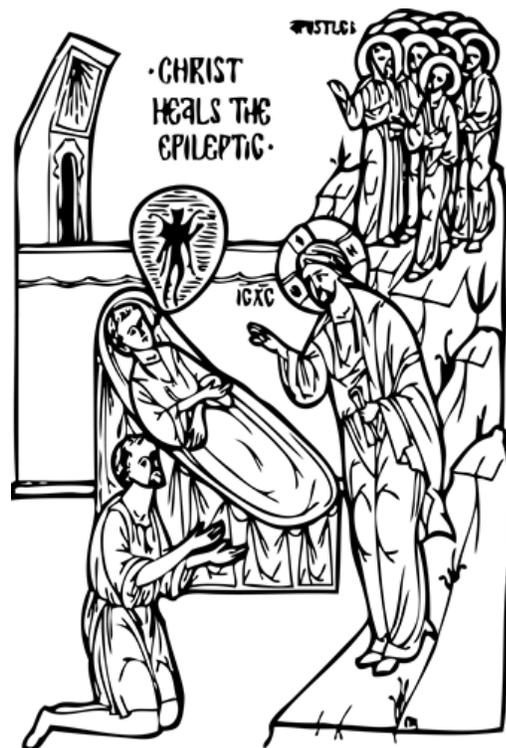
ESPÍRITUS MALIGNOS

Además de los poderes espirituales creados que llevan a cabo la voluntad de Dios, existen, según nuestra Fe Ortodoxa, los que se rebelan contra Él y obran el mal. Estos son los demonios o diablos (que literalmente significa “*aquellos que destruyen*”). Se los ve obrar en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, así como en las vidas de los Santos de la Iglesia.

Satanás (cuyo nombre quiere decir enemigo o el adversario) es un nombre para el diablo, el líder de los espíritus malignos. Es identificado en el símbolo de la Serpiente de Génesis 3 y como el tentador de Job y de Jesús (Job 1:6; Mc 1:33). Es nombrado por Cristo como un engañador y mentiroso, el “*padre de las mentiras*” (Jn 8:44) y el “*príncipe de este mundo*” (Jn 12:31; 14:30; 16:11). Él ha caído del cielo al igual que sus ángeles malos que se erigieron contra Dios y Sus servidores (Lc 10:18; Is 14:12). Es este mismo Satanás que entró en Judas para efectuar la traición y la muerte de Cristo (Lc 22:3).

Los Apóstoles de Cristo y los Santos de la Iglesia conocían por experiencia propia a los poderes de Satanás contra el ser humano para su destrucción. Del mismo modo, conocían bien la falta de poder de Satanás y su propia destrucción final, cuando el ser humano está con Dios, lleno del Espíritu Santo de Cristo. Según la Doctrina Ortodoxa, no existe ningún término medio entre Dios y Satanás. Al fin de cuentas, y en cualquier momento, el ser humano o está con Dios o está con el diablo, sirviendo o a uno o al otro.

La victoria final pertenece a Dios y a los que están con Él. Satanás y sus ejércitos son finalmente aniquilados. Si no reconocemos esto -y más aun- sin la experiencia de esta realidad de la lucha espiritual cósmica (Dios y Satanás, los ángeles buenos y los espíritus malignos), uno no puede llamarse Cristiano Ortodoxo, en el verdadero sentido, que es consciente de las más profundas realidades de la existencia y organizando su vida en consecuencia. Una vez más, sin embargo, se debe afirmar claramente que el diablo no es ningún “*caballero vestido de traje rojo*” ni tampoco ningún otro tipo de engañador físicamente grotesco. Él es un espíritu sutil, inteligente, que actúa principalmente por el engaño y la disimulación, ganando su victoria más grande cuando el ser humano deja de creer en su existencia y poder. Es así que el diablo ataca “*de frente*” solamente a los que no puede engañar de otra forma: a Jesús y a los más grandes entre los santos. En la mayor parte de su combate, él se conforma con permanecer oculto y a actuar por caminos y métodos desviados.



“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (I Pe 5:8)

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne sino contra los principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef 6:11-12)

EL SER HUMANO

El ser humano es la criatura especial de Dios, es el único *“creado a imagen y semejanza de Dios”* (Gen 1:26). Él es creado por Dios del polvo de la tierra al final del proceso de la creación (al “Sexto día”) y por un proyecto especial. Dios lo hizo para respirar “el aliento de la vida” (Gen 2:7), con el fin de conocer a Dios, y tener dominio sobre todo lo que Dios había creado.

Por ser humano es necesario entender los dos sexos: *“varón y mujer los creó”* (Gen 1:27; 2:21)- Para ser fecundos y multiplicarse (Gen 1:28). Entonces, según la doctrina Ortodoxa la sexualidad pertenece a la creación que dijo Dios que era *“muy buena”* (Gen 1:31), y en sí no es de ninguna manera, ni pecaminosa ni perversa. La sexualidad pertenece a la propia naturaleza de la humanidad creada expresamente por la voluntad de Dios.

Como imagen de Dios, con señorío sobre la creación y co-creador junto al Creador No Creado, el ser humano debe *“reflejar”* a Dios en la creación, hacer presente Su presencia, Su voluntad, Sus poderes presentes en todo lugar del universo; de transformar todo lo que existe en el paraíso de Dios. En este sentido, el ser humano es creado definitivamente para un destino más grande que el de los poderes incorpóreos del cielo, los ángeles. El Cristianismo Ortodoxo afirma esta convicción, no solamente por el énfasis que las Sagradas Escrituras ponen en el ser humano como criatura hecha a imagen y semejanza de Dios para reinar sobre la creación (lo que no se dice acerca de los ángeles), sino también porque San Pablo lo afirma directamente cuando escribe acerca de Jesucristo, diciendo que es verdaderamente el hombre perfecto y el Último Adán, (I Cor 15:45), y que: *“Dios le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”* (Fil 2:9-11).

Si creemos en Jesús, se deduce entonces que el ser humano es creado para una vida muy superior a la de cualquiera otra criatura, aun a la de los ángeles que glorifican a Dios y sirven la causa de la Salvación del ser humano. Y es precisamente esta convicción que se afirma cuando la Iglesia canta a María, la Madre de Dios, como *“más venerable que los querubines e incomparablemente más gloriosa que los serafines”*. Pues lo que es glorificado como ya realizado en María, la persona humana, es precisamente lo que espera a todos los *“hombres que oyen la palabra de Dios y la guardan”* (Lc 11:28).

Así tomamos conciencia de la gran dignidad del ser humano según la Fe Cristiana. Vemos al ser humano como *“la más importante”* de las criaturas de Dios, la criatura para quien *“todas las cosas visibles e invisibles”* han sido creadas por Dios.

Es nuestra doctrina Ortodoxa, solo se puede entender y apreciar lo que significa ser un ser humano a la luz de la plena revelación de Jesucristo. Siendo el Verbo Divino y el Hijo de Dios hecho hombre, Jesús revela la verdadera dimensión de la humanidad. Como Hombre Perfecto y el Último Adán, *“el hombre de los cielos”*, Jesús nos da la interpretación correcta de la historia de la creación que encontramos en el libro del Génesis. Porque como ha escrito el Apóstol San Pablo, Adán encuentra su significado como la *“figura del que había de venir”*, es decir, Jesucristo (Rom 5:14).

“Está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo... y así como hemos traído la imagen terrenal traeremos también la imagen del celestial”

(I Cor 15:45-49)

Según la teología Cristiana Ortodoxa, llevar la imagen de Dios es ser como Cristo, la Imagen No-Creada de Dios, y compartir de todos los atributos espirituales de la divinidad. Es, en las palabras de los Santos Padres, llegar a ser por la divina gracia todo lo que Dios Mismo es por naturaleza. Si Dios es un Ser libre, espiritual, personal, así los seres humanos, varón y mujer, han de ser lo mismo. Si Dios es tan poderoso y creativo, con dominio sobre toda la creación, así también las criaturas humanas, hechas a Su Imagen y Semejanza, han de ejercer dominio en el mundo. Si Dios ejerce dominio y autoridad no por tiranía y opresión, sino por amor, bondad y servicio, Sus criaturas entonces deben hacer lo mismo. Si el Mismo Dios es amor, misericordia, compasión y providencia, así Sus criaturas, creadas para ser como Él, deben ser lo mismo. Y finalmente, Si Dios vive para siempre en la vida eterna, nunca muriendo, sino siempre existiendo en belleza y felicidad perfectamente gozosas y armoniosas con toda la creación, así también los seres humanos son creados para la vida eterna en comunión gozosa y armoniosa con Dios y toda la creación.



Según la doctrina ortodoxa, la vida humana nunca termina su desarrollo y crecimiento, pues es creada a la imagen y semejanza de Dios. El Ser y la vida de Dios son inagotables y sin límites. Tal como el Arquetipo Divino no tiene límites a su divinidad, así también la imagen humana no tiene límites a su humanidad, a lo que puede llegar a ser por la gracia de Su Creador. Por lo tanto, la naturaleza humana es creada por Dios para crecer y desarrollarse mediante la participación en la naturaleza de Dios por toda la eternidad. El ser humano es creado para llegar a ser cada vez más semejante a Dios, aun en el Reino de Dios al fin de los siglos, cuando Cristo venga de nuevo en gloria para resucitar a los muertos y otorgar la vida a los que le aman.

Así los Santos Padres de la Fe Ortodoxa enseñaron que, sea lo sea el grado de madurez y desarrollo que logre el ser humano, sea lo que sea su poder, sabiduría, misericordia, conocimiento, amor, continuamente queda delante de él una infinidad de plenitud de vida aún más grande en la Santísima Trinidad, en la cual puede participar y vivir. El hecho de que la naturaleza humana eternamente progresa en perfección dentro de la naturaleza de Dios constituye el significado de la vida para el ser humano, y permanece para siempre la fuente de su alegría y regocijo para toda la eternidad.

Ahora debemos decir también que, según la doctrina Cristiana Ortodoxa, era la expresa voluntad de Dios que los seres humanos fueran creados varón y mujer, y esto es esencial para la propia vida humana como un reflejo de Dios. Es decir, la sexualidad humana no sólo es un elemento necesario en la existencia y vida humana creada a la imagen de Dios, sino que la vida, la vida humana debe ser sexuada -masculino y femenino- si ha de ser lo que Dios mismo ha creado.

Hombre y mujer, son creados por Dios para vivir juntos en una unión de existencia, vida y amor. El ser humano ha de ser líder en toda actividad humana, el que refleje a Cristo como el nuevo

y perfecto Adán. La mujer ha de ser *“una ayuda”* para el hombre, la *“madre de todos los vivientes”* (Gen 2:16; 3:20). Simbolizando en la relación de María y la Iglesia, la Nueva Eva, y a Cristo, el Nuevo Adán, como la que inspira la vida del hombre, completa su existencia y llena su vida, la mujer no es un instrumento del hombre. Ella es una persona en su propio derecho, partícipe de la naturaleza de Dios, y un complemento necesario para el hombre. No puede haber ningún hombre sin mujer -ningún Adán sin Eva; tal como no puede haber ninguna mujer sin hombre. Los dos existen juntos en perfecta comunión y armonía para el cumplimiento de la naturaleza y vida humana.

Las diferencias entre el hombre y la mujer son reales e irreducibles. No se limitan a diferencias físicas o biológicas. Son más bien diferentes dentro de una y misma humanidad; tal como, podríamos decir, el Hijo y el Espíritu Santo son diferentes personas dentro de una y la misma divinidad, junto con Dios Padre. El hombre y la mujer deben estar en unión espiritual tanto como en unión corporal. Deben expresar en conjunto, en una y misma humanidad, todos los poderes y virtudes que pertenecen a la naturaleza humana creada a imagen y según la semejanza de Dios. No existen ni virtudes ni poderes que pertenecen al hombre, pero no a la mujer; ni tampoco existen los que pertenezcan a la mujer pero no al hombre. Todos están llamados a perfección espiritual en verdad y en amor, en todas las virtudes divinas de Dios otorgadas a sus criaturas.

Las hostilidades y competencias entre el hombre y la mujer que existen en el mundo de hoy no se deben a sus respectivos *“modos personales”* tal como fueron creados por Dios. Se deben más bien al pecado. No debe existir la tiranía de hombres sobre mujeres; ni opresión, ni servidumbre. Tal como no debe existir ninguna lucha de la mujer para ser hombre, para tomar la posición masculina en el orden de la creación. Sino debe haber una armonía y unidad dentro de la comunidad de existencia con sus naturales distinciones y orden creados. Vemos esta unidad de naturaleza con la distinción en la existencia personal dentro de la Divinidad de la Santísima Trinidad. Pues en la Divinidad de la Trinidad misma existe una perfecta unidad de naturaleza y existencia, con reales distinciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en cuanto a que forma vive cada una de las Personas Divinas y como expresa cada una de ellas la naturaleza común de Dios. Existe un *“orden”* en la Trinidad. Existe inclusive una jerarquía si consideramos la manera en que las Personas Divinas se relacionan entre ellas mismas y con el hombre y el mundo. (Si embargo, no debemos entender en la palabra *“Jerarquía”* una diferencia de naturaleza entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo). Pues en la Trinidad Misma, solo el Padre es la *“Fuente de la Divinidad”*. El Hijo es la expresión del Padre y está *“sujeto”* a Él. Y el Espíritu Santo, consubstancial y de total igualdad con el Padre y el Hijo, es la *“tercera”* persona Quien cumple la voluntad del Padre y del Hijo. Las tres personas divinas son perfectamente iguales. Este es un dogma de la Iglesia. Pero no son lo mismo, y existe una relación ordenada entre ellas en la cual hay *“prioridades”* de existencia y acción ordenada entre ellas en la cual hay *“prioridades”* de existencia y acción que no destruyen la perfección y la unidad perfecta de la Divinidad, y que, mas aun, permiten que sea perfecta y divina. La Vida Trinitaria de Dios es el Arquetipo y Modelo para la existencia y acción del hombre y de la mujer dentro del orden de la creación.

PECADO

La palabra “*pecado*” significa que “*ha errado el fin*”. Significa fallar en ser lo que debemos ser y en hacer lo que debemos hacer. En el origen el hombre fue concebido para ser la imagen creada de Dios, para vivir en unión con la vida divina de Dios, y para reinar sobre toda la creación. Que el ser humano haya fallado a su tarea es su pecado, a lo que también se refiere como su “*caída*”.

La “*caída*” del ser humano significa que ha fallado en la vocación recibida de Dios. Esto es el significado de Génesis 3. El ser humano fue inducido por el maligno (la serpiente) a creer que podría llegar a ser “*igual a Dios*” por su propia voluntad y esfuerzo.

En la tradición Ortodoxa el comer del “*árbol del conocimiento del bien y del mal*” generalmente se interpreta como la percepción misma del mal, por el ser humano. Su experiencia concreta del mal como tal. A veces también se interpreta este comer del árbol (como lo ha hecho San Gregorio el Teólogo) como su intento de ir mas allá de lo que era posible; su intento de hacer lo que aun no estaba en su poder realizar.

Sean lo que sean los detalles de las varias interpretaciones del relato del Génesis, es la clara doctrina de la Ortodoxia que el ser humano ha fallado en su vocación original. Desobedeció al mandamiento de Dios por orgullo, envidia y la falta de humilde gratitud a Dios, cediendo a la tentación de Satanás. Así el ser humano pecó. “*Falló al fin*” al cual había sido llamado. Transgredió la Ley de Dios (Véase I Jn 3:4). Y así llevó la ruina a sí mismo y a la creación que le fue entregada para cuidar y desarrollar. Por su pecado -y por sus pecados- se somete a sí mismo y toda la creación con él, a la ley del mal y de la muerte.

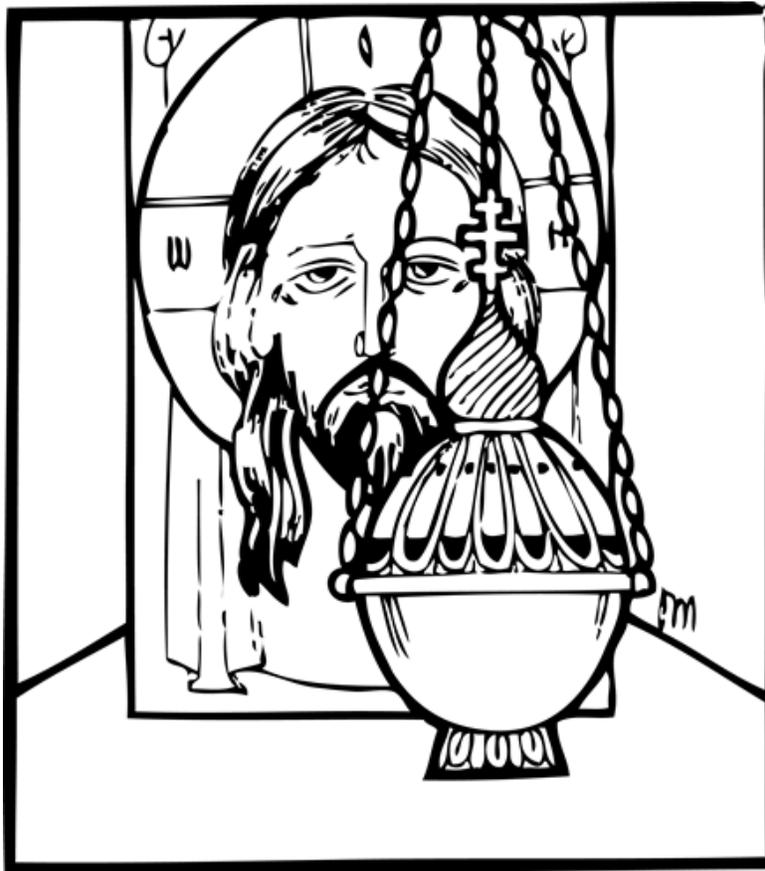
En la Biblia y en la teología Ortodoxa, los siguientes elementos siempre van juntos: el pecado, el mal, el diablo, el sufrimiento y la muerte. Nunca está uno sin los otros, y todos son el resultado común de la rebelión del ser humano contra Dios y su pérdida de comunión con Él. Este es el significado principal de Génesis 3 y de los capítulos que siguen hasta la llamada de Abrahám. El pecado engendra más pecado y mal aún más grande. Trae desorden cósmico, la corrupción final y la muerte de todos y de todo. El ser humano todavía permanece como la imagen creada por Dios -esto no puede cambiar- pero él ha manchado esa imagen y ha perdido la semejanza divina. Su humanidad está desfigurada por el mal, pervertida y deformada hasta el punto que ya no puede ser el reflejo puro de Dios como debía haber sido. El mundo también permanece bueno, de cierto “*muy bueno*”, pero comparte las tristes consecuencias del pecado de su amo creado y sufre con él en la agonía mortal y corrupción. Así, por la falta del ser humano, el mundo entero cae bajo la ley de Satanás y “*yace bajo el poder del Maligno*” (I Jn 5:19; véase también Rom 5:12).

El relato de Génesis es una descripción divinamente inspirada en términos simbólicos de las posibilidades primordiales y originales del ser humano, pero también de su flaqueza. Este relato nos revela que el ser humano desvió el poder que se le había dado de crecer y de desarrollarse eternamente en Dios y se hizo un instrumento de multiplicación y de proliferación del mal; y afirma que el ser humano ha transformado la creación en el principado del Diablo, un cementerio en escala cósmica “*gimiendo y sufriendo dolores de parto*” (Rom 8:19-23) hasta que nuevamente fuera salvado por Dios. Todos los hijos de Adán, es decir, todos los seres humanos, comparten este trágico destino. Aún aquellos que nacen en este mismo instante como imágenes de Dios a un mundo esencialmente bueno están arrojados a un universo destinado a la muerte, gobernado por el diablo y lleno del fruto maligno de generaciones de sus indignos siervos.

El mensaje fundamental es este: el hombre y el mundo necesitan ser salvados. Dios da la promesa de la salvación desde el mismo principio, promesa que históricamente comienza a ser cumplida en la persona de Abrahám, el padre de Israel, el antepasado de Cristo.

“El Señor dijo a Abram (después llamado Abrahám): De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y por ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra” (Gen 12:3; Gen 22:15)

Abrahám creyó al Señor; y de él vino el pueblo de Israel del cual, según la carne, nació Jesucristo el Salvador y Señor de la Creación (Véase Lc 1:55; 73; Rom 4; Gál 3). Toda la historia del Antiguo Testamento encuentra su cumplimiento en Jesús. Todo lo que sucedió a los hijos escogidos de Abrahám sucedió en vista de la definitiva y final destrucción del pecado y de la muerte por Cristo. Los pactos de Dios con Abrahám, Isaac y Jacob (el nombre de Jacob fue cambiado posteriormente a “Israel”, que significa “aquel que lucha con Dios”); las doce tribus de Israel; la historia de José; la Pascua, el éxodo, y la entrega de la Ley de Dios a Moisés; la llegada de Josué a la tierra prometida; la fundación de Jerusalén y la construcción del Templo por David y Salomón; los jueces, reyes, profetas y sacerdotes; absolutamente todos los acontecimientos relatados en el Antiguo Testamento en relación al Pueblo Escogido de Dios, encuentra su último motivo y su sentido en el Nacimiento, Vida, Muerte, Resurrección, Ascensión y Glorificación del Hijo Unigénito de Dios, Jesús el Mesías. Él es Aquel que es engendrado del Padre para salvar a las personas de sus pecados, para abrir sus tumbas y para otorgar la vida eterna a toda la creación.



JESUCRISTO

Y en un solo Señor Jesucristo

La confesión fundamental de los cristianos acerca de Su Maestro es esta: *“Jesucristo es el Señor”*. Esta comienza en el Evangelio cuando Jesús mismo pregunta a sus discípulos quién creen ellos que es Él: *“Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente”* (Mt 16:16).

Jesús es el Cristo. Esto es el primer acto de fe que los seres humanos deben hacer acerca de Él. Al nacer, el hijo de María recibe el nombre de Jesús, que significa literalmente Salvador (en hebreo, Josué, que es además el nombre del sucesor de Moisés quien cruzó el Río Jordán y llevó al pueblo escogido a la tierra prometida). *“Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1:21; Lc 1:31). Es este Jesús, el Cristo, que significa el Ungido, el Mesías de Israel. Jesús es el Mesías, el que fue prometido al mundo mediante Abraham y su linaje.

Pero ¿quién es el Mesías? Esta es la segunda pregunta, que Cristo hizo en los Evangelios. Mas esta vez no preguntó a Sus Discípulos, sino a los que trataban de tenderle una trampa a Él. *“¿Quién es el Mesías?”* les preguntó, no porque podrían responder o porque realmente querían saber la respuesta, sino para acallarlos y comenzar *“la hora”* para la cual había venido, la hora de la Salvación del mundo:

“Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Que pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: de David. Y les dijo: ¿pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor; Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?” (Sal 110). *Pues si David le llama Señor, ¿Cómo es su Hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle mas”* (Mt 22:41-46)

Después de la Resurrección de Jesús, inspirados por el mismo Espíritu Santo que había inspirado a David, los Apóstoles y todos los miembros de la Iglesia comprendieron el significado de esas palabras: Jesús es el Cristo. Y el Cristo es el Señor. Este es el misterio de Jesucristo el Mesías, es decir, que Él es el Único Señor, identificado con el Dios Yahvé del Antiguo Testamento.

Ya hemos visto como Yahvé siempre fue llamado Adonai, el Señor, por el pueblo de Israel. En la Biblia griega nunca fue escrita la palabra Yahvé. Si no que en su lugar, donde se escribía en hebreo la palabra Yahvé, y donde los judíos decían Adonai, el Señor, la Biblia griega simplemente escribía Kirios, el Señor. Así, el Hijo de David, que era otro nombre para el Mesías, es llamado, Kirios, el Señor.

Para los Judíos, y por cierto para los primeros Cristianos, el término Señor se usaba solamente para referirse a Dios: *“Dios el Señor se ha manifestado a nosotros”* (Sal 118). Este Señor y Dios es Yahvé; y es también Jesús el Mesías. Pues aunque dice Jesús: *“el Padre es mayor que yo”* (Jn 14:28), también afirma: *“Yo y el Padre somos uno”* (Jn 10:30). Creer en *“Un solo Señor Jesucristo”* es la principal confesión de Fe por la cual los primeros Cristianos estaban dispuestos a dar sus vidas. Pues es la confesión que afirma la identidad de Jesús con el Dios Altísimo.

HIJO DE DIOS

Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido no creado, consubstancial al Padre por quien todo fue hecho...

Jesús es uno con Dios como Su Hijo Unigénito. Esto es la proclamación con valor de revelación formulada por los Santos Padres del Concilio de Nicea:

... y en un Solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre, antes de todos los siglos: Luz de Luz, Verdadero Dios de Dios Verdadero. Engendrado, no creado. Consubstancial al Padre, por quién fueron hechas todas las cosas...

Estas frases hablan acerca del Hijo de Dios, también llamado el Verbo (Palabra) o Logos de Dios, antes de su nacimiento en cuerpo humano de María Virgen en Belén. Hay un solo Hijo Eterno de Dios. Es llamado Hijo Unigénito, que significa que fue el Único que nació del Padre.

El Hijo de Dios es nacido del Padre “antes de todos los siglos”; es decir, antes de la creación, antes del comienzo de los tiempos. El tiempo tiene su comienzo en la creación. Dios existe antes del tiempo, en una existencia eternamente sin tiempo, que no tiene ni principio ni fin.

La palabra Eternidad no quiere decir tiempo sin fin. Significa la condición de estar en estado sin tiempo, sin pasado, sin futuro, solamente un presente constante. Para Dios, todo es ahora.

En el “ahora” eterno de Dios, antes de la creación del mundo, el Hijo Unigénito de Dios nació de Dios Padre en lo que sólo podemos llamar una generación eterna, sin tiempo, siempre actual. Esto significa que aunque el Hijo es “engendrado del Padre” y viene del Padre, su generación es eterna. Así, nunca hubo un “tiempo” en que no existiera el Hijo de Dios, contrariamente a lo que predicaba el hereje Arrio quien enseñaba que sí hubo un tiempo en el cual el Hijo de Dios todavía no había nacido. Esta falsa doctrina fue formalmente condenada por el Primer Concilio Ecuménico.

El Hijo Unigénito de Dios, aunque nació del Padre y tiene Su origen en Él, siempre existió, o mejor dicho, siempre existe: no creado, eterno y divino. Así, dice el Evangelio de San Juan:

“En el principio existía el Verbo (Palabra, Logos); y el Verbo estaba con Dios. Y el Verbo era Dios” (Jn 1:1)

Eternamente nacido de Dios y siempre-existente con el Padre en la generación “sin tiempo”, el Hijo es verdaderamente “Luz de Luz, Verdadero Dios de Dios Verdadero”. Pues Dios es Luz, y lo que es nacido de Él debe ser Luz. Y Dios siendo Verdadero Dios, entonces lo que nace de Él debe ser Verdadero Dios.

Sabemos, según el orden de las cosas creadas, que cualquier ser que nace debe ser esencialmente igual a lo que le dio nacimiento. Si uno viene del mismo ser de otro, debe ser entonces de la misma naturaleza que él; es imposible que sea esencialmente diferente. Así, los seres humanos dan nacimiento a otros seres humanos, los pájaros a pájaros, los peces a peces, las flores a flores.

Si Dios entonces, en la sobreabundante plenitud y perfección de Su Ser Divino, da nacimiento a un Hijo, el Hijo debe ser igual al Padre en todo, excepto, por supuesto, en el hecho de que es el Hijo, y no el Padre.

Así, si el Padre es Divino y eternamente perfecto, veraz, sabio, bueno, amante, y todo lo que sabemos que Dios es: “Inefable, inconcebible, invisible, siempre-existente y eternamente igual” (nuevamente

citando el texto de la liturgia), entonces el Hijo también debe ser todo esto. Pensar que lo que nace de Dios debe ser menos que Dios, dice un Santo de la Iglesia, sería deshonorar a Dios.

El Hijo es *“engendrado, no-creado; consubstancial al Padre”*. Para expresar las palabras *“engendrado, no creado”*, también podemos decir *“nacido, no-creado”*. Todo lo que existe aparte de Dios es creado por Él: todas las cosas visibles e invisibles. Pero el Hijo de Dios no es una criatura. No fue creado o hecho por Él. El Hijo fue nacido, engendrado, generado del mismo ser y naturaleza del Padre.

Pertenece a la misma naturaleza de Dios (a Dios en tanto que Dios) según la Divina Revelación tal cual fue entendida en la tradición ortodoxa, que Dios es un Padre Eterno por naturaleza, y que debe tener siempre a Su Hijo Eterno, No-Creado junto a Él. Pertenece a la misma naturaleza de Dios el que deba ser así, para que sea verdadera y perfectamente Divino. Pertenece a la misma naturaleza de Dios que no esté eternamente solo en Su Divinidad, sino que Su Mismo Ser, siendo Amor y Bondad, debe naturalmente *“sobreabundar”* y *“reproducirse”* en la generación de un Hijo Divino: el *“Hijo de Su Amor”*, como lo ha llamado el Apóstol San Pablo (Col 1:13).

Por lo tanto, existe un gran abismo entre lo creado y lo no-creado; entre Dios y todo lo que Dios ha hecho de la nada. El Hijo de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, no es creado. No fue hecho de la nada. Él ha sido y Él es engendrado eternamente del Ser Divino del Padre. No existe ningún abismo entre Dios y el Hijo de Dios.

Habiendo sido engendrado y no creado, el Hijo de Dios es lo que Dios es. La expresión consubstancial, simplemente significa lo siguiente: lo que es Dios el Padre, lo es también el Hijo. Decir que el Hijo es Consubstancial al Padre, es decir que son de la misma esencia. Ahora bien, la palabra esencia viene del latín *“esse”*, que quiere decir ser. Hablar de la esencia de algo significa responder a la pregunta: *“¿Qué es?”* Lo que el Padre es, el Hijo es. El Padre es Divino, el Hijo es Divino. El Padre es Eterno, el Hijo es Eterno. El Padre no fue creado; el Hijo tampoco lo fue. El Padre es Dios, y el Hijo es Dios. Esto es lo que confesamos al decir *“el Hijo Unigénito de Dios... Consubstancial al Padre”*.

Estando siempre con el Padre, el Hijo es también una sola vida, una sola voluntad, un solo poder y una sola acción con Él. Lo que sea el Padre, el Hijo también lo es; y por lo tanto lo que hace el Padre, también lo hace el Hijo. Fuera de su existencia divina, el acto propio de Dios es el acto creador. El Padre es el Creador del Cielo y de la Tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en el acto de la creación, como lo confesamos en el Símbolo de la Fe, el Hijo es aquél por Quien fueron hechas todas las cosas.

El Hijo obra en el acto creador como el que lleva a cabo la Voluntad del Padre. El acto divino de la creación y, por otra parte, todo acto a favor del mundo creado, se trate de la revelación, de la salvación o de la glorificación, es querida por el Padre y cumplida por el Hijo (luego hablaremos del Espíritu Santo) en una sola e idéntica acción divina. Así tenemos el relato de la creación en el Génesis, en donde Dios crea mediante Su Verbo (Palabra) Divino (*“... y dijo Dios...”*), y en el Evangelio de San Juan la revelación precisa lo siguiente:

“Este (la Palabra - Hijo) era en el principio con Dios (el Padre); todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn 1:2-3)

Esta es también la doctrina exacta de San Pablo: *“... Por el fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten” (Col 1:16-17).*

Así, se confiesa al Eterno Hijo de Dios como aquél *“por Quien fueron hechas todas las cosas” (Jn 1:2-3; Heb 1:2; 2:10; Rom 11:36).*

El Símbolo de la Fe continua como sigue: *“Quien por nosotros los hombres y para nuestra salvación, bajó de los cielos, se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre...”*.

El Divino Hijo de Dios nació en carne humana para la salvación del mundo. Esta es la doctrina central de la Fe Cristiana Ortodoxa; toda la vida de los cristianos está basada en este hecho.

El Símbolo de la Fe enfatiza el hecho de que es *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación”* que el Hijo de Dios ha venido. Esta es la más asombrosa, la más increíble de las enseñanzas bíblicas, que *“de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn 3:16, citada en la parte central de la oración eucarística durante cada Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo).

Por su amor perfecto, Dios *“envió”* a Su Hijo al mundo. En el mismo acto de la creación, Dios *“sabía”* que para que el mundo exista, era necesaria la Encarnación de Su Hijo en carne humana. La palabra Encarnación en sí significa *“asumir la carne”*, *“tomar carne”* en todo el sentido de la naturaleza humana, cuerpo y alma.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de Verdad.... Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1:14-16)



...Bajó de los cielos...

Quien por nosotros los hombres y para nuestra salvación bajó de los cielos...

La afirmación que el Hijo “*bajó de los cielos y se encarnó*” no quiere decir que Él se encuentra en alguna parte “*arriba*” en los espacios intersidiales y que luego descendió al planeta Tierra. Decir que Él “*bajó de los cielos*” es la forma bíblica de decir que el Hijo de Dios vino de una existencia totalmente diferente, la divina existencia de Dios, fuera de los límites de todo espacio y de toda duración del universo físico, creado. En general, debemos recordar nuevamente el carácter simbólico de todas nuestras palabras y afirmaciones que utilizamos cuando hablamos acerca de Dios.

Tampoco se debe interpretar la afirmación que el Hijo “*bajó de los cielos*” en el sentido de que antes de la Encarnación el Hijo de Dios estuviera totalmente ausente del mundo. El Hijo siempre estuvo en el mundo, pues el “*mundo fue creado por El*” (Jn 1:10). Él estuvo presente siempre en el mundo pues Él personalmente es la vida y la luz del hombre (I Jn 4).

Creado “*a la imagen y semejanza de Dios*”, todo ser humano – simplemente por el hecho de ser un ser humano - ya es reflejo del Hijo Divino, Quien es Él Mismo la Imagen No-Creada de Dios (Col 1:15; Heb 1:3). Así, el Hijo, o Verbo (Palabra), o Imagen, o Resplandor de Dios, como se refiere a Él en las Santas Escrituras, siempre estuvo “*en el mundo*” por estar siempre presente en cada una de sus “*imágenes creadas*”, no solamente como su creador, sino también siendo Él cuyo Ser todas las criaturas han de compartir y reflejar. Así, en su Encarnación, el Hijo viene al mundo personalmente y llega a ser Él mismo un ser humano. Incluso antes de la Encarnación, estaba siempre presente en el mundo por la presencia y el poder de Sus acciones creadoras en Sus criaturas, particularmente en el ser humano.

Además de esto, es también doctrina Ortodoxa que la manifestación de Dios a los Santos del Antiguo Testamento, es decir, las teofanías (que significa manifestaciones divinas), eran manifestaciones del Padre, por, mediante y en su Hijo o Logos. Así, por ejemplo, las manifestaciones a Moisés, Elías o Isaías son a través del Hijo de Dios, Divino y no Creado.

Es también enseñanza Ortodoxa que la Palabra de Dios que fue recibido por los profetas y santos del Antiguo Testamento, y las mismas palabras de la Ley del Antiguo Testamento de Moisés, también son revelaciones de Dios por Su Hijo, el Verbo Divino. (Referente a la Ley de Moisés, en hebreo se dice las “*Palabras*”, y no los “*mandamientos*” como se ha traducido al español). Así, por ejemplo, tenemos el testimonio del Antiguo Testamento de la revelación de la Palabra de Dios, como el del Profeta Isaías, en casi la misma forma personal como se encuentra en el Evangelio cristiano:

“Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer; así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que le envié” (Is 55:10-11)

Así, antes de su Nacimiento personal de la Virgen María como el hombre-Jesús, el Divino Hijo y Verbo de Dios ya estaba en el mundo por Su presencia y acción en la creación, particularmente en el ser humano. Estaba presente y activo; también en las teofanías a los Santos del Antiguo Testamento; y en las palabras de la Ley y de los Profetas, tanto habladas como escritas.

LA ENCARNACIÓN

... Se encarnó del Espíritu Santo y María Virgen y se hizo hombre...

El Divino Hijo de Dios nació como hombre de la Virgen María por el poder del Espíritu Santo (Mt 1; Lc 1). La Iglesia enseña que el nacimiento virginal es el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento (Is 7:14), y que es también el cumplimiento de todas las aspiraciones de los seres humanos para la salvación que se encuentran en todas las filosofías y religiones en la historia humana. Solamente Dios puede salvar al mundo. El hombre no puede hacerlo por si solo ya que es el propio hombre que necesita ser salvado. Por lo tanto, según la doctrina ortodoxa, el nacimiento virginal es necesario no por una idolatría falsa de la virginidad como tal ni por un rechazo pecaminoso a la normal sexualidad humana. Ni tampoco es necesaria para *“dar mayor peso”* a las enseñanzas morales de Jesús, como algunos dicen. Se entiende el nacimiento virginal como una necesidad porque Él que nace no puede ser un mero ser humano como los demás que tiene necesidad de la salvación. El Salvador del mundo no puede ser uno de la raza de Adán nacido según la carne como los demás. Debe ser *“no de este mundo”* para poder salvar al mundo.

Jesús nace de la Virgen María porque Él es el Divino Hijo de Dios, el Salvador del Mundo. Es la enseñanza formal de la Iglesia Ortodoxa que Jesús no es un *“mero hombre”* como todos los demás. Por cierto, es un verdadero hombre, un hombre íntegro y perfectamente completo, con un espíritu, un alma y un cuerpo humano. Pero Él es el Hijo y el Verbo de Dios encarnado. Entonces, la Iglesia formalmente confiesa que María con todo derecho debe ser llamada *Theotokos*, que literalmente significa *“la que da a luz a Dios”*. Pues, como canta nuestra Iglesia en la Navidad, Aquel que nace de María de toda la eternidad es Dios.

“Hoy la Virgen da a luz al Eterno, y la tierra ofrece una caverna al inaccesible. Ángeles y pastores le glorifican. Y los magos siguen a una estrella. Hoy ha nacido un niño, el Eterno Dios”. (Kontakion de la Navidad)

Jesús de Nazaret es Dios, o, mejor dicho, es el Divino Hijo de Dios encarnado. Él es un hombre verdadero en todos los aspectos. Nació. Se crió, obediente y sujeto a sus padres. Creció en sabiduría y estatura (Lc 2:51-52) Tuvo una vida familiar *“entre parientes y conocidos”* (Lc 2:41-44). Jesús no tuvo hermanos que nacieron de María, ya que nuestra doctrina Ortodoxa la confiesa *“siempre-Virgen”*. Cuando en la Sagrada Escritura se refiere a los *“hermanos”* de Jesús (Jn 2:12) entendemos que fueron primos, o hijos de José.

Como hombre, Jesús experimentó todas las normales y naturales experiencias humanas como el crecimiento y el desarrollo, la ignorancia y el aprendizaje, el hambre, la sed, la fatiga, la tristeza, el dolor y la desilusión. También conoció la tentación, el sufrimiento y la muerte. Aceptó estas cosas *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación”*.

“Así que, por cuanto los hijos participaren de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, (...) para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto el mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb 2:14-18)

Cristo entró al mundo para llegar a ser semejante en todo a todos los hombres, excepto en el pecado.

“No hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; quien cuando padecía no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente (Dios el Padre)” (1 Pe 2:22-23; Heb 4:15).

Jesús fue tentado, pero no cometió pecado. Fue perfecto en todo sentido, absolutamente obediente a Dios Padre, pronunciando Sus palabras, cumpliendo Sus obras y realizando Su voluntad. Como hombre, Jesús cumplió su papel perfectamente, siendo el Hombre Perfecto, el nuevo y postrer Adán. Él hizo todo lo que el ser humano no logra hacer, siendo en toda cosa la más perfecta respuesta humana a lo que Dios espera de Su creación. En este sentido, el Hijo de Dios hecho hombre *“recapitula”* la existencia de Adán, es decir, de toda la raza humana, llevando al hombre y su mundo a Dios Padre de nuevo, y haciendo posible una nueva vida, libre del poder del pecado, del diablo y de la muerte.

Como el Salvador - Mesías, Cristo también cumplió todas las profecías y colmado todas las expectativas del Antiguo Testamento, como un cumplimiento y coronación de perfección final y absoluta a todo lo que había sido esbozado en Israel para la salvación humana y del universo. Así entonces, Cristo es el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, la culminación de la Ley de Moisés, y la realización de las profecías. Él Mismo es el Último Profeta, el Rey y El Maestro, el Único y Supremo Sumo Sacerdote de la Salvación, la Víctima Sacrificial sin mancha, la Nueva Pascua y el Dador del Espíritu Santo a la creación entera.

Es en este título de Mesías - Rey de Israel y de Salvador del mundo que Cristo afirmó Su identidad con Dios Padre y se llamó a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida, la Resurrección y la Vida, la Luz del mundo, el Pan de Vida, la Entrada al redil de ovejas, el Buen Pastor, el Hijo Celestial del Hombre, el Hijo de Dios, y Dios en persona, el *“Yo Soy”* (del Evangelio de San Juan).



REDENCIÓN

... Y fue crucificado también por nosotros bajo el poder de Poncio Pilatos, padeció y fue sepultado...

Aunque Jesús nunca pecó, y no habría debido sufrir y morir, voluntariamente tomó sobre sí los pecados del mundo y voluntariamente se entregó al sufrimiento y a la muerte por causa de la Salvación. Esta fue su tarea como Mesías - Salvador.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido el Señor a anunciar la buena nueva a los pobres, me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; (...) para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto (...)” (Is 61:1-3).

Al mismo tiempo, Jesús tuvo que hacer esto como el *“Siervo- Sufriente del Señor-Dios, Yahvéh”*.

“Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y por su llaga hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marcha por su camino, y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humillo, y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado... y se puso su sepultura entre los malvados y con el hombre rico su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo al Señor quebrantarle con dolencias, si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca al Señor se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi siervo a muchos. Y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grande y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los transgresores fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores.” (Isaías 53)

Estas palabras del profeta Isaías escritas siglos antes del nacimiento de Jesús cuentan la historia de su Misión Mesianica. Esta misión comienza realmente ante los ojos de todos en su bautismo por Juan en el Jordán. Al permitir ser bautizado con los pecadores, aunque no tuvo pecado, Jesús muestra que acepta su llamado de ser identificado con los pecadores: Él, el *“Bien-Amado”* del Padre y *“el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”* (Jn 1:29; Mt 3:17).

Jesús comienza a enseñar, y en el mismo día y en el mismo momento en que sus discípulos por primera vez lo reconocen y lo confiesan como el Mesías, el *“Cristo, el Hijo del Dios Vivo”*, Jesús de inmediato les cuenta que su misión le lleva *“a Jerusalén para padecer mucho... y ser muerto y resucitar al tercer día”* (Mt 16:16-23; Mc 8:29-33). Los Apóstoles estaban muy perturbados por esto. Entonces Jesús les devela su divinidad al ser transfigurado delante de ellos en su gloria divina en la montaña, en presencia de Moisés y Elías. Les dice nuevamente: *“El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres y le mataran; mas al tercer día resucitará”* (Mt 17:1-23; Mc 9:1-9).

Los poderes del mal se multiplicaron en contra de Cristo al final: *“Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y Su Cristo”* (Sal 2:2). Buscaban causas y razones para matarle. La razón formal fue blasfemia: *“porque tu, siendo hombre te haces Dios”* (Jn 10:31-38). Pero, sin embargo, las razones profundas eran más personales: Jesús decía la verdad al pueblo y

denunciaba su obstinación, su necedad, hipocresía y estado de pecado. Por esta razón cada pecador, endurecido en sus pecados y sin arrepentirse, desea y causa la crucifixión de Cristo.

La muerte de Jesús le llegó por manos de los líderes religiosos y políticos de su época, con la aprobación de las multitudes: *“cuando Caifás era el Sumo Sacerdote”, “Bajo el poder de Poncio Pilatos”*. Él fue crucificado para nosotros... *“padeció y fue sepultado”* para estar con nosotros en nuestros sufrimientos y en nuestra muerte que trajimos sobre nosotros mismos por nuestros pecados:

“Porque la paga del pecado es la muerte” (Rom 6:23). En este sentido el Apóstol Pablo escribe que Jesús fue *“hecho por nosotros maldición”* (Gál 3:13) y Él *“que no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”* (II Cor 5:21).

Los sufrimientos y muerte de Cristo en obediencia al Padre revelan en su sobreabundancia el amor divino de Dios por su creación. Pues cuando todo fue pecado, maldición y muerte, Cristo se hizo pecado, maldición y muerte para nosotros aunque el mismo nunca había dejado de ser la virtud, la bendición y la vida de Dios en persona. Es a esta profundidad, mas baja de lo imaginable a que Cristo se humilló *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación”*. Pues siendo Dios, se hizo hombre; y siendo hombre se hizo esclavo; y siendo esclavo, es muerto, y no solamente muerto, sino que murió en una cruz. De esta degradación profundísima de Dios brota la exaltación eterna del hombre. Esta es la doctrina central de la Fe Cristiana Ortodoxa, expresada una y otra vez de muchas diferentes formas durante la historia de la Iglesia Ortodoxa. Esta es la doctrina del *“rescate”*, pues somos creados para estar en *“armonía”* con Dios. Es la Doctrina de la redención, pues hemos sido redimidos, es decir, *“comprados por precio”*, el gran precio de la Sangre de Dios (Hech 20:28; I Cor 6:20).

“Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil 2:5-11)

Al contemplar la acción salvadora y redentora de Cristo, ha llegado a ser tradicional enfatizar tres aspectos que en la realidad no están divididos, y no pueden estarlo; pero que en teoría (es decir, en la visión del ser y actividad de Cristo como el Salvador del Mundo) pueden ser distinguidos. El primero de estos tres aspectos de la obra redentora de Cristo es el hecho de que Jesús salva la humanidad dando la perfecta imagen y ejemplo de la vida humana llena de la gracia y poder de Dios.

LA RESURRECCIÓN

Y resucitó al tercer día, según las escrituras

¡Cristo resucitó de entre los muertos! Esta es la proclamación principal de la Fe Cristiana. Constituye el corazón mismo de la predicación, del culto y de la vida espiritual de la Iglesia.

*“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación,
vana es también vuestra fe” (I Cor 15:14)*

En el primer sermón que fue predicado en toda la historia de la Iglesia Cristiana, el Apóstol Pedro comenzó su proclamación:

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hec 2:22-24)

Jesús tenía el poder de entregar su vida, y de tomarla nuevamente:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn 10:17-18)

Según la doctrina Ortodoxa no existe ninguna competencia de “vidas” entre Dios y Jesús, y ninguna competencia de “poderes”. El poder de Dios y poder de Jesús, la vida de Dios y la vida de Jesús, son uno y el mismo poder y vida. Decir que Dios ha resucitado a Cristo, y que Cristo ha sido resucitado por su propio poder, es esencialmente lo mismo. “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo”, dice Cristo, “así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn 5:26). “Yo y el Padre uno somos” (Jn 10:30). El énfasis que encontramos en las Escrituras en que Dios ha resucitado a Cristo, nos muestra una vez mas que Cristo ha entregado su vida y la ha ofrecido plenamente, que Él la ha ofrecido por completo y sin reserva a Dios, Quien entonces la devuelve en su resurrección de entre los muertos.

La Iglesia Ortodoxa cree en la real muerte de Cristo y en su real resurrección. Resurrección, sin embargo, no simplemente quiere decir la “resucitación” corporal. Ni el Evangelio ni la Iglesia enseñan que Jesús yacía muerto y luego fue revivido biológicamente y entonces caminaba y se movía de la misma forma en que lo hizo antes de ser muerto. Dicho de otra manera, el Evangelio no dice que el Ángel movió la piedra para dejar salir a Jesús. El Ángel corre la piedra para mostrar que Jesús ya no estaba ahí (Mc 16; Mt 28).

En su Resurrección, Jesús está en una forma nueva y gloriosa. Aparece de repente en diferentes lugares. Es difícil reconocerlo (Lc 24:16; Jn 20:14). Come y bebe para mostrar que no es un fantasma (Lc 24:30, 39). Se deja tocar (Jn 20:27; 21:9). Y sin embargo aparece en medio de sus discípulos “*estando las puertas cerradas*” (Jn 20:19, 26). Después “*desaparece de su vista*” (Lc 24:31). Ciertamente Cristo resucitó, pero su humanidad resucitada desborda de vida y divinidad. Es la humanidad en su nueva forma, la de la vida eterna del Reino de Dios.

“Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria. Se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del Cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial; tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.” (I Cor 15:42-50)



La resurrección de Cristo es el primer fruto de la resurrección de toda la humanidad. Es el cumplimiento del Antiguo Testamento, “según las Escrituras” donde está escrito: “Porque no dejarás mi alma en el Seol (es decir, en el Reino de la Muerte), ni permitirás que tu santo vea corrupción” (Sal 16:10; Hec 2:25-36). En Cristo se cumplen todas las expectativas y esperanzas: “Oh muerte, ¿donde está tu aguijón?.. Oh Seol, ¿dónde está tu victoria?” (Oseas 13, 14).

“Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Dios el Señor toda lágrima de todos los rostros;... Y se dirá en aquel día: he aquí este es Nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará. Este es el Señor a Quien hemos esperado, gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Is 25:8-9)

“Venid y volvamos al Señor; porque Él arrebató, y nos curará; hirió y nos venderá. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará y viviremos delante de Él” (Oseas 6:1-2)

“Así ha dicho Dios el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas... y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío Y pondré mi espíritu en vosotros, y viviréis.” (Ez 37:12-14)

Sobre la Muerte y Resurrección en Cristo:

...Ayer fui crucificado junto a Él; hoy estoy glorificado con Él. Ayer morí junto a Él; hoy estoy vivificado con Él. Ayer fui sepultado junto a Él; hoy resucito con Él. Ofrezcamos a Él Quien sufrió y resucitó para nosotros... nosotros mismos, la posesión más preciosa a Dios y más apta. Que seamos semejantes a Cristo, ya que Cristo se hizo semejante a nosotros. Que seamos divinos por Su Causa, ya que por nosotros se hizo Hombre. El aceptó lo peor para así darnos lo mejor. Se hizo pobre para que por su pobreza fuéramos ricos. Aceptó la forma de siervo para que pudiéramos ganar nuestra libertad. Bajó para que fuéramos levantados. Fue tentado para que por medio de él pudiéramos conquistar. Fue deshonrado para que nos pudiera glorificar. Murió para que nos pudiera salvar. Ascendió para que pudiéramos acercarnos a Él, nosotros que estábamos postrados por la caída del pecado. Entreguemos todo, ofrezcamos todo, a Él que se entregó a Sí Mismo, rescate y reconciliación para nosotros. Necesitábamos un Dios Encarnado, un Dios entregado a la Muerte, para que viviéramos. Fuimos muertos juntamente con Él para que fuéramos limpiados. Resucitamos con Él pues fuimos a la muerte con Él. Fuimos glorificados con Él pues resucitamos con Él. Unas pocas gotas de sangre recrean la creación entera...

San Gregorio el Teólogo, Sermón de Pascua de Resurrección.

LA ASCENSIÓN

Y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre

Después de Su Resurrección de entre los muertos Jesús apareció a los hombres por un período de cuarenta días después de que *“fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios”* (Lc 24:50 y Hec 1:9-11).

La Ascensión de Jesucristo es el acto final de su misión terrenal de Salvación. El Hijo de Dios *“baja de los cielos”* para hacer el trabajo que el Padre le encarga y habiendo logrado todo, vuelve al Padre llevando en sí la humanidad mortal y glorificada que Él ha asumido (Véase Juan 17).

El significado doctrinal de la Ascensión es la glorificación de la naturaleza humana, la Alianza restaurada del hombre con Dios, su re-unión. Es realmente, la penetración del hombre a las profundidades inagotables de la divinidad.

Ya hemos visto que *“los cielos”* es la expresión simbólica en la Biblia para hablar del no-creado, inmaterial *“Reino divino de Dios”*, como un santo de la Iglesia lo ha llamado. Decir que Jesús está *“exaltado por la diestra de Dios”* como predicó San Pedro en su primer Sermón Cristiano (Hec 2:33) significa exactamente esto: que el hombre ha sido restaurado a la Comunión con Dios, a una unión que, según la doctrina ortodoxa, es mucho mayor y más perfecta que la que había sido otorgada al hombre en su creación original (Véase Ef 1 y 2).

El hombre fue creado con el potencial de *“entrar en comunión con la naturaleza divina”*, citando nuevamente al Apóstol Pedro (II Pe 1:4). Es esta participación en la divinidad, que se llama *theosis* (que literalmente significa deificación o divinización) en la teología Ortodoxa, que la ascensión de Cristo ha logrado para la humanidad. La expresión simbólica *“sentado a la diestra del Padre”* significa exactamente esto. No quiere decir que en algún lugar en el universo creado, el ser corporal Jesús está sentado sobre un trono material.

La Carta a los Hebreos habla de la Ascensión de Cristo tomando el símbolo del Templo de Jerusalén. Tal como los sumo sacerdotes de Israel entraban al *“Santo de los Santos”* para ofrecer sacrificios a Dios en nombre de ellos mismos y del pueblo, así también Cristo, el Único Eterno y Perfecto Sumo sacerdote se ofrece Él mismo a Dios sobre la cruz como el Único Sacrificio Perfecto y Eterno, no por Él, sino por toda la humanidad pecadora. Como hombre, Cristo entra (una vez y para siempre) al Único, Eterno y Perfecto Santo de los Santos: la misma *“Presencia de Dios en los Cielos”*.

“Tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios...”

(Heb 4:14)

“Porque tal sumo sacerdote nos convenía; santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho mas sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a si mismo. Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, Ministro del Santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”

(Heb 7:26-27; 8:1-2).

“... Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (Heb 10:11-

12, Sal 110:1)

Así se entiende la Ascensión como la primera entrada del hombre a aquella glorificación divina para la cual originalmente fue creado. Esta entrada se hace posible por la exaltación del Hijo Divino quien se anonadó a Sí mismo en cuerpo humano como un perfecto ofrecimiento de sí a Dios.

JUICIO

Y otra vez ha de venir con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos

“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Heb 1:11)

Estas palabras de los ángeles fueron dirigidas a los Apóstoles en la Ascensión del Señor. Cristo vendrá de nuevo en gloria, *“sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”* (Heb 9:28).

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con El Señor.”

(I Tes 4:16-17; lectura de la Epístola del Oficio Ortodoxo del Funeral)

La venida del Señor al final de los siglos será el Día del Juicio, el Día del Señor, predicho en el Antiguo Testamento y anunciado por Jesús Mismo (Da 7; Mt 24). No fue predicho el momento exacto del final, ni aun por Jesús, para que los hombres siempre estuvieran preparados en vigilia constante y buenas obras.

La misma presencia de Cristo como la Verdad y la Luz es el juicio del mundo. En este sentido todos los hombres y el mundo entero ya están juzgados, o, mejor dicho, ya viven en la plena presencia de aquella realidad -Cristo y Sus Obras- por las cuales serán juzgados sin apelación. Con Cristo ya revelado, no puede haber ninguna excusa ni para la ignorancia ni para el pecado (Jn 9:39).

Ahora debemos notar que en este juicio final habrá los que estarán ubicados *“a la izquierda”* y que irán *“al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”* (Mt 25:41; Apo 20). Que esto sea así, no es culpa de Dios por ningún motivo. Es culpa solamente de los hombres, pues *“según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo”*, dice el Señor (Jn 5:30).

Dios no se goza con *“la muerte del impío”* (Ez 18:23)

El *“quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”* (I Tim 2:4). Hace todo lo que de Él depende para que la salvación y la vida eterna estén al alcance de todos. No hay nada más que Dios pueda hacer. Ahora todo depende del hombre. Si algunos hombres rechazan el don de la vida en comunión con Dios, el Señor solo puede honrar este rechazo el don de la vida en comunión con Dios, el Señor solo puede aceptar este rechazo y respetar la libertad de Sus criaturas, libertad que Él Mismo les ha otorgado y no se las quitará. Dios permite a los hombres vivir *“con el diablo y sus ángeles”* si así lo desean. Aun en este sentido Dios es cariñoso y justo. Pues si la presencia de Dios como el *“fuego consumidor”* (Heb 12:29) y la *“luz inaccesible”* (I Tim 6:16) que alegra a los que le aman, solo produce odio y desesperanza en los que no *“aman Su venida”* (II Tim 4:8), no hay absolutamente nada que Dios pueda hacer excepto destruir completamente Sus criaturas endurecidas en el pecado, o destruirse a Si Mismo. Pero Dios continuará existiendo y permitirá que Sus criaturas existan. Más no esconderá su rostro para siempre.

La doctrina del infierno eterno, por lo tanto, no significa que Dios activamente tortura a las personas por algunos medios perversos y odiosos. No significa que Dios se alegra en el castigo y dolor de Su pueblo que El ama. Ni tampoco quiere decir que Dios *“se separa”* de Su pueblo, causándole

así angustia en esta separación (pues ciertamente si las personas odiaran a Dios, la separación sería bienvenida, y no aborrecida). Sino más bien significa que Dios permite que todas las personas, santos y pecadores por igual, existan para siempre. Todos son resucitados de la muerte a la vida eterna: *“los que hicieron el bien, saldrán a resurrección de vida”* (Jn 5:29). En el Final, Dios será *“todo en todos”* (I Cor 15:28). Para los que aman a Dios será un paraíso. Para los que le aborrezcan, la resurrección de la muerte y la presencia de Dios será un infierno. Esta es la enseñanza de los Padres de la Iglesia.

“Ha brotado una luz para los justos, y su compañera es alegría gozosa.

Y la luz de los justos es eterna... Que evitemos solo a una luz - a aquella luz que es la del fuego doloroso.

Pues conozco un fuego purificador que Cristo vino para traer sobre la tierra, y Él Mismo es llamado un fuego. Este Fuego quita todo lo que es material y de maldad; y este fuego Él desea encender con toda rapidez... Conozco también un fuego que no es purificador, sino vengador... que Él vierte sobre todos los pecadores... el cual está listo para enfrentar al diablo y sus ángeles... el cual procede del Rostro del Señor y quemará a Sus enemigos alrededor... el fuego inagotable que... es eterno para los malos.

Pues todos estos pertenecen al poder destructor, aunque algunos puedan preferir aun en este aspecto tomar una visión mas misericordiosa de este fuego, como es digno de aquel que castiga”

San Gregorio el Teólogo

“... los que se encuentran en la Gehenna serán castigados con el azote de amor. ¡Cuan cruel y amargo seria este tormento del amor! Pues los que entienden que han pecado contra el amor padecen sufrimientos más grandes que los producidos por las torturas más terribles. La tristeza que posea al corazón que ha pecado contra el amor es más penetrante que cualquier otro dolor. No es correcto decir que los pecadores que están en el infierno son desprovistos del amor de Dios... Mas el amor actúa de dos diferentes maneras, como sufrimientos para los condenados, y regocijo para los benditos”.

San Isaac de Siria.

Así, el juicio final del hombre y su destino eterno depende únicamente en que si el hombre ama a Dios y su prójimo o no. Depende de si el hombre ama la luz más que la oscuridad - o ama la oscuridad más que la luz. Depende, podríamos decir, de si el hombre ama el Amor y la Luz Misma o no; si el hombre ama la Vida o no - que es Dios Mismo; el Dios revelado en la creación, en todas las cosas, en *“los más pequeños de los hermanos”*.

Los procedimientos del juicio final ya se conocen. Cristo Mismo las ha dado con absoluta claridad.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de El todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos les responderán diciendo: Señor, ¿cuando te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? Y ¿cuando te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? O ¿cuando te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey les dirá: De acuerdo os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.

Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuando te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en

cuanto no lo hicisteis a uno de estos mas pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna"

(Mt 25:31-46; Lectura del Evangelio para el Domingo del Juicio Final)

Es Cristo quien juzgará, no Dios el Padre. Cristo ha recibido el poder del juicio pues Él es "el Hijo del Hombre" (Jn 5:27).

Así entonces, el hombre y el mundo no son juzgados por Dios "sentado en una nube", por así decir, sino por Aquel que es verdaderamente hombre, Aquel que ha sufrido cada tentación de este mundo y ha salido victorioso. El mundo es juzgado por Aquel que tuvo hambre, que tuvo sed, que fue extranjero, que estuvo desnudo, encarcelado, y herido, pero que, no obstante, era la salvación de todos. Por la crucifixión, Cristo ha adquirido la autoridad para juzgar pues solamente Él ha sido el siervo perfectamente sumiso del Padre y Quien conoce las profundidades de la tragedia humana por su propia experiencia.

"El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo... pero gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno..., porque no hay acepción de personas para con Dios. Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la Ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados" (Rom 2:6-13)



EL REINO DE DIOS

...Y su Reino no tendrá fin...

Jesús es el Hijo Real de David, de Quien el ángel profetizó en su nacimiento:

“Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David Su Padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc 1:32-33)

Mediante sus sufrimientos como el Cristo, Jesús alcanzó eterna realeza y señorío sobre toda la creación. Él es el *“Rey de los reyes y Señor de señores”*, compartiendo este título con Dios Padre Mismo (Deut 10:17; Daniel 2:47; Apo 19:16). Como hombre, Jesucristo es el Rey del Reino de Dios.

Cristo vino con el único motivo de traer el Reino de Dios a los hombres. Sus primeras palabras públicas retoman exactamente las de Su precursor, San Juan Bautista: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mt 3:2; 4:17).

Durante toda Su vida Jesús habló del Reino. Es por ejemplo el tema del Sermón en el Monte, y de muchas parábolas:

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los que son perseguidos por practicar la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”.

“Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

“No todo el que me dice: Señor, señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 5 al 7).

El grano de mostaza, la levadura, la perla de gran precio, la moneda perdida, el tesoro en el campo, la red del pescador, la fiesta de bodas, el banquete, la casa del Padre, la viña... todos son signos del Reino que Cristo ha venido a ofrecer. Y en la noche de Su Última Cena con Sus Discípulos abiertamente les dice:

“Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en trono juzgando a las doce tribus de Israel”.

(Lc 22:28-30; Lectura para la Vigilia del Jueves Santo)

El Reino de Cristo *“no es de este mundo”* (Jn 18:36). Esto lo dice Cristo a Poncio Pilatos cuando, tratado en burla como rey, Él revela su verdadera realeza divina en esta humillación. El Reino de Dios, que Cristo gobernará, vendrá con poder al final de los siglos cuando el Señor llenará toda la creación y será verdaderamente *“todo y en todos”* (Col 3:11). La Iglesia, que en la Doctrina Ortodoxa comúnmente se llama el Reino de Dios en la tierra, ya ha recibido de manera mística esta experiencia. En la Iglesia, Cristo ya es reconocido, glorificado, servido como el Único Rey y Señor. Y Su Espíritu Santo, a Quien los Santos de la Iglesia ya han identificado con el Reino de Dios, ha sido otorgado en la Iglesia al mundo entero en todo poder y toda misericordia.

El Reino de Dios, entonces, es una Realidad Divina. Es la realidad de la presencia de Dios entre los hombres mediante Cristo y el Espíritu Santo. *“El Reino de Dios... es... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Rom 14:17).

El Reino de Dios como una realidad espiritual, divina, es otorgado a los hombres por Cristo en la Iglesia. Es celebrado y participado en los misterios sacramentales de la fe. Se lo atestigua en las escrituras, en los concilios, en los cánones y en los santos. Será la universal, la final realidad cósmica para la creación entera al final de los siglos cuando Cristo llegue en gloria para llenar todas las cosas Consigo Mismo por el Espíritu Santo, para que Dios sea *“todo en todos”* (I Cor 15:26).

EL ESPÍRITU SANTO

“Y en el Espíritu Santo, Señor y Vivificador, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado, que habló por los profetas”.

El Espíritu Santo recibe el título de Señor al igual que Dios el Padre y Cristo, Su Hijo. Es el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo. El es Eterno, No Creado, y Divino; existiendo desde siempre con el Padre y el Hijo; perpetuamente adorado y glorificado con Ellos en la unidad de la Santa Trinidad.

Tal como el Hijo, nunca hubo un momento cuando el Espíritu Santo no existía. El Espíritu está antes de la creación. Él sale de Dios, como el Hijo, en una procesión eterna, fuera del tiempo. “Procede del Padre”, en la eternidad de un movimiento divinamente instantáneo y perpetuo (Jn 15:26).

La Doctrina Ortodoxa confiesa que Dios el Padre es el origen y fuente eterna del Espíritu, tal como es fuente del Hijo. Sin embargo, la Iglesia afirma también que la manera de la revelación al Padre y de salida del Padre es diferente entre el Hijo y el Espíritu: el Hijo es engendrado, es nacido del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre. Muchos santos varones inspirados por Dios y con una verdadera experiencia de Su Vida Trinitaria han intentado explicar la distinción entre la “procesión” del Espíritu y la “generación” del Hijo. Para nosotros es suficiente reconocer que la diferencia entre las dos está en la distinción entre las personas divinas del Hijo y del Espíritu y sus acciones en relación al Padre, así como en su relación Uno al Otro, y con el Mundo. Es necesario además resaltar que todas las palabras y conceptos acerca de Dios y la divinidad incluyendo a los de “procesión” y “generación”, solo tienen una importancia secundaria ante la visión mística de la Realidad Divina que ellos expresan. Dios puede ser mas o menos comprendido por el hombre puesto que Él ha deseado revelarse a Sí mismo. Sin embargo, la esencia de Su Existencia Trina permanece - y siempre permanecerá- esencialmente inconcebible a nuestras mentes e inexpressable a nuestros labios humanos, creados. Esto no quiere decir que hablar acerca de Dios no tenga sentido. Solo significa que las palabras son inadecuadas para La Realidad que tratan de expresar.

Acá conviene señalar que las Iglesias romanas y protestantes divergen de la Iglesia ortodoxa, en su exposición de la fe, agregando que el Espíritu Santo procede del Padre “y del Hijo” (Filioque) -una adición doctrinal que no es aceptable a la Ortodoxia ya que no se apoya en ninguna base escrituraria y es incompatible con la visión ortodoxa de Dios.

Con la afirmación de la divinidad del Espíritu Santo, y el deber de adorarlo y glorificarlo con el Padre y el Hijo, la Iglesia Ortodoxa afirma que la Realidad Divina, que se llama también la Deidad o la Divinidad en la Tradición Ortodoxa, es la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo es esencialmente Uno en Su existencia eterna con el Padre y el Hijo; y así, en cada acción de Dios hacia el mundo, el Espíritu Santo necesariamente participa. Así, en el relato de Génesis de la Creación está escrito: “El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gen 1:2). Es este Mismo Espíritu Quien es el “aliento de vida” para todas las cosas vivientes, particularmente para el hombre, creado a la imagen y semejanza de Dios. (Génesis 1,26; 2, 7). En hebreo el Espíritu es llamado el “viento” o el “soplo” de Yahvé. Es Él quien vivifica a todo, el “dador de vida” Quien mantiene y sostiene el universo en su existencia y su vida:

“Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra” (Sal 104:29-30)

“El Espíritu de Dios me ha creado, y el soplo del Todopoderoso me animó” (Job 33:4)

También es el Espíritu Santo Quien inspira a los santos a hablar la palabra de Dios y hacer Su Voluntad Divina. Él *“unge”* los profetas, sacerdotes y reyes del Antiguo Testamento; y *“en la plenitud de los tiempos”* es este mismo Espíritu quien *“desciende y permanece”* con Jesús de Nazaret, haciéndolo el Mesías (Ungido) de Dios y lo manifiesta al mundo entero (Gal 4:4-7; Jn 1:32-34). Así, en el Nuevo Testamento en el momento de la primera *“epifanía”* (que literalmente significa manifestación) de Cristo como el Mesías – y Su bautismo por Juan en el Jordán - se revela el Espíritu Santo descendiendo y morando sobre Él *“como una paloma”* (Jn 1:32; Lc 3:22. Véase también Mt 3:16 y Mc 1:9). Es importante resaltar, aquí como en el relato de la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, así como en otras partes de las Sagradas Escrituras, en que las palabras *“como”* y *“semejante a”* se usan para evitar una interpretación *“física”* incorrecta de los acontecimientos registrados cuando la Biblia misma está hablando de una forma totalmente simbólica y metafórica.

Jesús comienza su obra pública después de Su Bautismo, e inmediatamente cita a la profecía de Isaías en referencia al Mesías y aplicándosela a Él Mismo: *“El Espíritu del Señor está sobre mí...”* (Is 61:1; Lc 4:18).

Cada día de Su vida, Jesús está *“lleno del Espíritu Santo”*: predicando, enseñando, sanando, echando afuera los demonios; Él lleva a cabo todo signo y milagro por el poder del Espíritu Santo (Lc 4:18-19). Está escrito que inclusive la ofrenda que hace de Sí a Dios en la cruz, Él la hace *“mediante el Espíritu Eterno”* (Heb 9:14). Y es mediante el mismo Espíritu Divino que Él mismo y todos los hombres junto a Él son resucitados de entre los muertos (Ez 37:1-4).

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descende sobre los discípulos de Cristo en la forma de *“lenguas como de fuego”* con un sonido *“como un viento recio”* (Hec 2:1-4). Notamos nuevamente el uso de la palabra *“como”*. La venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés es el cumplimiento final de la misión terrenal mesiánica de Cristo, el comienzo de la Iglesia Cristiana. Es el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento según la cual en el tiempo del Rey-Mesías, Dios *“derramará Su Espíritu sobre toda carne”* (Joel 2:28; Jer 31 al 33; Is 11:42, 44, 61). Es la condición de la Alianza última y eterna de paz y de misericordia perfectas (Ez 34:15-16; Jer 31:31-33; Is 11:1-10; 42:1-9; 61:1-11).

La Iglesia Cristiana vive por el Espíritu Santo. Solamente el Espíritu Santo es la garantía del Reino de Dios sobre la tierra. Él es la única garantía que la vida divina, la verdad y el amor de Dios permanezcan con los hombres. Solamente el Espíritu Santo puede hacer que el hombre y el mundo cumplan la misión por la cual fueron creados por Dios. Todas las acciones de Dios hacia el hombre y el mundo -en la creación, la salvación y final glorificación- son del Padre, mediante el Hijo (Verbo) en el Espíritu Santo; y todas las capacidades del hombre para responder a Dios se hacen en el mismo Espíritu, por el mismo Hijo y al mismo Padre.

El Espíritu Santo es el Espíritu de la Vida.

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Rom 8:11)

El Espíritu Santo es el Espíritu de la Verdad.

“Pero cuando venga el Espíritu de Verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn 16:13; véase también Jn 14:24; Jn 15:26)

El Espíritu Santo es el Espíritu de filiación divina.

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el Espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio de nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”

(Rom 8:14-16; También Gal 4:6)

El Espíritu Santo es la presencia personal del nuevo y eterno pacto entre Dios y el hombre, el sello y la garantía del Reino de Dios, el divino poder de Dios que habita en el hombre.

“... vosotros sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón... nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica” (II Cor 3:2-6)

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?... porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” (I Cor 3:16-17)

“... por medio de él (Cristo) los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”
(Ef 2:18-22; también I Pe 2:4-9)

En el Espíritu Santo los hombres tienen la posibilidad de recibir todo don de Dios, de participar en Su vida y naturaleza divina, de hacer lo que Cristo ha hecho practicando su “nuevo mandamiento” de amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom 5:5).

“El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;... los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.” (Gal 5:22-25; 6:8)

IGLESIA

En la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica

La palabra Iglesia designa a aquellos que son llamados a formar un pueblo particular para hacer o lograr algo particular. La Iglesia Cristiana es la asamblea de las personas escogidas por Dios, llamadas a guardar Su palabra y hacer Su voluntad y Su trabajo en el mundo y en el Reino Celestial.

En la Sagradas Escrituras la Iglesia es llamada Cuerpo de Cristo (Rom 12; I Cor 10:12; Col 1) y la Esposa de Cristo (Ef 5:22-33; Apo 21:2; 22:17). También la Iglesia es comparada al Templo vivo de Dios (Ef 2; I Pe 2), y además es llamada “*columna y baluarte de la Verdad*” (I Tim 3:15).

Iglesia Una

La Iglesia es Una, porque Dios es Uno, y porque también Cristo y el Espíritu Santo son Uno. Solamente puede haber una Iglesia, y no muchas. Y esta única Iglesia, ya que su unidad depende de Dios, de Cristo y del Espíritu, nunca puede estar fragmentada. Así, según la doctrina Ortodoxa, la Iglesia es indivisible; los hombres pueden estar dentro de la Iglesia o fuera de ella, pero no pueden dividirla.

Según la enseñanza Ortodoxa, la unidad de la Iglesia es la libre unidad del hombre libremente aceptada en la verdad y amor de Dios. No se logra o establece tal unidad por ninguna autoridad humana ni poder jurídico, sino por Dios solamente. En la medida en que los hombres están en la verdad y el amor de Dios, son miembros de la Iglesia.

Los Cristianos Ortodoxos creen que en la Iglesia Ortodoxa histórica, existe la plena posibilidad de participar totalmente en la Iglesia de Dios, y que únicamente los pecados y falsas elecciones humanas (herejías) separan los hombres de esta unidad. Los Ortodoxos sostienen que en los grupos cristianos no ortodoxos existen ciertos obstáculos formales que varían en los diferentes grupos, los cuales, si los hombres los aceptan y lo siguen, niegan su unidad perfecta con Dios y así destruirán la genuina unidad de la Iglesia (ejemplo: el papado de la Iglesia Romana).

Dentro de la Unidad de la Iglesia el hombre es lo que fue creado y puede crecer para toda la eternidad en la vida divina, en comunión con Dios por Cristo en el Espíritu Santo. Ni el tiempo ni el espacio tienen efecto sobre la Unidad de la Iglesia y no se limita tampoco a los que viven sobre la faz de la tierra. La unidad de la Iglesia es la unidad de la Santa Trinidad y de todos los que viven con Dios: los Santos ángeles, los justos que han muerto, y los que viven en la tierra según los mandamientos de Cristo y el poder del Espíritu Santo.

La Santa Iglesia

La Iglesia es Santa, porque Dios es Santo, porque Cristo es Santo, y el Espíritu Santo es Santo. La Santidad de la Iglesia proviene de Dios. Los miembros de la Iglesia son santos en cuanto viven en comunión con Dios.

En la Iglesia terrenal, los seres humanos participan en la Santidad de Dios. El pecado y error los separan de esta divina santidad tal como los separan de la unidad divina. De esta manera, los miembros terrestres y las instituciones de la Iglesia no se pueden identificar a la santidad de la Iglesia. La fe y la vida de la Iglesia en la tierra se expresa en sus enseñanzas, sus sacramentos, sus oficios, sus escrituras y sus santos que guardan la esencial unidad de la Iglesia, y que ciertamente se pueden afirmar como “*santos*” por la presencia y acción de Dios que está en ellos.

Iglesia Católica

La Iglesia también es “*católica*” por su relación a Dios, Cristo y el Espíritu Santo. La palabra católica significa pleno, completo, íntegro; que nada le falta. Solo Dios es realidad plena y total; es solamente en Dios que nada falta.

A veces la catolicidad de la Iglesia se entiende en términos de la universalidad de la Iglesia en el tiempo y espacio. Si bien es cierto que la Iglesia es universal - para todos los hombres en todo tiempo y lugar- esta universalidad no es el real significado de la palabra “*católica*” cuando se usa para definir la Iglesia. Esta palabra señala (desde las primeras décadas del siglo segundo) más una cualidad que una cantidad. Decir de la Iglesia que es “*católica*” es definir cómo es, o sea, plena y completa, abarcando todo, y sin que le falte nada.

Aun antes de que la Iglesia se expandiera por toda la tierra, ya se definía como católica. La Iglesia de Jerusalén original, la de los Apóstoles, o bien esas primitivas Iglesias de ciudades como Antioquia, Efeso, Corinto, o Roma, eran católicas. Estas Iglesias eran católicas -tal como es cada una de las Iglesias Ortodoxas hoy- porque nada esencial les faltaba para ser la verdadera Iglesia de Cristo. Dios mismo se revela plenamente y está presente en cada Iglesia mediante Cristo y el Espíritu Santo, actuando en la comunidad local de creyentes con sus enseñanzas apostólicas, sus ministros (jerarquía) y sus sacramentos, no careciendo entonces de nada para participar plenamente en el Reino de Dios.

Entonces, creer en la “*catolicidad*” de la Iglesia es expresar la convicción de que la plenitud de Dios está presente en la Iglesia y que no carece de nada de la “*vida abundante*” que Cristo da al mundo en el Espíritu (Jn 10:10). Es confesar exactamente que la Iglesia es ciertamente “*la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*” (Ef 1:23; también Col 2:10).

Iglesia Apostólica

La palabra apostólica describe lo que tiene una misión, lo que ha sido “*enviado*” para cumplir una tarea.

Cristo y el Espíritu Santo, ambos son “*apostólicos*”, pues ambos han sido enviados al mundo por el Padre. No solamente se dice en numerosas ocasiones en las Sagradas Escrituras que Cristo ha sido enviado por el Padre, y el Espíritu Santo enviado por el Padre mediante Cristo, sino que además se ha dicho explícitamente que Cristo es el “*apóstol... de nuestra confesión*” (Heb 3:1).

Como Cristo fue enviado por el Padre, así también Cristo mismo eligió y envió Sus Apóstoles. “*Como me envió el Padre, así también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20:21-22), dice Cristo a Sus discípulos después de Su Resurrección. Así los Apóstoles salen al mundo, siendo ellos la primera fundación de la Iglesia Cristiana.

En este sentido, entonces, la Iglesia es llamada “*apostólica*”: primero porque está fundada sobre Cristo y el Espíritu Santo enviados por Dios y sobre los apóstoles enviados por Cristo, llenos del Espíritu Santo; y segundo, porque la Iglesia, en sus miembros terrenales, es enviada por Dios para dar testimonio de Su Reino, guardar Su palabra, hacer Su Voluntad y cumplir Su obra en el mundo.

Los Cristianos Ortodoxos creen en la Iglesia porque creen en Dios, Cristo y el Espíritu Santo. La Fe en la Iglesia es parte de la afirmación del Credo de los creyentes cristianos. La Iglesia misma es objeto de fe como la realidad divina del Reino de Dios otorgada a los hombres por Cristo contra la cual “*las puertas del infierno no prevalecerán*” (Mt 16:18).

La Iglesia y la fe en la Iglesia, es un elemento esencial de la doctrina y vida Cristiana. No puede haber una perfecta y plena comunión con Dios, en medio del mundo caído y pecaminoso, sin

la Iglesia como una realidad divina, mística, sacramental y espiritual. La Iglesia es el don de Dios al mundo. Es el don de la salvación, del conocimiento e iluminación, del perdón de los pecados, de la victoria sobre las tinieblas y la muerte. Es el don de Comunión con Dios mediante Cristo y el Espíritu Santo. Este don es dado totalmente, de Una vez para siempre, sin ninguna reserva de parte de Dios. Permanece para siempre, hasta el fin de los siglos: invencible e indestructible. Los hombres pueden pecar y luchar contra la Iglesia, los creyentes pueden separarse de la Iglesia, pero la Iglesia misma, "columna y baluarte de la verdad" (I Tim 3:15) permanece para siempre.

"... (Dios) sometió todas las cosas bajo sus pies (de Cristo) y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo."

"Por medio de él... tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu."

"Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavado del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha... Grande es este Misterio... de Cristo y de la Iglesia."

(Efesios 1:22-23; 2:18-22; 5:25-32)



LOS SACRAMENTOS

Reconozco un solo bautismo para el perdón de los pecados

La forma de entrar a la Iglesia Cristiana es por el Bautismo *“en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (Mt 28:19, la lectura del Evangelio para el Oficio del Bautismo en la Iglesia Ortodoxa).

La Palabra Bautismo quiere decir inmersión en agua. Fue practicado en el Antiguo Testamento e inclusive en algunas religiones paganas como una señal de muerte y renacimiento. Así, Juan Bautista bautizaba como signo de nueva vida y arrepentimiento que significa literalmente un cambio de mente, y también como signo de deseos y acciones preparatorias para la venida del Reino de Dios en Cristo.

En la Iglesia, el Bautismo significa muerte y renacimiento en Cristo. Es la experiencia personal de la Pascua de Resurrección ofrecida a cada ser humano, la real posibilidad de morir y *“nacer de nuevo”* (Jn 3:3).

“No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en Su Muerte?.

Porque somos sepultados juntamente con El, para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con El en la semejanza de Su Muerte, así también lo seremos en la de Su Resurrección” (Rom 6:3-5; *Lectura del Oficio de Bautismo en la Iglesia Ortodoxa*)

El bautismo es la fundamental experiencia Cristiana, la condición primera para la vida cristiana total. Todo lo que está en la Iglesia encuentra su origen y contexto en el bautismo pues todo lo que está en la Iglesia origina y vive por la Resurrección de Cristo. Así, después del Bautismo viene el *“sello del don del Espíritu Santo”*, el Misterio (Sacramento) de la Crismación que es la experiencia personal de Pentecostés de cada hombre. Y la plenitud y cumplimiento de estos fundamentales misterios cristianos vienen en el Misterio de la Santa Comunión con Dios en la Divina Liturgia de la Iglesia.

Solamente las personas que están comprometidas con Cristo en la Iglesia Ortodoxa mediante el Bautismo y la Crismación pueden ofrecer y recibir la Santa Eucaristía. La Santa Eucaristía es la Santa Comunión. Como tal, no es solo un *“medio de santificación”* para creyentes individuales, o un medio por el cual un individuo pueda lograr *“comunión”* con Dios según su propia conciencia particular, creencias y prácticas. Es más bien el acto abarcante de la santa Comunión de muchas personas que poseen la misma fe, la misma esperanza, el mismo bautismo. Es el acto corporativo de muchas personas que tiene una mente, un corazón, una boca al servicio del único Dios y Señor, en el único Cristo y el único Espíritu Santo.

Participar en la Santa Comunión en la Iglesia Ortodoxa es identificarse plenamente con todos los miembros de la fe Ortodoxa, vivos y muertos; es identificarse totalmente con todos los aspectos de la Iglesia Ortodoxa: Su historia, concilios, cánones, dogmas, disciplinas. Es *“aceptar sobre si”* la responsabilidad directa y concreta para todo lo relacionado con la tradición Ortodoxa y profesar responsabilidad en la vida diaria de la Iglesia Ortodoxa. Es decir delante de Dios y de los hombres que uno está dispuesto a ser juzgado, en el tiempo y en la eternidad, por lo que representa la Iglesia Ortodoxa en medio de la tierra.

Entrando a la Santa Comunión de la Iglesia Ortodoxa mediante el Bautismo y la Crismación, uno entonces vive conforme a la vida de la Iglesia en toda forma posible. Antes que nada uno es fiel a

la doctrina y disciplina de la Iglesia por fiel comunión con la jerarquía de la Iglesia, que son aquellos miembros del Cuerpo, responsable sacramentalmente por las enseñanzas y prácticas de la Iglesia; también a las imágenes sacramentales de la identidad y continuidad de la Iglesia en todo lugar y tiempo. Cuando uno entra en la comunidad del matrimonio, la unión de un hombre y una mujer para siempre según la enseñanza de Jesucristo, se santifica esta unión y se hace eterna y divina en el Misterio Sacramental de la Iglesia. Cuando uno esté enfermo y sufriendo, llama a *“los presbíteros (sacerdotes) de la Iglesia”* para que *“oren por él, ungiéndole con aceite”* en el misterio sacramental de la Santa Unción (Sant 5:14). Cuando uno peca y se separa de la vida de la Iglesia, vuelve a la Santa Comunión de la comunidad divina mediante el Misterio Sacramental de la Confesión y arrepentimiento. Y cuando uno se muere, vuelve al creador en medio de la Iglesia, con las oraciones e intercesiones de los fieles hermanos y hermanas en Cristo y el Espíritu. Así la vida entera de la persona se vive dentro de y con la Iglesia como la nueva vida de plenitud en Dios Mismo, la Iglesia que es la presencia Mística del Reino de Dios que no es de este mundo.

La confesión de *“un solo bautismo para la remisión de los pecados”*, entonces, es reconocer que por la resurrección de Cristo, la vida ofrecida a los seres humanos en la Iglesia es una vida totalmente nueva.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Col 3:1-4)

Así, en la Iglesia, toda la vida comienza en el nuevo nacimiento del bautismo, la *“vida escondida con Cristo en Dios”*. En esta nueva vida están contenidos todos los misterios de la fe cristiana. Fluye por las aguas del bautismo todo lo que se encuentra en la Iglesia: la remisión de los pecados y la vida eterna.



LA VIDA ETERNA

Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero. Amén.

La Iglesia Ortodoxa no cree meramente en la inmortalidad del alma, en la bondad y salvación final de una realidad únicamente espiritual. De acuerdo a las sagradas escrituras, los Cristianos Ortodoxos creen en la bondad del cuerpo humano y de toda la creación física y material. Así, en su fe en la resurrección y vida eterna, la Iglesia Ortodoxa no está a la espera de algún “otro mundo” en el que se encontraría la salvación, sino hacia este mismo mundo en el que estamos y que Dios tanto amó, mundo que será resucitado y glorificado por El, y lleno de Su Presencia Divina.

Al final de los siglos Dios se revelará y llenará toda la creación de Su presencia. Para aquellos que le aman eso será el Paraíso. Para los que le odian, eso será el Infierno. Y toda la creación física, junto con los justos, se regocijará y se alegrará en Su venida.

*“Que el desierto y la sequedad se alegren; regocíjese la estepa y florezca como flor.”
(Is 35:1)*

“Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán recordados los primeros ni vendrán a la memoria. Antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear. Pues he aquí que yo voy a crear a Jerusalén ‘regocijo’, y a su pueblo ‘alegría’.” (Is 65:17-18)

Las visiones de los profetas y las de los apóstoles cristianos acerca de las cosas que han de venir son una y la misma:

“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: ‘Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y El, Dios -con- ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado’” (Apo 21:1-4)

Cuando el Reino de Dios llene toda la creación, todas las cosas serán renovadas. Este mundo nuevamente será aquel paraíso que había sido en su origen. Esta es la doctrina Ortodoxa en lo que toca al destino final del hombre y su universo.

A veces se argumenta, sin embargo, que este mundo será totalmente destruido y que Dios creará todo nuevo, “de la nada”, por un nuevo acto de creación. Los que mantienen esta opinión, citan a textos tales como el de la Segunda Carta de San Pedro:

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechados, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.” (II Pe 3:10)

Ya que la Biblia nunca habla de una “segunda creación” y porque la misma testimonia sin cesar y sin desdecirse que Dios ama al mundo que ha creado y hace todo lo posible para salvarlo, nuestra Tradición Ortodoxa nunca interpreta tales textos de la Escritura como enseñando la real destrucción de la creación por Dios. Sino que entiende que tales textos hablan metafóricamente de la gran catástrofe que la creación debe soportar, incluyendo a los mismos justos, para que sea limpiada, purificada, perfeccionada y salvada. Ella enseña además que existe un “fuego eterno” para los impíos, un estado eterno de su destrucción. Pero de ningún modo esta “prueba por el fuego” que “consume a los impíos”, en la Tradición Ortodoxa se entiende en el sentido de que la creación está predestinada a la destrucción total, despreciada por el Dios de Amor quien la creó y llamó “muy buena”, (Gen 1:31; I Cor 3:13-15; Heb 12:25-29; Is 66; Ap 20-22).

III - LA SANTÍSIMA TRINIDAD

LA DOCTRINA SOBRE LA SANTISIMA TRINIDAD

La doctrina de la Santísima Trinidad no es simplemente un *“artículo de fe”* que los hombres deben *“creer”*. No es simplemente un dogma que la Iglesia da a sus fieles y que deben aceptar tal cual. Ni tampoco la doctrina de la Santísima Trinidad es una elaboración de sabios y de académicos, el resultado de especulaciones intelectuales y pensamientos filosóficos.

La doctrina de la Santísima Trinidad proviene de la experiencia profunda y personal que el hombre puede tener de Dios. Proviene del verdadero conocimiento vivido de aquellos que han llegado a conocer a Dios en la fe.

Lo escrito a continuación trata de mostrar lo esencial de lo que Dios ha revelado de Si Mismo a los Santos de la Iglesia. Una cosa es entender las palabras y conceptos relativos a la Santa Trinidad; otra cosa es conocer la Realidad Viviente de Dios que está detrás de estas palabras y conceptos. Debemos trabajar y rezar para que podamos ir mas allá de cada palabra y concepto acerca de Dios, y llegar a conocerlo por nosotros mismos en una unión vivida con El: *“El Padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo”* (Ef 2:18-22).



LA SANTÍSIMA TRINIDAD REVELADA

En el Antiguo Testamento encontramos a Yahvé, el Único Señor y Dios, actuando en el mundo mediante Su Verbo y Su Espíritu. En el Nuevo Testamento el *“Verbo se encarnó”* (Jn 1:14). Es Jesús de Nazareth, el Hijo-Unigénito de Dios que se hace hombre. Y el Espíritu Santo, Quien mora en Jesús haciéndolo el Cristo, es derramado por Dios sobre toda carne (Hech 2:17).

Es imposible leer la Biblia o la historia de la Iglesia, sin impresionarse por las numerosas referencias a Dios el Padre, el Hijo (Verbo) de Dios y el Espíritu Santo. El relato del Nuevo Testamento y toda la vida de la Iglesia Ortodoxa son incomprensibles y sin sentido sin la afirmación constante de la existencia, de la interrelación, de la interacción, así como la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo hacia el hombre y el mundo.

DOCTRINAS FALSAS ACERCA DE LA TRINIDAD

La pregunta principal a que debe responder la Iglesia referente a Dios es con respecto a la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Según la Tradición Ortodoxa, existen varias doctrinas erradas que se deben rechazar.

Primera doctrina errónea: es la que dice que solo el Padre es Dios y que el Hijo y el Espíritu Santo son criaturas, hechas *“de la nada”* como los ángeles, los hombres y el mundo. A esta doctrina la Iglesia responde que el Hijo y el Espíritu Santo no son criaturas, sino que son increados y divinos con el Padre, y que actúan con al Padre en la divina obra de crear todo lo que existe.

Otra doctrina falsa: es la que afirma que Dios en Si es Un Dios que simplemente aparece en diferentes formas al mundo: tan pronto como el Padre, luego como el Hijo y en otra oportunidad como el Espíritu Santo. Nuevamente responde la Iglesia que el Hijo y Verbo era *“en el principio con Dios”* (Jn 1:1-2) tal como el Espíritu Santo, y que los Tres son eternamente distintos. El Hijo es Dios eterno y el Espíritu es Dios eterno. El Hijo y el Espíritu no son meramente aspectos de Dios, sin una vida o existencia propias. Sería impensable, por ejemplo, sostener que cuando el Hijo se hace hombre y ora a su Padre, y actúa en obediencia a El, que todo fuera una ilusión sin nada de realidad, como una representación teatral divina delante del mundo, desprovista de verdad y de fundamento.

Tercera doctrina errada: Dios es Uno, y el Hijo y el Espíritu son simplemente nombres indicando las relaciones que Dios tiene consigo Mismo. Así, se dice que el Pensamiento y la Palabra de Dios se llaman el Hijo, mientras que la Vida y la Acción de Dios se llaman el Espíritu; pero de hecho según esta doctrina, no hay el Hijo de Dios ni el Espíritu de Dios en tanto que *“realidades en si”*. Ambos serian simples metáforas para meros aspectos de Dios. Nuevamente, sin embargo, en tal doctrina el Hijo y el Espíritu no tienen existencia ni vida propia. No son reales, sino ilusiones.

Otra doctrina falsa: es la que dice que el Padre es Un Dios; el Hijo es otro Dios, y el Espíritu Santo otro Dios más. A esto la Iglesia afirma que no pueden haber *“tres dioses”*, ni ciertamente dioses que sean creados o hechos. Tampoco pueden haber *“tres dioses”*, de los cuales el Padre sería el *“más grande”* y los otros *“inferiores”*. Pues sería una contradicción afirmar la existencia de más de un solo Dios o de la existencia de *“grados en la divinidad”*, tampoco sería posible sostener esta teoría ni por la divina revelación ni por un razonamiento lógico.

Así, entonces, la Iglesia enseña que existe Un Solo Dios, pero que hay Tres que son Dios - el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo- unidos perfectamente y nunca divididos; pero tampoco confundidos uno con el otro y sin distinción propia. ¿Cómo entonces defiende la Iglesia su doctrina que Dios es Uno, y sin embargo Tres?

UN DIOS, UN PADRE

En primer lugar, es la enseñanza de la Iglesia y su más profunda experiencia que Dios es uno pues no existe más que un solo Padre.

En la Biblia la palabra “Dios” con muy pocas excepciones, se usa para nombrar al Padre. Así, el Hijo es designado como el “Hijo de Dios” y el Espíritu como el “Espíritu de Dios”. El Hijo nace del Padre, y el Espíritu procede del Padre - ambos en la misma acción eterna y sin tiempo del Ser del Padre.

Según esto entonces, el Hijo y el Espíritu son uno con Dios y de ninguna manera separados de Él. Así, la Unidad Divina es dada del Padre, con Su Hijo y Su Espíritu, distintos de Él, pero sin embargo perfectamente unidos en Él.

UN SOLO DIOS: UNA SOLA NATURALEZA DIVINA, UN SOLO SER DIVINO

Lo que el Padre es, así también el Hijo y el Espíritu. Esta es la enseñanza de la Iglesia. El Hijo, nacido del Padre, y el Espíritu, procediendo del Padre, comparten la naturaleza divina de Dios, siendo “de una misma esencia” con El (“consustancial”).

Así, tal como el Padre es “inefable, inconcebible, invisible, incomprendible, siempre existente, y eternamente el mismo” (la Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo), el Hijo y el Espíritu son exactamente iguales. Cada atributo de la divinidad que pertenece a Dios el Padre: vida, amor, sabiduría, verdad, bendición, gloria, santidad, poder, pureza, regocijo, alegría; pertenecen igualmente al Hijo y al Espíritu Santo. El ser, naturaleza, esencia, existencia y vida de Dios el Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son absoluta e idénticamente uno y lo mismo.

UN SOLO DIOS: UNA SOLA ACCION DIVINA, UNA SOLA VOLUNTAD DIVINA

Ya que el ser de la Santa Trinidad es uno, todo lo que quiere el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo también lo quieren. Lo que hace el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo también lo hacen. No existe ningún querer, no hay acción del Padre que no sea a la vez el querer y acción del Hijo y del Espíritu Santo.

En su mismo seno, en la eternidad, así como hacia el mundo, en la creación, revelación, encarnación, redención, santificación y glorificación - la voluntad y acción de la Trinidad son una: del Padre divino, mediante el Hijo divino, en el Espíritu divino. Cada acción de Dios es la acción de los Tres. Ninguna de las personas de la Trinidad actúa independientemente de los otros o aisladamente de los otros. La acción de cada uno es la acción de todos; la acción de todos es la acción de cada uno. Y la acción divina es esencialmente una.

UN SOLO DIOS: UN SOLO CONOCIMIENTO DIVINO, UN SOLO AMOR

Ya que cada Persona de la Trinidad es una con las otras, cada una conoce la misma Verdad y ejerce el mismo Amor. El conocimiento de cada una es el conocimiento de todas; y el Amor de cada una es el Amor de todas.

Si consideramos a las tres en distinción, cada Persona de la Trinidad conoce y ama a las otras con tal perfección absoluta, con tal conocimiento y tal amor que no existe nada desconocido ni tampoco nada que no sea amado de cada una en las otras. Así también, si el conocimiento de los hombres como criaturas puede unir a los espíritus en completa unanimidad, y si el amor de los hombres como criaturas puede reunir los seres distintos en un solo corazón y un alma, y aun en una sola carne, cuan más perfecta y absolutamente más unificadora debe ser la unión cuando los que se conocen y los que se aman son eternos y divinos.

LAS TRES PERSONAS DIVINAS

En la terminología ortodoxa, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se llaman las tres Personas Divinas. Aquí "*Persona*" indica simplemente el sujeto de existencia y vida, hipóstasis, en el lenguaje tradicional de la Iglesia.

Así como la existencia, la esencia o naturaleza de una realidad responde a la pregunta "*¿qué?*", la persona de esta realidad responde a la pregunta "*¿cual?*" o "*¿quien?*" Así, cuando preguntamos, "*¿Que es Dios?*", respondemos que Dios es lo divino, perfecto, eterno, absoluto... y cuando preguntamos "*¿Quien es Dios?*", respondemos que Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Los santos de la Iglesia han explicado esta tri-unidad (unidad triple) de Dios ayudándose de un ejemplo tomado de la existencia terrenal. Vemos a tres hombres. "*¿Que son?*", preguntamos. Y respondemos: "*Son seres humanos*". Cada uno de ellos es un hombre, poseyendo la misma humanidad y la misma naturaleza humana que se puede definir como: creada, temporal, física, racional, etc. En "*lo*" que ellos son, los tres hombres son una sola y misma cosa, seres humanos. Pero en "*quienes*" son, son tres, cada uno siendo absolutamente único y distinto de los otros. Cada hombre, en su propia y única forma, es un hombre diferente. Un hombre no es el otro, aunque cada hombre sea también humano, con una y la misma naturaleza y forma humana.

Ahora hablando de Dios, del mismo modo podemos preguntar: "*¿Que es El?*". Y en respuesta decimos que es Dios, la perfección absoluta: "*inefable, inconcebible, invisible, incomprensible, siempre existiendo y eternamente igual*". Entonces preguntamos, "*¿Quien es El?*", y respondemos que El es la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En "*quien*" es Dios, existen tres Personas siendo cada una absolutamente única y distinta. Cada una no es la otra, aunque cada una sea divina, de la misma naturaleza y forma divina. Es por lo que, aún siendo uno en cuanto lo que son, el Padre, Hijo y Espíritu Santo no dejan de ser tres cuando

se necesita responder a la pregunta “¿quienes son?”. Y por razón de que y quienes son (es decir, personas divinas, no creadas), Ellas son indivisibles y perfectamente unidas en su existencia sin tiempo, sin espacio, sin dimensión y sin forma, supra-substancial, tanto como en su divina unidad: vida, conocimiento, amor, bondad, poder, voluntad, acción, etc.

Así, según la Tradición Ortodoxa, es el misterio de Dios que sean Tres quienes son divinos; Tres que viven y actúan según la única y misma divina perfección, y no obstante cada uno según su personalidad distinta y su unicidad. Así se dice que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son cada uno divinos con la misma divinidad, pero cada uno de su propia forma divina. Y como la divinidad increada tiene tres sujetos divinos; así cada acción divina tiene tres divinos autores; hay tres aspectos divinos a cada acción de Dios, pero esta acción permanece una.

Por lo tanto, descubrimos un Dios: el Padre Todopoderoso con su Único Hijo (Imagen y Verbo del Padre) y Su Único Espíritu Santo. Existe Un Solo Dios Viviente con Su Única Perfecta Vida Divina, Quien es la persona del Hijo, con Su Único Espíritu de Vida. Hay un solo Dios Verdadero, con Su Divina y Única Verdad, Quien es la persona del Hijo, con Su Único Espíritu de la Verdad. Existe Un Solo Dios sabio y amante con Su Única Sabiduría y Su Único Amor, Quien es la persona del Hijo, con Su Único Espíritu de Sabiduría y de Amor. Los ejemplos podrían seguir indefinidamente: el Padre Divino personificando todos los aspectos de Su Divinidad en Su Divino Hijo Único, Quien es animado en persona por Su Único Espíritu Divino. Veremos las implicaciones vivas de la Trinidad cuando examinaremos la actividad de Dios hacia el hombre y el mundo.



LA SANTA TRINIDAD EN LA CREACION

Dios el Padre creó el mundo mediante el Hijo (Verbo - Palabra) en el Espíritu Santo. La Palabra de Dios está presente en todo lo que existe haciéndolo existir mediante el poder del Espíritu. También la doctrina Ortodoxa enseña que el universo mismo es una revelación de Dios en la Palabra y el Espíritu. La Palabra está en todo lo que existe, siendo la causa de esta existencia, y el Espíritu está en todo lo que existe como el poder y la vida de esta existencia.

Todo esto es particularmente evidente en la criatura especial de Dios: el hombre. El hombre es creado a la imagen de Dios, y así lleva dentro de sí la semejanza de Dios que es eterna y perfectamente expresada en el Divino Hijo de Dios, la Imagen Absoluta y No-Creada del Padre. Así, el hombre es "lógico"; es decir, participa en el Logos de Dios (el Hijo y Verbo) y entonces es libre, consciente, amante, reflejando en el nivel de criatura la naturaleza de Dios, la misma que el Hijo No-Creado lo hace al nivel de la divinidad (ver II Cor 3:18).

El hombre también es "espiritual"; es el templo del Espíritu de Dios. El Sople de Vida de Dios es insuflado en el hombre de una forma especial. Así, entre todas las criaturas, sólo el hombre tiene el poder de imitar a Dios y participar en Su Vida. El hombre tiene la aptitud y la capacidad de llegar a ser Hijo de Dios, reflejando el Hijo Eterno, y reflejando la naturaleza divina, porque es inspirado por el Espíritu Santo de una forma única. Por esta razón un santo de la Iglesia ha dicho que para que el hombre sea hombre, debe tener el Espíritu de Dios en él. Es solamente entonces que puede cumplir su humanidad; únicamente entonces puede ser transformado en un verdadero Hijo de Dios, semejante al Unigénito.

Al nivel más fundamental de la creación, por lo tanto, vemos las dimensiones trinitarias del ser y de la acción de Dios: el Verbo y el Espíritu de Dios entran en el hombre y en el mundo para permitirles existir y llegar a ser lo que el Padre ha querido para su existencia.

LA SANTA TRINIDAD EN LA SALVACION

Con el fracaso del hombre de realizarse en su unicidad creada, Dios emprende la obra especial de la salvación. El Padre envía a su Hijo (Verbo-Palabra) y Su Espíritu con una nueva misión. El Verbo y el Espíritu llegan a los Santos del Antiguo Testamento para revelar el Padre y hacerlo conocer. El Verbo (Palabra) "se encarna" en cierta forma, en la Ley (que en hebreo se llama "las Palabras") que es inspirada por el Espíritu. El Espíritu inspira a los profetas a proclamar la Palabra de Dios. Es así que la Ley y los Profetas son revelaciones de Dios en Su Palabra y en Su Espíritu. Son revelaciones parciales, "sombras" (como el Nuevo Testamento se refiere a ellos), prefigurando la revelación total del "cumplimiento de los tiempos" y preparando Su llegada (Gál 4:4).

Cuando llega el cumplimiento de los tiempos y el mundo está ya preparado, la Palabra y el Espíritu llegan nuevamente, no más por su sola acción y poder, sino que esta vez en sus propias personas, para habitar personalmente en el mundo.

El Verbo (Palabra) se encarna. El Hijo Unigénito nace como la persona humana de Jesús de Nazareth. Y el Espíritu Santo, que está en Él y que es enviado por Él, permite a todos los hombres de

llegar a ser también hijos del Padre, en un desarrollo eterno hacia Su perfección, creciendo siempre para alcanzar *“el estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo”* (Ef 4:13).

Así, en el Nuevo Testamento tenemos la plena epifanía de Dios, la completa manifestación de la Santísima Trinidad: el Padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo, para nosotros; y nosotros en el Espíritu mediante el Hijo al Padre.

LA SANTA TRINIDAD EN LA IGLESIA

La vida de la Iglesia es la vida de los hombres en la Santa Trinidad. En la Iglesia, todos llegan a ser Uno en Cristo, todos se revisten de la humanidad deificada del Hijo de Dios. *“Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo”* (Gál 3:27). La unidad de la Iglesia es la unidad de muchos en uno solo, el Único Cuerpo de Cristo, el único Templo Vivo de Dios, el único pueblo y familia de Dios.

Dentro del cuerpo, hay muchos miembros individuales. Muchas *“piedras vivas”* constituyen el templo vivo. Muchos hermanos y hermanas constituyen la familia única de la cual Dios es El Padre. La única diversidad de cada miembro del Cuerpo único de Cristo es garantizada por la presencia del Espíritu Santo. Cada persona única es inspirada por el Espíritu Santo para ser un verdadero ser humano, un verdadero Hijo de Dios según su propia y distinta manera. Así, como el Cuerpo de la Iglesia es Uno en Cristo, el Espíritu Santo único otorga a cada miembro la posibilidad de realizarse en Dios y así de llegar a ser uno con los demás en llamar Dios *“Padre”* (véase I Cor 12).

La Iglesia, entonces, como unidad perfecta de muchas personas en un organismo plenamente unido, es el reflejo de la Trinidad misma. Pues, la Iglesia, siendo constituida por muchas personas, únicas y diferentes, está llamada a ser un espíritu, un corazón, una alma y un cuerpo en la Verdad y el Amor Únicos de Dios. El llamado de la Iglesia de ser Una en todas las cosas es el prototipo de la vocación de toda la humanidad que fue creada originalmente por Dios como muchas personas en una naturaleza, destinadas por Dios para un crecimiento mas y mas perfecto en la libre unidad de la Verdad y el Amor, en la vida del Reino de Dios.



LA SANTA TRINIDAD EN LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos de la Iglesia corresponden al carácter Trinitario de la vida de Dios y el hombre. Cada persona es bautizada por el Espíritu Santo en la humanidad única de Cristo. Siendo bautizada, a cada persona se le otorga *“el sello del don del Espíritu Santo”* de Dios en la crismación, para llegar a ser un *“cristo”*, es decir, un hijo de Dios ungido para vivir la vida de Cristo.

En el matrimonio la unión de dos en *“una sola carne”* hace que esta nueva unión sea un reflejo de la unidad de la Trinidad y de la unión de Cristo y la Iglesia. Pues la familia compuesta de muchas personas unidas en una sola verdad y un solo amor es ciertamente la manifestación de la familia del Reino de Dios, y de Dios mismo, la Santísima Trinidad.

En la penitencia, renovamos nuestra nueva vida como hijos del Padre mediante la gracia de Cristo por el poder del Espíritu Santo, siendo perdonados y reunidos en la unidad de Dios en el seno de Su Iglesia.

En la Santa Unción el Espíritu unge al que sufre para sufrir y morir en Cristo, y así sea curado y acceda a la vida con el Padre para toda la eternidad.

El Sacerdocio, el ministerio de la Iglesia, es simplemente la manifestación concreta en la Iglesia de la presencia de Cristo por el mismo Espíritu Santo Quien hace accesible a todos los hombres la acción del Padre y el camino a la comunión eterna en Él y con Él.

Finalmente, el *“misterio de los misterios”*, la Santa Eucaristía, es la experiencia real de todo el pueblo cristiano conducido a la comunión con Dios el Padre por el poder del Espíritu Santo mediante Cristo el Hijo, quien está presente en la Palabra del Evangelio y en la Cena Pascual de Su Cuerpo y Sangre que se comen en memoria de Él. El mismo movimiento de la Divina Liturgia - hacia el Padre mediante Cristo la Palabra y el Cordero, en el poder del Espíritu Santo - es el vivo símbolo sacramental de nuestro movimiento eterno hacia Dios y en Él, la Santísima Trinidad.

Inclusive la oración cristiana, alcanzada en la tercera persona de la Divinidad, es la revelación de la Trinidad. Si los hombres, inspirados por el Espíritu Santo, pueden llamar a Dios *“Padre nuestro”*, es solamente porque el Hijo les ha enseñado y capacitado para hacerlo. Así también, la verdadera oración de los cristianos no es el clamor de nuestras almas, desde su aislamiento terrestre, a un Dios lejano. Es la oración en nosotros del Divino Hijo de Dios dirigida a Su Padre, realizada en nosotros por el Espíritu Santo.

“Hemos recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios... pues nosotros no sabemos como pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros...” (Rom 8:15-16, 26)

LA SANTA TRINIDAD EN LA VIDA CRISTIANA

El nuevo mandamiento de la vida cristiana es *“sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”* (Mt 5:48). Es amar como Cristo mismo ha amado. *“Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 15:12). Los hombres no pueden vivir la vida cristiana imitando la perfección de Dios sin la gracia del Espíritu Santo. Sin embargo, con el poder de Dios, lo que es imposible para los hombres llega a ser posible. *“Porque todo es posible para Dios”* (Mc 10:27).

La vida Cristiana es la vida de Dios realizada en los hombres por el Espíritu de Cristo. Los hombres pueden vivir como Cristo ha vivido, haciendo las cosas que El hacia, llegando a ser hijos de Dios en El por el poder del Espíritu Santo. Así, una vez mas, la vida Cristiana es una vida Trinitaria.

Mediante el Espíritu Santo otorgado por Dios mediante Cristo, los hombres pueden compartir la vida, el amor, la verdad, la libertad, la bondad, la santidad, la sabiduría y el conocimiento de Dios mismo. Es esta convicción y esta experiencia que ha llevado a la Iglesia Ortodoxa ha afirmar que la esencia del cristianismo es *“la adquisición del Espíritu Santo”* y la *“deificación”* del hombre por la gracia de Dios, es lo que se llama *“teosis”*.

Los Santos de la Iglesia son unánimes en proclamar que la vida cristiana es la participación auténtica y perfectamente realista en la vida de la Santísima Trinidad. Es la vida de los hombres en camino de divinización. En los aspectos aun más pequeños de la vida diaria los cristianos están llamados a vivir la vida de Dios el Padre que les es comunicada por Cristo, el Hijo de Dios, y que se vuelve posible por el Espíritu Santo que vive y actúa en ellos.



LA SANTA TRINIDAD EN LA VIDA ETERNA

Al fin de los siglos, Cristo volverá en la gloria de Dios el Padre. El hará que sea conocido el Padre en toda la creación. El Espíritu Santo todo lo llenará y hará posible la unión de todo y de todos con Dios mediante Cristo para toda la eternidad. Nuevamente tenemos la presencia y acción de la Santísima Trinidad.

Lo que conocemos y experimentamos ahora en el mundo como miembros de la Iglesia será manifestado con poder en la vida del Reino que ha de venir. La esencia de la vida eterna es la vida de la Santísima Trinidad, la misma vida eterna que ya nos ha sido otorgada en el misterio de la fe.

“No vi santuario alguno en ella; porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es Su Santuario. Y la ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero...”

El trono de Dios y del Cordero (Cristo) estará en la ciudad y los siervos de Dios verán su rostro... Y el Espíritu y la Novia (la Iglesia) dicen: ‘Ven’”
(Apo 21:22-23; 22:17)

En la vida eterna del Reino de Dios, el Espíritu Santo llenará toda la creación: el padre mediante el Hijo en el Espíritu Santo. Todo hombre iluminado por Cristo en el Espíritu conocerá el Padre invisible. *“Esta es la vida eterna: que te reconozcan a ti, el Único Dios Verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo”* (Jn 17:3). Tal conocimiento es posible solamente por la morada del Espíritu Santo, *“la plenitud del Aquel que todo lo llena en todo”* (Ef 1:23; 2:22).

*“¡Venid, oh Pueblos! Adoremos la Divinidad Tri-Personal,
el Hijo en el Padre con el Espíritu santo.
Pues antes de todos los siglos el Padre dio a luz al Hijo,
co-eterno y entronizado conjuntamente con El.
Y el Espíritu Santo estaba en el Padre, glorificado con el Hijo.
Adorando Un Poder, una Esencia, una Divinidad, clamemos:
¡Oh Santo Dios quien hizo todas las cosas por el Hijo
mediante la cooperación del Espíritu Santo!
¡Oh Santo Poderoso mediante Quien conocemos el Padre
y mediante quien llega el Espíritu Santo al mundo!
¡Oh Santo Inmortal, el Espíritu, el Consolador,
Quien procede del Padre y permanece en el Hijo!
¡Oh Santísima Trinidad, Gloria a Tí!”*

IV - LA BIBLIA

LA BIBLIA

La Biblia es el libro que contiene los escritos sagrados del pueblo de Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento.

El Pueblo de Dios del Antiguo Testamento era el pueblo judío, los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, cuyo nombre fue cambiado por Dios a Israel (Gen 32:28). Estas personas también son llamadas como los hebreos. Ellos permanecen para siempre como el pueblo escogido de Dios pues por ellos *“según la carne”* nació Cristo, el Hijo de Dios, (Rom 9:5). Este Hijo de Dios es Jesús de Nazaret, el Mesías-Rey de Israel y el Salvador del mundo (cf. Mt 1-2, Lc 1-2, Rom 8:3, Gal 4:4, Heb 1-5). Los escritos del Antiguo Testamento del pueblo de Israel permanecerán para siempre como la Palabra de Dios para todos los que creen en Dios y desean conocer su verdad divina y hacer Su divina Voluntad.

El Pueblo de Dios del Nuevo Testamento son los cristianos, quienes creen en Jesús como *“el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* y pertenecen a la Iglesia que Él ha fundado en la fe en sí mismo (cf. Mt 16:13-20). El Pueblo de Dios del Nuevo Testamento también tiene sus santas escrituras que dan testimonio de Cristo y que también son Palabra de Dios.

Por lo tanto, la Biblia como un libro, o una colección de muchos libros, tiene dos partes principales. Cuenta con los escritos del Antiguo Testamento que preparan al mundo para la venida de Cristo, y tiene los escritos del Nuevo Testamento que dan testimonio del hecho de que Cristo ha venido y ha salvado al mundo.



LA PALABRA DE DIOS

La Biblia es llamada la Palabra escrita de Dios. Esto no quiere decir que la Biblia cayó del cielo ya escrita. Tampoco significa esto que Dios dictó la Biblia palabra por palabra a los hombres que no eran más que sus instrumentos pasivos. Esto significa que Dios se ha revelado como el Dios vivo y verdadero a su pueblo, y que, como un aspecto de Su divina revelación, Dios inspiró a su pueblo para producir escrituras, es decir, los escritos que constituyen las verdaderas y genuinas expresiones de su verdad y Su voluntad para su pueblo y para el mundo entero.

Las palabras de la Biblia son palabras humanas, porque de hecho, todas las palabras son de los seres humanos. Son palabras humanas, sin embargo, que el mismo Dios inspiró a escribir con el fin de que sean el testimonio escrito de sí mismo. Como palabras humanas, las palabras de la Biblia contienen todas las marcas de los hombres que las escribieron, y de la época y la cultura en que fueron escritas. Sin embargo, en la plena integridad de su condición y forma humana, las palabras de la Biblia son realmente Palabra de Dios.

La Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios en forma humana, porque su origen no está en el hombre sino en Dios, que quiso e inspiró su creación. En este sentido, la Biblia no es como cualquier otro libro. En la Biblia, en y a través de las palabras de los hombres, se encuentra la misma-revelación de Dios y se puede llegar a un conocimiento verdadero y genuino de Él, de su voluntad y del propósito para el hombre y el mundo. En y a través de la Biblia, el ser humano puede entrar en comunión con Dios.

“Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena” (II Tim 3:16-17)

Es la fe de la Iglesia Ortodoxa que la Biblia, como Palabra divinamente inspirada de Dios en las palabras de los hombres, no contiene errores formales o contradicciones internas relativas a la relación entre Dios y el mundo. Puede haber errores accidentales de carácter no esencial en la Biblia. Sin embargo, el eterno mensaje espiritual y doctrinal de Dios, presentado en la Biblia de muchas y diferentes maneras, sigue siendo perfectamente coherente, auténtico y verdadero.

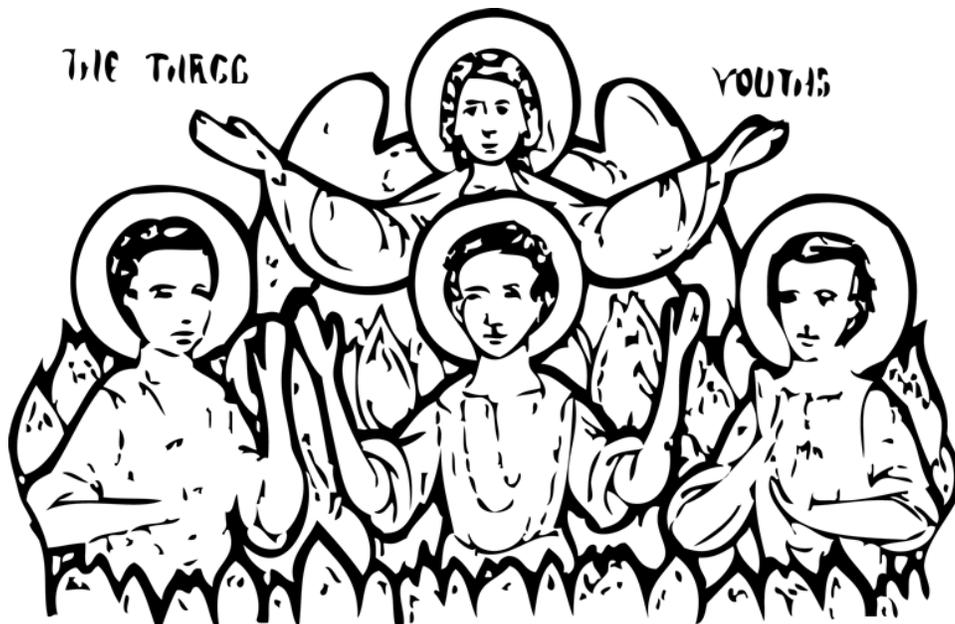


AUTORÍA

La Biblia tiene muchos y diferentes autores humanos. Algunos libros de la Biblia no indican en modo alguno quien los escribió. Otros libros llevan los nombres de las personas a quienes se atribuyen la autoría. En algunos casos, es perfectamente claro que el autor indicado es en realidad la persona que realmente escribió el libro con sus propias manos. En otros casos, es tan claro que el autor del libro hizo que otra persona lleve a cabo la escritura de su obra en forma de un secretario. En otros casos es la Tradición de la Iglesia, y no pocas veces la opinión de los estudiosos de la Biblia, que el autor indicado de un determinado libro de la Biblia no es la persona (o las personas) que lo escribieron, pero la persona que originalmente inspiró su escritura, cuyo nombre se le atribuye como su autor.

En varios casos, la Tradición de la Iglesia no es clara acerca de la autoría de algunos libros de la Biblia, y en muchos casos, los eruditos bíblicos presentan innumerables teorías acerca de la autoría que luego debaten entre ellos. Es imposible establecer la autoría de un libro de la Biblia por medio de estudios, debido a que los estudios históricos y literarios de una obra son relativos por naturaleza.

Debido a que la Iglesia Ortodoxa enseña que toda la Biblia es inspirada por Dios, que en este sentido es el autor original, la Tradición de la Iglesia considera la identidad de los autores humanos, como incidental para la correcta y adecuada interpretación de los libros de la Biblia para la comunidad de creyentes. En ningún caso la Iglesia enseña que la identidad del autor determina la autenticidad o validez de un libro que se considera como parte de la Biblia, y en ningún caso se admite que el valor o la comprensión y el uso adecuado de los libros de la Biblia en la Iglesia dependen del escritor humano solamente.



INTERPRETACIÓN

La Biblia es el libro de los escritos sagrados del pueblo de Dios, la Iglesia. La Biblia se produjo en la Iglesia, por y para la Iglesia, bajo la inspiración divina como parte esencial de la relación de alianza de Dios con su pueblo. Es la auténtica Palabra de Dios para aquellos que pertenecen al conjunto escogido de Dios de los creyentes, a la del antiguo Israel y a la de la Iglesia de Cristo de hoy y de siempre.

La Biblia vive en la Iglesia. Viene a la vida en la Iglesia y tiene el significado divino más profundo para aquellos que son miembros de la comunidad que Dios ha establecido, en donde Él mismo mora, y a la que, a través de su Palabra y de Su Espíritu, Él se ha dado a sí mismo para la participación, la comunión y la vida eterna. Fuera de la vida total y la experiencia de la comunidad de fe, que es la Iglesia de Cristo, *“columna y baluarte de la verdad”* (I Tim 3:15) nadie puede realmente entender e interpretar correctamente la Biblia.

“Pero, ante todo, tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios” (II Pe 1:20-21)

Los estudiosos de la Biblia pueden ayudar a los hombres a comprender su contenido y el significado divino. A través de los estudios arqueológicos, históricos y literarios se puede ofrecer mayor luz a las palabras de las Escrituras. Pero por sí mismos o por solo su trabajo académico, ningún hombre puede producir la correcta interpretación de la Biblia. Sólo Cristo, la Palabra viva y personal de Dios, que viene del Padre y vive en su Iglesia por medio del Espíritu Santo, se puede conocer a Dios y se puede dar la correcta comprensión de la Palabra de Dios de las Escrituras.

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y clama: “Este era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.” Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1:1-18)

Jesucristo, la Palabra de Dios en carne humana, por sí solo hace conocer a Dios. Y Jesús, además de ser Él mismo la encarnación viva de Dios, el cumplimiento vivo de la ley y los profetas (Mt 5:17), es también Aquel por quien la Biblia se interpreta correctamente.

“El les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos

los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras. (Lc 24:25-27)

“Después les dijo: Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” (Lc 24:44-45, también Jn 5:45-47)

Jesucristo permanece para siempre en su Iglesia por el Espíritu Santo para abrir las mentes de los hombres para entender la Biblia (Jn 14:26, 16:13). Sólo dentro de la Iglesia de Cristo, en la comunidad de fe, de gracia y de verdad, pueden los hombres llenos del Espíritu Santo comprender el significado y propósito de las palabras sagradas de la Biblia. Por eso, hablando de los que no creen en Jesús como el Mesías, el apóstol Pablo afirma que cuando ellos leen la Biblia, un “velo” esconde su verdadero sentido para ellos “*pues solo en Cristo desaparece*” (II Cor 3:14).

“Hasta el día de hoy, siempre que se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones. Y cuando se convierte al Señor, se arranca el velo. Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu. Por esto, misericordiosamente investidos de este ministerio, no desfallecemos. Antes bien, hemos repudiado el silencio vergonzoso no procediendo con astucia, ni falseando la Palabra de Dios; al contrario, mediante la manifestación de la verdad nos recomendamos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios. Y si todavía nuestro Evangelio está velado, lo está para los que se pierden, para los incrédulos, cuyo entendimiento cegó el dios de este mundo para impedir que vean brillar el resplandor del Evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios”. (II Cor 3:15-4:4)

En el Nuevo Testamento, Cristo no sólo proporciona la correcta interpretación de la Biblia, Él también permite que los propios creyentes sean directamente iluminados por el Espíritu Santo y sean ellos mismos “*la carta de Cristo... escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón*” (II Cor 3:3). Así se cumple la profecía de la Antigua Alianza que en el tiempo del Mesías “*serán todos enseñados por Dios*” por inspiración divina y la instrucción directa (Jn 6:45, Is 54:13, Ez 36:26, Jer 31:31, Jo 2:28, Miq 4:2). Es sólo dentro de la Tradición viva de la Iglesia y bajo la inspiración directa del Espíritu de Cristo que la correcta interpretación de la Biblia se puede hacer.

V - EL ANTIGUO TESTAMENTO

LA LEY

La primera parte de la Biblia se llama "*Toráh*", que significa la ley. También se le llama "*Pentateuco*" que significa "*los cinco libros*". Estos libros son también llamados los Libros de Moisés. Estos incluyen el Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Los hechos descritos en estos libros, desde la vocación de Abraham hasta la muerte de Moisés, tuvieron lugar, probablemente en algún momento del segundo milenio antes de Cristo (2000-1200 a.C.).

El libro del Génesis contiene la "*prehistoria*" del pueblo de Israel. Comienza con la historia de la creación del mundo, la caída de Adán y Eva y la posterior, muy pecaminosa, historia de los hijos de Adán. A continuación, habla del llamado de Dios y la promesa de la salvación a Abraham, y la historia de Isaac y de Jacob, a quien Dios da el nombre de Israel, terminando con el asentamiento de las doce tribus de Israel, las familias de los doce hijos de Jacob en Egipto, durante el tiempo del favor de José para con el faraón egipcio. En el lenguaje tradicional de la Iglesia, Abraham, Isaac y Jacob son llamados "*los patriarcas*".

El libro del Éxodo relata la liberación del pueblo de Israel por Moisés de la esclavitud en Egipto a la que fueron sometidos después de la muerte de José. Se habla de la revelación que Dios hace a Moisés de su divino nombre de Yahvé (YO SOY EL QUE SOY 3:14). Se da cuenta de la pascua, del éxodo, y del viaje de los israelitas, guiados por Dios, a través del desierto. Además, en este libro aparece la narración de la entrega de Dios de los Diez Mandamientos a Moisés en el Monte Sinaí, y las demás leyes que Dios dio a Moisés acerca de la conducta moral y ritual de su pueblo.

El libro del Levítico es un libro principalmente de leyes, que conciernen a los cargos sacerdotales y rituales de las personas que fueron llevadas a cabo por hombres tomados de la tribu de Leví.

El Libro de los Números se ocupa principalmente de un censo de personas. También contiene leyes dadas por Dios a Moisés, y los relatos del movimiento del pueblo de Dios a través del desierto hacia la tierra que Dios les prometió.

El libro del Deuteronomio, que significa "*segunda ley*", es de nuevo todo un código de la ley en la que se le dice de nuevo la historia de los Diez Mandamientos y la institución de las leyes mosaicas sobre la conducta moral y ritual. Este termina con la bendición de Moisés a la gente, y su visión de la tierra prometida en la que Josué llevaría al pueblo de Dios después de su muerte, la cita que termina los libros de Moisés.

Los estudiosos nos dicen que la ley no fue escrita por la mano de Moisés, sino que los libros muestran evidencia de ser el resultado de una serie de tradiciones orales y escritas de transmisión entre el pueblo de Israel, que contienen elementos de épocas posteriores. Sin embargo, en la tradición de Israel y de la Iglesia Cristiana, la Ley sigue estando esencialmente relacionada con Moisés, el gran hombre de Dios, a quien "*el Señor usó para hablar... cara a cara, como habla un hombre a su amigo*" (Ex 33:11).

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1. Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí.
2. No te harás ninguna escultura y ninguna imagen de lo que hay arriba, en el cielo, o abajo, en la tierra, o debajo de la tierra, en las aguas. No te postrarás ante ellas, ni les rendirás culto, porque yo soy el Señor, tu Dios, un Dios celoso, que castigo la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, si ellos me aborrecen; y tengo misericordia a lo largo de mil generaciones, si me aman y cumplen mis mandamientos.
3. No pronunciarás en vano el nombre del Señor, tu Dios, porque él no dejará sin castigo al que lo pronuncie en vano.
4. Acuérdate del día sábado para santificarlo. Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas; pero el séptimo es día de descanso en honor del Señor, tu Dios. En él no harán ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni el extranjero que reside en tus ciudades. Porque en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero el séptimo día descansó. Por eso el Señor bendijo el día sábado y lo declaró santo.
5. Honra a tu padre y a tu madre, para que tengas una larga vida en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.
6. No matarás.
7. No cometerás adulterio.
8. No robarás.
9. No darás falso testimonio contra tu prójimo.
10. No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni ninguna otra cosa que le pertenezca.

(Ex 20:1-17)

LOS LIBROS HISTÓRICOS

Después de la Ley en la Biblia aparecen los libros que se llaman históricos. Ellos cubren la historia de Israel desde el asentamiento en la tierra prometida de Canaán a los primeros siglos antes de Cristo. Estos incluyen Josué, Jueces, Rut, I y II de Samuel, I y II de Reyes, I y II de Crónicas, Ezra, Nehemías y Ester, así como I y II de Esdras, Tobías, Judit, y I y II de Macabeos.

En la lista de libros de la Biblia de la Iglesia Ortodoxa, que es generalmente la de la Septuaginta, la traducción griega de la Biblia hebrea, I y II de Samuel se denominan I y II de Reyes y I y II de Reyes son llamados III y IV de Reyes. Además, los libros llamados “*apócrifos*”, que nombramos anteriormente después de Esther, son considerados por los ortodoxos como piezas genuinas de la Biblia. Los libros apócrifos Antigo Testamento son considerados por los no-ortodoxos como de estrecha relación con la Biblia, pero que no forman parte de sus contenidos canónicos oficiales.

El Libro de Josué comienza con el pueblo de Israel cruzando el río Jordán y en la tierra prometida dirigido por Josué, el sucesor de Moisés. Se habla de las victorias de los israelitas sobre los habitantes locales, y el establecimiento de las doce tribus en los territorios designados para cada uno por Moisés.

El Libro de los Jueces narra el período en que los israelitas fueron gobernados por los “*jueces*” que Dios dispuso, los más famosos fueron Ehud, Débora, Gedeón, Jefé y Sansón. Durante este período, los israelitas fueron a menudo infieles a Dios y se entregaron a la maldad. Ellos estaban constantemente en guerra con ellos mismos y con sus vecinos. El libro termina con la frase: “*En aquellos días no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que bien le parecía*” (Jue 23:25).

El Libro de Rut es una historia muy corta sobre la mujer moabita que Dios bendijo para ser la esposa de Booz, la bisabuela del Rey David.

Los libros de Samuel y de Reyes comienzan con el nacimiento de Samuel, el profeta a quien Dios escogió para ungir a Saúl como primer rey de Israel. Hasta Saúl no hubo rey, pues Dios mismo iba a ser el rey de su pueblo. Sin embargo, Israel quería ser “*como todas las naciones*”, y Dios accedió de mala gana, a sus deseos (Sam 8). Saúl pronto se convirtió al mal y Dios envió a Samuel a ungir a David, un pastorcillo, como rey en su lugar. Saúl se enfureció y luchó contra David, pero David era misericordioso con él a pesar de que fácilmente podría haberlo matado. Durante todo este tiempo, los israelitas estaban constantemente en guerra. Saúl, finalmente se quitó la vida en lugar de tomarse en la batalla, y David se convirtió en el único rey. Después de haber sometido a todos sus enemigos, tanto dentro como fuera de Israel, David estableció un reino glorioso centrado en Jerusalén, la ciudad que él construyó. El hijo de David, Salomón, favorecido por Dios con gran sabiduría, amplió el reino de su padre y construyó el gran templo de Dios en el Monte Sión. El reinado de David y Salomón duró desde el 1000 hasta el 422 antes de Cristo.

Tan pronto como llegó la muerte de Salomón, el reino se derrumbó. Dos estados rivales surgieron, Israel y Judá, que estuvieron constantemente en guerra unos con otros y con quienes les rodeaban. Esta fue una época de gran decadencia y el mal que se prolongó durante unos 300 años y terminó con la cautividad en Babilonia (587-539 a.C.). Esta fue la época de Elías y de muchos de los grandes profetas de Dios.

Babilonia fue capturada por los persas dirigidos por Ciro y Darío, que restauraron a los israelitas a su tierra natal. Los libros de Esdras y Nehemías hablan de la reubicación de los Judíos, y de la reconstrucción y la reapertura del templo en Jerusalén.

Los dos libros de Crónicas datan de este mismo período, y bien pueden haber sido compilado por Esdras, aunque los estudiosos los consideran como la obra de autores del siglo III, tal vez el mismo que escribió Esdras y Nehemías. Las crónicas abarcan la historia de Israel desde Adán hasta el tiempo de Ciro. Contienen numerosas genealogías, y muestran especial interés en David y los reyes, así como en el templo y el sacerdocio. En la Biblia Septuaginta las Crónicas son llamados *Paralipómenos*, que significa “*lo que ha quedado fuera*”, lo que indica su propósito de incluir lo que estaba excluido de los primeros libros históricos de la Biblia.

El Libro de Ester, y los de I y II de Esdras, Tobías, Judit, y I y II de Macabeos, que, como hemos dicho, están incluidos en la Biblia en la Iglesia Ortodoxa, llevan la historia de Israel hasta los tiempos del Nuevo Testamento. Ellos hablan de la reorganización de la comunidad judía alrededor del templo, el culto y la ley como un mero remanente de la gran nación, o naciones de Israel y de Judá, que existían antes de la época del exilio, un remanente luchador que constantemente está en sometimiento bajo poderes extranjeros. Ciertamente los libros históricos de la Biblia fueron escritos mucho después que los acontecimientos descritos en ellos en realidad se llevaran a cabo.

LOS LIBROS SAPIENCIALES

Los libros de la Biblia que comúnmente se llaman libros sapienciales son Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, así como la sabiduría de Jesús, hijo de Sirá, también llamado Eclesiástico y la Sabiduría de Salomón de los llamados apócrifos.

El libro de Job, que por lo general se dice que data del período de exilio, es la historia del sufrimiento de un justo en el que la víctima defiende su causa delante de Dios sólo para “*arrepentirse en polvo y ceniza*” (42:6) al ver al Señor por sí mismo y enfrentarse a Él con su propia defensa y su indescriptible e inconmensurable majestad. Algunos párrafos de este libro se leen en los primeros días de la Semana Santa en la Iglesia Ortodoxa, ya que tocan un problema muy profundo para los creyentes, el problema del sufrimiento, que es llevado a su conclusión definitiva en Cristo, que no es sólo el más perfecto ejemplo de “*sufrimiento de inocentes*”, sino de hecho, el Dios que sufre en carne humana.

El Libro de los Proverbios, llamados los “*Proverbios de Salomón*”, sin duda, provienen de la época de Salomón, aunque los estudiosos colocan algunos de los proverbios en una fecha mucho más tardía y nos dicen que el libro fue puesto en su forma actual sólo después del exilio babilónico. Los refranes son dichos cortos referentes a la realización adecuada de las personas sabias y justas. Se leen en su totalidad en los oficios de los días de semana de la Iglesia durante la Gran Cuaresma. Párrafos de los Proverbios se leen también en las vigilias de una serie de fiestas de la Iglesia ya que para los cristianos la Sabiduría de Dios se encarna y personifica en Cristo.

Eclesiastés es un libro de meditaciones de sentido común sobre la vanidad de la vida en este mundo y la sabiduría de temer a Dios y guardar sus mandamientos que es “*el todo del hombre*” (11:3). Tradicionalmente se atribuye a Salomón, el Predicador. Los estudiosos colocan el libro en el siglo III antes de Cristo, sin embargo, se encuentra en su mensaje un espíritu helenístico tomado por los Judíos en la diáspora entre las naciones gentiles. El mismo espíritu helenístico y las influencias de la filosofía griega, pero en un grado mucho mayor, se encuentran tanto en la sabiduría de Jesús, Hijo de Sirá como en la Sabiduría de Salomón, que provienen de la misma época, la víspera misma de los tiempos del Nuevo Testamento. De los tres libros que acabamos de mencionar, sólo la Sabiduría de Salomón, el cual es considerado como el último de ellos en ser escrito, se lee en la liturgia de la Iglesia Ortodoxa.

El Cantar de Salomón, también llamado el Cantar de los Cantares, es considerado por los estudiosos como un himno de boda cananea de fecha incierta. En Tradición de la Iglesia Ortodoxa se interpreta como una historia de amor mística entre el alma del hombre y Dios. Santos cristianos de Oriente y de Occidente, como Gregorio de Nisa y Bernardo de Claraval, han dado un significado a la obra que está en consonancia con la tradición bíblica de ver la relación de Dios y de su pueblo como la del amor conyugal (ver Oséas, Jer 2-3, Ef 5, Apo 21-22). Este libro no se lee en los oficios litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa, a pesar de ciertas líneas que se cantan tradicionalmente en la Iglesia Ortodoxa Rusa, cuando la novia se acerca a su novio en la iglesia antes de la celebración de su matrimonio.

Aunque técnicamente no es un libro de *"sabiduría"*, se pueden citar en este punto a la Oración de Manasés, tomada del apócrifo del mismo nombre. Esta oración penitencial del rey de Judá, que para los ortodoxos es parte de la Biblia, está incluido en el servicio de las Grandes Completas de la Iglesia Ortodoxa.

LOS LIBROS SAPIENCIALES

Los Salmos son las canciones de inspiración divina del Pueblo de Israel. Tradicionalmente se han llamado *"los salmos de David"*, aunque muchos de ellos sin duda vienen de otros autores de gran parte de los últimos tiempos. La enumeración y el texto de los salmos se diferencian en varias tradiciones bíblicas. La Iglesia Ortodoxa sigue la versión de los Setenta del salterio y por esta razón los números, y no pocas veces los textos de algunos salmos son diferentes en los libros de oficios ortodoxos de lo que están en las Biblias que se traducen del hebreo.

En la Iglesia Ortodoxa, todo el Salterio se divide en veinte secciones y se canta cada semana en los monasterios e iglesias que llevan a cabo los oficios litúrgicos. Varios salmos y versículos de los salmos se utilizan en todos los servicios litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa.

Prácticamente todos los estados del alma del hombre ante Dios se encuentran expresados en los salmos: alabando, dando gracias, bendiciendo, alegrías, peticiones, arrepentimiento, lamentaciones, cuestionamientos y quejas. Muchos de los salmos se centran en los rituales de culto del templo de Jerusalén y de la realeza davídica. Otros relatan las acciones salvíficas de Dios en la historia israelita. Otros llevan profecías acerca de los eventos por venir, en particular los de la era mesiánica. Así, por ejemplo, nos encontramos con Cristo, citando el Salmo 8, en referencia a su entrada triunfal en Jerusalén, el Salmo 110, en referencia a su divinidad inefable, y el Salmo 22, cuando, colgado de la cruz, Él clama con las palabras del salmo en el que se describe su crucifixión y su salvación final del mundo (cf. Mt 21:16, 22:44, 27:46).

En la Iglesia Ortodoxa todos los salmos son entendidos teniendo su significado espiritual más profundo y más genuino en Cristo y su misión de salvación eterna. Así, por ejemplo, los salmos que se refieren al rey se cantan en la Iglesia en referencia a la exaltación de Cristo y la glorificación a la diestra de Dios. Los salmos que se refieren a la liberación de Israel se cantan en referencia a la redención de Cristo de todo el mundo. Los llamados salmos para la victoria sobre los enemigos en la batalla se refieren al único enemigo real, el diablo, y todas sus obras impías que Cristo ha venido a destruir. Babilonia, por lo tanto significa el reino de Satanás, y Jerusalén, el Reino eterno de Dios. Los salmos que lamentan el sufrimiento de los inocentes y de los justos se leen como si hablaran del mismo Señor y de todos los que con él son *"pobres y necesitados"*, que se levantarán para gobernar la tierra en el día del juicio temible de Dios. Por lo tanto, el salterio es por siempre el libro de inspiración divina que contiene los himnos de oración y de culto para todo el pueblo de Dios, y muy especialmente para aquellos que pertenecen al Mesías.

DIVISIÓN LITÚRGICA DEL SALTERIO

1. Salmos 1 al 8.
2. Salmos 9 al 17
3. Salmos 18 al 24
4. Salmos 25 al 32
5. Salmos 33 al 37
6. Salmos 38 al 46
7. Salmos 47 al 55
8. Salmos 56 al 64
9. Salmos 65 al 70
10. Salmos 71 al 77
11. Salmos 78 al 85
12. Salmos 86 al 91
13. Salmos 92 al 101
14. Salmos 102 al 105
15. Salmos 106 al 109
16. Salmos 110 al 118
17. Salmo 119
18. Salmos 120 al 134
19. Salmos 135 al 143
20. Salmos 144 al 150

LOS PROFETAS

Hay dieciséis libros de la Biblia llamados por los nombres de los profetas, aunque no necesariamente escritos por sus manos. Un profeta es alguien que habla por inspiración directa de Dios, y sólo en segundo lugar, significa la palabra de alguien que predice el futuro. Cuatro de los libros proféticos son las de los profetas mayores llamados: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel.

La mayoría de los estudiosos cree que el libro de Isaías es el trabajo de más de un autor. El mismo abarca el período comprendido entre mediados del siglo VIII antes de Cristo hasta la época del exilio babilónico. Se habla de la muerte inminente sobre el pueblo de Dios por su maldad y su infidelidad al Señor. Y anuncia la misericordia de Dios sobre su pueblo, así como sobre los gentiles, en el momento de su redención en la era mesiánica. La famosa visión del profeta en el capítulo seis se incluye en las oraciones eucarísticas de la Iglesia Ortodoxa. La importancia central en Isaías son las profecías de la primera parte del libro, en particular las de los capítulos seis al doce, en relación con la venida del Mesías-Rey, y las profecías en el final del libro, acerca de la salvación de toda la

creación en el sufrimiento del Siervo del Señor. Todo el libro de Isaías se lee en la Iglesia durante la Gran Cuaresma, y muchas partes del libro se leen en las vigiliyas de las grandes fiestas de la Iglesia. En el Nuevo Testamento hay innumerables citas de las profecías de Isaías hechas en referencia a Juan el Bautista, y muy especialmente a Cristo mismo.

El libro de Jeremías abarca el período del siglo VII antes de Cristo y, al igual que Isaías, las profecías de la ira del Señor contra su pueblo pecador. Jeremías, el profeta más reacio, sufrió mucho a manos de la gente y fue perseguido constantemente por la proclamación de la Palabra del Señor. El libro se cita muchas veces en el Nuevo Testamento. Las profecías mesiánicas de la salvación en Jeremías a menudo se leen en los oficios festivos de la Iglesia. Los libros de Baruc y la Carta de Jeremías, de los apócrifos, van de la mano con este libro profético en la versión ortodoxa de la Biblia.

El libro de Ezequiel, que era un sacerdote así como un profeta, está fechado en el momento de la cautividad de Babilonia. Una vez más, el profeta se refiere directamente a la justa ira de Dios sobre los pecados de su pueblo, haciendo referencia específica a la presencia y la salida de la gloria del Señor en el Templo de Jerusalén. Ezequiel, sin embargo, como todos los profetas, no deja de tener esperanza en la misericordia de Dios. El majestuoso relato acerca de la resurrección que Dios hace de los *"huesos secos"* de los muertos de Israel por medio de soplar en ellos su Espíritu Santo se lee sobre la tumba de Cristo en el gran oficio del sábado santo de la Iglesia Ortodoxa.



La profecía de Daniel, que leemos en la Iglesia en la vigilia de la Pascua, se refiere a la fidelidad de los Judíos a su Dios en el tiempo de la apostasía forzada. Los estudiosos consideran este libro entre los últimos escritos del Antiguo Testamento, mucho después del momento de la cautividad babilónica, en el cual se coloca esta historia. El mensaje central del libro es la redención de Israel en la victoriosa venida del Hijo del Hombre celestial, que, en el Nuevo Testamento, se identifica con Cristo. Es el carácter apocalíptico del libro, que se refiere constantemente a la revelación final de Dios y su juicio sobre toda la creación, lo que ubica a Daniel en una fecha cercana a los tiempos del Nuevo Testamento. La canción de los tres jóvenes, que va junto con Daniel y que se coloca por los no ortodoxos entre los escritos apócrifos, es una parte genuina de la Biblia en la Iglesia Ortodoxa, al igual que los libros de Susana y Bel y el Dragón, también partes de Daniel. La canción de los jóvenes forma parte del oficio matinal en la Iglesia Ortodoxa.

Entre los libros de los llamados profetas menores, Amós y Oseas son los más antiguos, procedentes, al igual que la primera parte de Isaías, de mediados del siglo VIII antes de Cristo. Amós es el que proclama gran parte de la justicia de Dios contra las injusticias de su pueblo. Oseas habla del amor incondicional de Dios, que finalmente triunfará sobre la prostitución adúltera de su pueblo que va en pos de dioses falsos. El libro de Miqueas data de aproximadamente el mismo período y es muy similar en contenido a Isaías. En Miqueas se encuentra la profecía del nacimiento del Salvador en Belén (5:2-4).

Nahum, Habacuc y Sofonías están fechados en la última parte del siglo VII antes de Cristo. Imitan a Jeremías profetizando la ira de un Dios bueno y justo contra un pueblo malvado e injusto. Al igual que Jeremías, también predice la restauración de Israel por el Señor misericordioso.

Ageo, Zacarías, Malaquías, y tal vez Abdías, pertenecen a la época del retorno del pueblo de Dios del exilio. Zacarías es famoso por el oráculo de la aparición del Salvador-Rey, *“triunfante y victorioso, humilde, y cabalgando sobre un burro...”* (9:9), que hace referencia a la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén el Domingo de Ramos. Malaquías, que es feroz en contra de los pecados de los sacerdotes, es el último de los profetas antes de Juan el Bautista, cuya llegada se anuncia, al igual que los otros, para dar paso al *“gran y terrible día del Señor”* (3:1, 4:5), cuando *“el Sol de Justicia traerá la salud en sus rayos”* (4:2), una referencia que se hace, de acuerdo a los cristianos, de manera explícita a su Señor.

La profecía de Joel, citada por San Pedro, en referencia a la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hec 2), pertenece al estilo apocalíptico de Daniel, ya que habla de los últimos actos de Dios en el día *“grande y terrible”* de Dios en el que ejecutará la justicia y restaurará la fortuna de su pueblo, librando a *“todos los que invocan el nombre del Señor”* (2:31-32).

El libro de Jonás es más probablemente una alegoría profética destinada a prever la salvación del Señor a los gentiles en el tiempo de su presencia final mesiánica en el mundo. Probablemente fue escrito en tiempos posteriores al exilio. Se lee en su totalidad en la Iglesia en la vigilia de Pascua del Gran Sábado, ya que se refiere directamente al mismo Cristo como signo de su misión mesiánica en el mundo (Mt 12:38, Lc 11:29).

Cabe mencionar en este punto, que la variación en los nombres que se encuentran en Español para los profetas, así como para otras personas y lugares en las Escrituras, vienen del hebreo y de diferentes tradiciones de la Biblia en lengua griega. Las fuentes ortodoxas, a menudo, tienden a seguir el griego. Una vez más debemos mencionar también que según los cristianos, el Antiguo Testamento encuentra su más profundo sentido y su plenitud en la perfecta venida de Cristo y en la vida de su Iglesia.

VI - EL NUEVO TESTAMENTO

LOS EVANGELIOS

Los primeros libros de las Escrituras del Nuevo Testamento son los cuatro Evangelios de los Santos Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La palabra evangelio significa literalmente buenas noticias o buenas nuevas. Los evangelios hablan de la vida y las enseñanzas de Jesús, pero ninguno de ellos es una biografía en el sentido clásico de la palabra. Los evangelios no fueron escritos sólo para contar la historia de Jesús. Fueron escritos por los discípulos de Cristo, que fueron llenos del Espíritu Santo después de la resurrección del Señor, para dar testimonio del hecho de que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Cristo de Israel y el Salvador del mundo.

En la Iglesia Ortodoxa, no es toda la Biblia, sino sólo el libro de los cuatro evangelios, que está perpetuamente entronizado sobre la mesa del altar en el santuario de la iglesia. Este es un testimonio del hecho de que la vida de la Iglesia está centrada en Cristo, la viva plenitud de la ley y los profetas, que habita constantemente en medio de su pueblo, la Iglesia, a través de la presencia del Espíritu Santo.

Los evangelios de los Santos Mateo, Marcos y Lucas son llamados evangelios sinópticos, lo que significa que *“tienen un mismo aspecto”*. Estos tres evangelios son muy similares en contenido y forma, y muy probablemente están relacionados entre sí textualmente de alguna manera, exactamente cómo es un debate entre los estudiosos de las Escrituras. Cada uno de ellos fue escrito en algún momento del comienzo de la segunda mitad del primer siglo, y los textos de cada una de ellos, como los de San Juan, han llegado hasta nosotros en griego, la lengua en que fueron escritos, con la posible excepción de Mateo, que pudo haber sido escrito originalmente en arameo, la lengua de Jesús. Cada uno de los evangelios sinópticos sigue básicamente la misma narrativa. Cada uno comienza con el bautismo de Jesús por Juan y su predicación en Galilea. Cada uno se centra en la confesión de los apóstoles de Jesús como el Mesías prometido de Dios, con el evento correspondiente de la transfiguración, y el anuncio de Cristo de su necesidad de sufrir, morir y resucitar al tercer día. Y cada uno concluye con el relato de la pasión, la muerte, la resurrección y la ascensión del Señor.

SAN MARCOS

El evangelio según San Marcos es el más corto, y tal vez la primera versión de los evangelios, aunque este es un tema de debate. Su autor no era uno de los doce apóstoles, y es opinión común de que este evangelio presenta la *“tradicción”* de San Pedro. El evangelio comienza inmediatamente con el bautismo de Jesús, el llamado de los apóstoles, y la predicación de Jesús acompañado de sus obras de perdón y sanación. En este evangelio, como en todos ellos, Jesús se revela desde el principio por sus palabras de autoridad y sus obras milagrosas como el Santo de Dios, el divino Hijo de hombre, que fue crucificado y ha resucitado de entre los muertos, instaurando en el mundo el Reino de Dios.

SAN MATEO

El evangelio de San Mateo, que era uno de los doce apóstoles, es considerado por algunos como el primer evangelio escrito. También existe la opinión de que fue escrito originalmente en arameo y no en el texto griego que se ha mantenido en la Iglesia. Es una opinión comúnmente compartida de que el evangelio de San Mateo fue escrito para los judíos cristianos para mostrar como las Escrituras del Antiguo Testamento hablan que Jesús, el hijo de David, el hijo de Abraham, es verdaderamente el Cristo, quien trae el Reino de Dios a los hombres.

El evangelio de San Mateo está lleno de referencias al Antiguo Testamento. Comienza con la genealogía de Jesús desde Abraham y la historia del nacimiento de Cristo de la Virgen en Belén. A continuación, se cuenta el bautismo de Jesús y las tentaciones en el desierto, y se procede a la llamada de los discípulos y la predicación y las obras de Cristo.

El evangelio de San Mateo contiene el registro más largo y detallado de las enseñanzas de Cristo en el llamado "*Sermón de la montaña*" (5-7). Por lo general, en la Iglesia Ortodoxa, es el texto del evangelio de San Mateo que se utiliza más consistentemente en el culto litúrgico, por ejemplo, la versión de las Bienaventuranzas y la Oración del Señor. Sólo este evangelio contiene la comisión del Señor a sus apóstoles después de la resurrección, "*de hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*" (28:19).

SAN LUCAS

El evangelio según San Lucas, que no era uno de los doce apóstoles, pero uno de los discípulos originales, un médico conocido por su asociación con el apóstol Pablo, pretende ser una cuenta "*ordenada ... entregado por los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra*" (1:1-4). Junto con el libro de los Hechos, también escrito por San Lucas para un cierto Teófilo, este Evangelio constituye la más completa "*historia*" de Cristo y la Iglesia cristiana primitiva que tenemos.

El evangelio de San Lucas es el único de los cuatro evangelios canónicos que tiene un relato completo del nacimiento de Jesús y de Juan el Bautista. Tradicionalmente, la fuente de estos eventos registrados por San Lucas se considera es María, la madre de Cristo. Debemos mencionar en este punto que, además de los cuatro evangelios llamados "*canónicos*", que sólo ellos han sido aceptados por la Iglesia como auténticos testigos para la verdadera vida y las enseñanzas de Cristo, existen muchos otros escritos de la época cristiana primitiva, que hablan acerca de Jesús, y en especial sobre su infancia, que no han sido aceptados por la Iglesia como auténticos y verdaderos. Estos escritos son a menudo llamados apócrifos (que no debe confundirse con los apócrifos del Antiguo Testamento), o con los pseudoepígrafos que literalmente significan "*escritos falsos*".

El Evangelio de San Lucas se caracteriza por el detalle de su narrativa, y en especial por la gran preocupación de Cristo para con los pobres y los pecadores. Algunas parábolas dan advertencias contra los peligros de la riqueza y la justicia propia, y revela la gran misericordia de Dios para los pecadores en historias que sólo se encuentran en el evangelio de San Lucas, como por ejemplo, las del publicano y el fariseo, el hijo pródigo, y Lázaro y el hombre rico. Hay también un énfasis muy grande en este evangelio en el Reino de Dios que Cristo ha traído al mundo y que Él da a los que siguen con él en sus sufrimientos.

El relato posterior a la resurrección sobre la presencia del Señor con los dos discípulos en el camino a Emaús en la que se nombra sólo a uno de los discípulos, sólo se encuentra en el evangelio de San Lucas, y da lugar a la tradición de que el discípulo no identificado fue el mismo Lucas.

SAN JUAN

El evangelio de San Juan es muy diferente a los evangelios sinópticos. Es, sin duda, el último en ser escrito, siendo la obra del discípulo amado, y apóstol del Señor al final de su vida cerca del final del primer siglo. En las versiones ortodoxas de la Biblia, este evangelio se imprime antes que los demás, ya que es el que se lee por primera vez en el comienzo del leccionario de la Iglesia en la Divina Liturgia de la noche de Pascua.

El evangelio de San Juan comienza con su famoso prólogo, que identifica a Jesús de Nazaret con el Verbo divino de Dios del Antiguo Testamento, el Verbo de Dios que estaba *“en el principio con Dios”*, que *“es Dios”*, aquel por quien *“todo fue hecho”* (1:1-3). Este Verbo de Dios *“se hizo carne”*, y como Jesús, el Hijo de Dios, Él hace conocer a Dios a los hombres y concede a todos los que creen en él el poder de tomar parte de su propia plenitud de gracia y de verdad y de convertirse a sí mismos *“en hijos de Dios”* (1:14).

Desde las primeras páginas de este evangelio, tras el prólogo, en el relato del bautismo de Jesús y la vocación de los apóstoles, Jesús se presenta como el Hijo unigénito de Dios, el Mesías y el Señor. A lo largo del evangelio, él se identifica, así, de diversas maneras, con el Dios del Antiguo Testamento, recibiendo el nombre divino de YO SOY el mismo que el Señor reveló a Moisés y los profetas y los salmos.

El evangelio de San Juan, tras el prólogo, se puede dividir en dos partes principales. La primera parte es el libro llamado de los *“signos”*, el registro de una serie de milagros de Jesús, con detalles y *“comentarios”* acerca de su importancia en lo que significa él como Mesías y Señor (2-11). Debido a que las *“señales”* todas tienen un significado profundamente espiritual y sacramental para los creyentes en Cristo, casi todas ellas están relacionadas con el agua, el vino, el pan, la luz, la salvación de las naciones, la separación de la sinagoga, el perdón de los pecados, la curación de las enfermedades y la resurrección de los muertos, y por eso a veces se piensa que el evangelio de San Juan fue escrito expresamente como un *“evangelio teológico”* para aquellos que recién se iniciaban en la vida de la Iglesia a través de los misterios sacramentales del bautismo, el don del Espíritu Santo, y la eucaristía. En cualquier caso, debido a los contenidos del libro de los *“signos”*, así como los largos discursos de Cristo acerca de su relación con Dios el Padre, el Espíritu Santo y los miembros de su rebaño fiel, en la última parte del evangelio, el apóstol y evangelista Juan tradicionalmente ha sido honrado en la Iglesia con el título de *“Teólogo”*.

La segunda mitad del Evangelio de San Juan se refiere a la pasión de Cristo y su significado para el mundo (11-21). Aquí de manera más explícita, en largos discursos que vienen de la boca del Señor mismo, las doctrinas de la persona de Cristo y su obra se explican más profundamente. Como acabamos de mencionar, aquí mismo Cristo se refiere a Dios el Padre, al Espíritu Santo y a su comunidad de creyentes en términos claros y seguros. Él es uno con Dios, quien como el Padre es mayor que él, cuyas palabras Él habla, cuyas obras lleva a cabo y cuya voluntad Él realiza. Y a través del Espíritu Santo, que procede del Padre para dar testimonio de Él en el mundo, Él permanece para siempre en los que son suyos a través de su fe y la cooperación en el servicio de Dios.

El relato de la pasión en el evangelio de San Juan se diferencia ligeramente de la de los evangelios sinópticos y es considerado por muchos, en este caso, como una clarificación o corrección. También hay relatos de la resurrección, los cuales sólo se registran en este evangelio. El último capítulo del libro está tradicionalmente considerado como una adición a raíz del primer final del Evangelio, para afirmar la reincorporación del apóstol Pedro a los dirigentes de la comunidad apostólica después de las tres negaciones del Señor en el momento de su pasión. Pudo haber sido una inclusión necesaria para compensar una cierta falta de confianza en San Pedro por parte de algunos miembros de la Iglesia.

En la Tradición de la Iglesia Ortodoxa, una tradición que se expresa a menudo en la iconografía de la Iglesia, los cuatro evangelios se consideran que simbolizan las imágenes de los “cuatro seres vivientes” del Apocalipsis bíblico, el león, el buey, el hombre y el águila, con la interpretación más clásica de conectar con el hombre a Mateo, a Lucas con el buey, a Marcos con el león y a Juan con el águila (Ez 1:10, Apo 4:7). Los cuatro evangelios, en su conjunto, pero cada uno con su propio estilo y forma, quedarán para siempre como el centro de las escrituras de la Iglesia Ortodoxa.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

El libro de los Hechos de los Apóstoles fue escrito por San Lucas hacia el final del primer siglo, como la segunda parte de su historia dedicada a Teófilo acerca de Cristo y su Iglesia. El libro comienza con un relato de la ascensión del Señor y la elección de Matías para ocupar el lugar de Judas como miembro de los doce apóstoles. Luego sigue el registro de los acontecimientos del día de Pentecostés, cuando la promesa del Espíritu Santo descendió sobre los discípulos de Cristo dándoles el poder de predicar el evangelio de una nueva vida en el Salvador resucitado a los habitantes de Jerusalén.

Los primeros capítulos del libro cuentan la historia de los primeros días de la Iglesia en Jerusalén y nos proporcionan una imagen vívida de la primitiva comunidad cristiana que se edifica a través de la obra de los apóstoles. Se dice de las personas que son bautizadas y dotadas con el don del Espíritu Santo a través del arrepentimiento y la fe en Cristo, y continúan firmes en su devoción “a la doctrina de los apóstoles, la comunión, la fracción del pan y las oraciones” (2:42).

Después de la descripción del martirio del diácono Esteban, el primero en dar su vida por Cristo, Hechos habla de la conversión de Saulo, el perseguidor, en el celoso apóstol Pablo, y registra los eventos por los cuales los primeros gentiles fueron traídos a la Iglesia por la acción directa de Dios. A continuación, figura una relación de las primeras actividades misioneras de los santos Pablo y Bernabé, y el famoso capítulo XV, en el cual se describe el primer concilio de la Iglesia en Jerusalén, el Consejo, que establece las condiciones en que los gentiles podían entrar en la Iglesia en relación con la ley de Moisés que todos los cristianos judíos mantuvieron luego.

La última mitad del libro describe las actividades misioneras del apóstol Pablo a través de Siria y de Cilicia, en Macedonia y Grecia y de nuevo a través de Éfeso a Jerusalén. A continuación, da cuenta de la detención de San Pablo en Jerusalén, y su defensa ante las autoridades de ese país. El libro termina con la descripción del viaje de San Pablo a Roma para ser juzgado, cerrando con la información de que “él vivió allí dos años enteros... predicando el Reino de Dios y enseñando acerca del Señor con toda franqueza y sin trabas” a los que acudían a él en su casa de detención (28:30).

El libro de los Hechos de los Apóstoles constituye el leccionario apostólico de la liturgia de la Iglesia durante el tiempo de Pascua a Pentecostés. Selecciones de textos de este libro se leen también en otras fiestas de la Iglesia, por ejemplo, en el día de San Esteban. Es también la costumbre de la Iglesia leer el libro de los Hechos sobre la tumba de Cristo el Viernes Santo, y sobre el cuerpo de un sacerdote fallecido en el velatorio antes de su entierro.

LAS CARTAS DE SAN PABLO

Catorce cartas, también llamadas epístolas, que se atribuyen al apóstol Pablo se incluyen en las escrituras sagradas de la Iglesia del Nuevo Testamento. Vamos a comentarlas en el orden en que se imprimen normalmente en la Biblia y se leen en el año litúrgico de la Iglesia.

ROMANOS

La carta a los Romanos fue escrita por San Pablo desde Corinto en algún momento a finales de los años cincuenta del siglo primero. Es una de las exposiciones más formales y detalladas de la enseñanza doctrinal de San Pablo que tenemos. No se trata de una de las partes más fáciles de entender de la Escritura por eso es recomendable un estudio cuidadoso.

En esta carta, el apóstol Pablo escribe sobre la relación de la fe cristiana con los no creyentes, en particular con los judíos incrédulos. El apóstol defiende la validez y la santidad de la ley de Moisés, mientras que con pasión defiende la doctrina de la salvación que viene sólo de Cristo, por la fe y por gracia. El habla con mucha fuerza sobre el significado de la unión con Cristo mediante el bautismo y el don del Espíritu Santo. Insta a una gran humildad por parte de los gentiles cristianos para con Israel, y pide con gran amor que los Judíos no creyentes se unan a la auténtica comunidad de Dios que está en Cristo, que es de Israel *“según la carne”* (9:5) por el bien de su salvación y la de todo el mundo.

El final de la carta es una larga exhortación acerca de la conducta apropiada de los cristianos, finalmente cerrando con una larga lista de saludos personales del apóstol y de sus compañeros de trabajo, incluyendo un tal Tercio, el escritor real de la carta, para muchos miembros de la Iglesia Romana, instando, una vez más, a la firmeza de la fe.

La carta a los Romanos, se lee en el leccionario litúrgico de la Iglesia durante las primeras semanas después de la fiesta de Pentecostés. Párrafos de esta carta se leen también en varias ocasiones litúrgicas, uno de las cuales, por ejemplo, es la liturgia sacramental del bautismo y la crismación (6:3-11).

PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

La primera comunidad cristiana de Corinto, no se destacó ni por su paz interior o su armonía, ni por el comportamiento ejemplar de sus miembros. Las dos cartas de San Pablo a los Corintios, que tenemos en el Nuevo Testamento, escritas a mediados de los años cincuenta del siglo primero, están llenas, no sólo con enseñanzas doctrinales y éticas, o con respuestas a preguntas y problemas concretos, sino también con reprimendas y castigos del autor, así como con numerosas defensas de su propia autoridad apostólica. Estas cartas demuestran claramente el hecho de que los primeros cristianos no eran todos santos, y que la Iglesia primitiva no experimentó menos dificultades de las que la Iglesia experimenta hoy en día o en cualquier otro momento de su historia en el mundo.

Después de un breve saludo y la palabra de gratitud a Dios por la gracia dada a los Corintios, la primera carta comienza con un llamado de San Pablo a la unidad en la Iglesia. Existían profundos desacuerdos y disensiones entre los miembros de la comunidad, y el apóstol exhorta a todos a estar totalmente unidos en Cristo crucificado, por el poder del Espíritu Santo, en quien no puede haber divisiones (1-3). A continuación defiende su apostolado en general, y su paternidad con respecto a

la iglesia de Corinto, en particular, los cuales estaban siendo atacados por algunos miembros de la Iglesia (4). A continuación, se aborda el problema de la inmoralidad sexual entre los miembros de la comunidad y al hecho de que iban a tribunales ante jueces paganos (5-6). Después de esto viene el consejo de San Pablo sobre el matrimonio cristiano y su asesoramiento en relación con la ingesta de alimentos ofrecidos a los ídolos (7-8). A continuación, una vez más, defiende su apostolado, haciendo hincapié en el hecho de que siempre se ha sustentado materialmente y no ha cargado a nadie.

Las divisiones y los problemas en la comunidad de Corinto se expresan más concretamente en las reuniones eucarísticas de la Iglesia. Hubo falta de respeto general y un abuso para con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y la práctica se había desarrollado en que cada grupo tenía su comida aparte. Estas divisiones se debieron en gran parte al hecho de que parte de la comunidad tenía ciertos dones espirituales, por ejemplo, los de alabar a Dios en lenguas desconocidas, y los consideraban como signos de superioridad sobre los demás. También hubo problemas causados por las mujeres en la Iglesia, que usaban la nueva libertad en Cristo para la ruptura y el desorden.

En su carta San Pablo pide respeto y discernimiento para con la Sagrada Eucaristía como el centro de la realización de la unidad de la Iglesia, que viene de Cristo mismo. Se advierte en contra de las divisiones en la Iglesia a causa de los diferentes dones espirituales, instando a la unidad absoluta de la Iglesia como el cuerpo de Cristo, que tiene muchos miembros, y muchos dones para la edificación de todos. Él insiste en la absoluta primacía y la superioridad del amor sobre todas las virtudes y dones, sin el cual todo se hace vacío y se destruye. Él llama a la moderación a los que tenían el don de Dios de alabar en lenguas extrañas, un don que obviamente presentaba un problema más grave, y pide que se ejerzan todos los dones y más en particular el de la enseñanza simple y directa de la Palabra de Dios en la Iglesia. Pablo hace un llamamiento a las mujeres para que cuiden la manera de vestir y el comportamiento propios de cristianos. Y, por último, insiste en que *“todos deben hacer las cosas decentemente y con orden”* (10-14).

La primera carta a los Corintios termina con un largo discurso sobre el significado de la resurrección de los muertos en Cristo que es el centro de la fe cristiana y la predicación. El apóstol concluye con un pedido de dinero para los pobres, y prometiendo una visita, una vez más insiste en la necesidad absoluta de la fuerza de la fe, humilde y sobre todo del amor.

SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

La segunda carta de San Pablo a los Corintios es una enumeración y una descripción detallada de sus sufrimientos y las pruebas de su apostolado. En esta carta, el apóstol, una vez más se defiende ante los corintios, algunos de los cuales reaccionaban muy mal ante su orientación e instrucción en la fe. Él defiende el *“dolor”* que le causan estas personas a causa de sus exhortaciones y amonestaciones con respecto a sus creencias y comportamientos, y los llama a escucharlo y seguirlo en su vida en Cristo.

De especial interés en la segunda carta, en adición al registro detallado de las actividades de San Pablo y todo lo que tuvo que soportar por el evangelio de Cristo, es la doctrina del Apóstol acerca de la relación de los cristianos con Dios a través de Cristo y del Espíritu Santo en la Iglesia. Digno de mención especial también, es la enseñanza apostólica sobre el significado de las Escrituras para los cristianos (3-4) y la enseñanza acerca de las contribuciones, y el dinero para la obra de la Iglesia (9).

La línea de cierre de la segunda carta a los Corintios, que, como todas las epístolas, forma parte del leccionario de la Iglesia, se utiliza en las liturgias de la Iglesia Ortodoxa en el canon eucarístico.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios (el Padre), y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (II Cor 13:14).

EL HIMNO AL AMOR DE SAN PABLO

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha. El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y el amor, estos tres. Pero el mayor de todos ellos es el amor.

(I Corintios 13)

GÁLATAS

La carta de San Pablo a los Gálatas, muy probablemente a los del sur de Galacia (Listra, Derbe, Iconio), fue enviada desde Antioquía a principios de los años cincuenta. En esta epístola el apóstol Pablo expresa su profundo enojo y angustia por el hecho de que los Gálatas, que habían recibido el verdadero Evangelio de Cristo por él, habían sido seducidos por la práctica de *“otro evangelio”* que para alcanzar la salvación del hombre requiere el ritual de la observancia de la ley del Antiguo Testamento, incluyendo la práctica de la circuncisión.

El corazón de esta carta *“a los gálatas insensatos”* (3:1) es la defensa intransigente de San Pablo de que su evangelio no es suyo, sino de Cristo, el evangelio de salvación, dado no por la ley, sino por la gracia y la fe en el Salvador crucificado que da el Espíritu Santo a todos los que creen. El apóstol hace hincapié en el hecho de que en Cristo y en el Espíritu hay libertad de la esclavitud de la carne, de la esclavitud de los espíritus del universo, y de la esclavitud de los requisitos rituales de la ley a través de los cuales nadie puede ser salvado. Para el verdadero *“Israel de Dios”* (6:16) en Cristo y en el Espíritu, hay libertad perfecta, filiación divina y una nueva creación. *“Los que son guiados por el Espíritu... no están bajo la ley”* (5:18)

La carta a los Gálatas se incluye en el leccionario litúrgico de la Iglesia, con la lectura de las famosas líneas del capítulo cuarto de la Epístola que la Iglesia Ortodoxa recita en la divina liturgia de Navidad (4:4-7). Esta carta también ofrece a la Iglesia el versículo que se canta en la procesión solemne de la liturgia del bautismo y la crismación, y que también sustituye el himno trisagio en La Divina Liturgia de las grandes fiestas de la Iglesia que una vez fueron las celebraciones de la entrada de los catecúmenos en la vida sacramental de la Iglesia: *“Vosotros que en Cristo os bautizasteis, de Cristo os revestisteis”* (Gal 3:27).

EFESIOS

Las cartas de San Pablo a los Efesios, Filipenses y Colosenses se llaman *“las epístolas de cautiverio”*, ya que fueron escritas por el apóstol durante su arresto domiciliario en Roma alrededor del año 60 d.C. En algunas fuentes más antiguas, la carta a los Efesios no contienen las palabras *“que están en Efeso”*, lo que conduce a algunos a pensar en la epístola como una carta general destinada a todas las iglesias.

El propósito de San Pablo, en la carta a los Efesios es compartir su *“conocimiento en el misterio de Cristo”* (3:4) y *“para aclarar a todos cuál es el plan de los siglos en Dios, Creador de todas las cosas...”* (3:9). En la primera parte de la carta, el apóstol trata de describir el misterio. Él usa muchas palabras en oraciones largas, llena de adjetivos, en su esfuerzo por cumplir con su tarea. Desafiando a un esquema ordenado, los puntos principales del mensaje son claros.

El plan de Dios para Cristo, antes de la fundación del mundo, es *“unir todas las cosas en él, las cosas en el cielo y las de la tierra”* (1:10). El plan se lleva a cabo a través de la crucifixión, la resurrección y la glorificación de Cristo en la diestra de Dios. Los frutos del plan de Dios se dan gratuitamente a todos los hombres por el don gratuito de Dios de la gracia, para Judíos y gentiles por igual, los que creen en el Señor. Se les da en el Espíritu Santo, en la única Iglesia de Cristo *“que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que llena todo en todo”* (1:23). En la Iglesia de Cristo, con las partes del cuerpo unidas y funcionando correctamente en armonía y unidad, el hombre crece en la verdad y en amor *“a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (4:12-16). Se gana el acceso a Dios el Padre por Cristo en el Espíritu convirtiéndose así en *“un templo santo del Señor... un lugar de morada de Dios”* (2:18-22), *“llenos de toda la plenitud de Dios”* (3:19).

En la segunda parte de la carta, San Pablo explica las implicaciones del *“gran misterio... Cristo y la Iglesia”* (5:32). Se insta a la sana doctrina y al amor, una verdadera conversión de vida, un final completo a toda impureza y a la inmoralidad y un compromiso total con la batalla espiritual. Se dirige a la Iglesia en su conjunto, esposos y esposas, padres e hijos, amos y esclavos. Él llama a todos a *“vestirse del hombre nuevo, creado a imagen y semejanza de Dios en justicia y santidad de verdad”* (4:24).

La carta a los Efesios encuentra su lugar en el Leccionario litúrgico de la Iglesia con las bien conocidas líneas del quinto capítulo en la lectura de la Epístola durante la celebración sacramental del matrimonio (5:21-33).

FILIPENSES

Como ya hemos mencionado, la carta de San Pablo a los Filipenses fue escrita en el momento de su detención en Roma. Se trata de una carta íntima del apóstol a los que él amaba sinceramente en el Señor, los que fueron sus compañeros fieles en el Evangelio *“desde el primer día hasta ahora”* (1:5). En esta carta, San Pablo expone los sentimientos más personales de su mente y el corazón al ver la proximidad del fin de su vida. También elogia a la Iglesia de Filipos como un modelo de comunidad cristiana en todos los sentidos, anima e inspira a sus miembros queridos a quienes él llama su *“gozo y corona”* (4:1) a que su *“amor abunde aun más y más en el conocimiento y el discernimiento”*, por lo que *“puedan aquilatar lo mejor para ser puros y sin tacha para el Día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”* (1:10-11).

Tiene especial importancia en la carta a los Filipenses, además de la mención de los *“obispos y diáconos”* (1:1), que apunta a desarrollar la estructura de la Iglesia, el tema del anonadamiento (*kénosis*) de Cristo que es la lectura de la Epístola que hacemos para la fiesta de la Navidad.

LA CARTA DE SAN SANTIAGO

De acuerdo con la Tradición eclesial, la carta de Santiago no fue escrita por uno de los apóstoles, sino por el *"hermano del Señor"*, que fue el primer obispo de la Iglesia en Jerusalén (cf. Hch 15, Gal 1:19). La carta está dirigida a *"las doce tribus en la dispersión"* que probablemente significa los cristianos no miembros de la Iglesia de Jerusalén.

El objetivo principal de la carta de Santiago es instar a los cristianos a permanecer firmes en la fe y hacer esas obras que son requeridas por la *"ley perfecta"* de Cristo que es la *"ley de la libertad"* (1:25, 2:12). Su objetivo es corregir la falsa opinión de que debido a que los cristianos son liberados de los trabajos rituales de la ley de Moisés a través de la fe en Cristo, no es necesario hacer buenas obras en absoluto y no están sujetos a ninguna ley en absoluto. Así, el autor escribe muy claramente en contra de la doctrina de la salvación por la *"fe sola"*, sin las buenas obras que el creyente debe necesariamente llevar a cabo si su fe es genuina.

¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: «Tengo fe», si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Idos en paz, calentaos y hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta. Y al contrario, alguno podrá decir: "¿Tú tienes fe?"; pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe. ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril? Abraham nuestro padre ¿no alcanzó la justificación por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y, por las obras, la fe alcanzó su perfección? Y alcanzó pleno cumplimiento la Escritura que dice: Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia y fue llamado amigo de Dios." Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente. (Santiago 2:14-24)

La primera de las buenas obras en que la carta insiste con más vehemencia es la obra de honrar y servir a los pobres y humildes, sin parcialidad y sin codicia egoísta que es la causa de todas las guerras y las injusticias entre los hombres (2:1-7). El autor está apasionadamente en contra de cualquier *"amistad con el mundo"*, que hace del hombre un *"enemigo de Dios"* a causa de la codicia (4:1-4). Él llama a los ricos a *"llorar y dar alaridos por las desgracias que sobrevendrán"* para ellos a causa de los *"lujos y placeres"*, que se han logrado a expensas de otros que han explotado (5:1-6).

Junto con su desprecio a la riqueza, Santiago enseña la absoluta necesidad de *"refrenar la lengua"*, el *"pequeño miembro"*, que es un *"fuego"* que el hombre utiliza para presumir, calumniar, condenar, maldecir, mentir y hablar mal en contra de sus hermanos, *"contamina todo el cuerpo"* y *"pone en llamas todo el ciclo de la naturaleza"* (3:1-12).

"Si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua, sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana. La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo. (Santiago 1:26-27)

La enseñanza de la carta de Santiago que *"toda buena dádiva y todo don perfecto procede de arriba del Padre de las luces"* (1:17) se ha convertido en parte de la oración de despedida en La Divina Liturgia de la Iglesia Ortodoxa. La carta de Santiago también ofrece a la Iglesia la lectura de la primera Epístola en el sacramento de la unción de los enfermos.

“¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados. La oración ferviente del justo tiene mucho poder. (5:13-16)

LAS CARTAS DE SAN PEDRO

La mayoría de los estudiosos modernos no creen que San Pedro en realidad escribió las dos cartas que llevan su nombre. Consideran que la primera carta procede de finales del siglo primero y la segunda carta de la primera mitad del siglo II. La Tradición de la Iglesia, sin embargo, mantiene el testimonio de las cartas, atribuyéndolas al principal líder entre los apóstoles de Cristo que escribe desde “Babilonia”, que era el nombre que la Iglesia primitiva daba a Roma, en vísperas de su martirio en la segunda mitad del primer siglo (ver I Pe 5:13, II Pe 1:14).

La primera carta de san Pedro es una súplica apasionada a todo el “Pueblo de Dios” a ser fuerte en sus sufrimientos en la imitación de Cristo y juntamente con él, manteniendo “la buena conducta entre los gentiles”, sometiéndose a sí mismos sin malicia ni rencor a “toda institución humana por amor del Señor” (2:11-13).

Especiales instrucciones y exhortaciones a la piedad se dirigen primeramente a toda la Iglesia, que es un “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (2:9), y luego a su vez a los esclavos (2:18), a los esposos y esposas (3:1-7) y a los presbíteros (los ancianos), a quien el autor, como un “presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo”, llama a “cuidar el rebaño de Dios... no por fuerza, sino voluntariamente, no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto, no como teniendo señorío sobre los que en (su) cargo, sino siendo modelos de la grey” (5:1-4).

A lo largo de la carta, la analogía es constante entre los sufrimientos de Cristo y los sufrimientos de los cristianos, que son para su salvación.

“¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia; el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados. Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas. (I Pe 2:20-25)

La segunda carta de San Pedro es a veces considerada como un sermón dirigido a aquellos que fueron bautizados recientemente en la fe cristiana. El autor desea antes de su muerte “despertar... a modo de recordatorio” (1:13, 3:1) lo que Dios ha hecho por aquellos que son llamados, para que puedan “escapar de la corrupción que hay en el mundo a través de la pasión, y se conviertan en partícipes de la naturaleza divina” (1:3-4). Advierte contra la aparición de “falsos profetas” y “burladores”, que conducen a los elegidos por el mal camino por sus “herejías destructoras” y la negación del “Señor que

los rescató” lo que provoca que caigan de nuevo a una vida de pecado y la ignorancia como “*el perro que vuelve a su vómito y la puerca que después de lavarse, vuelve a revolcarse en el lodo*” (2:1-22, 3:1-7). El autor hace especial advertencia contra la perversión de las Sagradas Escrituras, tanto las del Antiguo Testamento y las de San Pablo “*que los indoctos e inconstantes tuercen para su propia perdición*” (3:16, 1:20).

El tercer capítulo de la segunda carta de San Pedro, a veces se interpreta erróneamente como la enseñanza de la destrucción total de la creación por parte de Dios en el fin del mundo. La interpretación ortodoxa es que sólo el pecado y el mal se “*disuelven con fuego*” en el “*día de Dios*”, y los “*cielos nuevos y tierra nueva en que habite la justicia*” será el mismo “*muy buen*” mundo de la creación original de Dios, pero purificada, renovada y limpia de todo lo que es contrario a su divina bondad y santidad (3:8-13).

La reminiscencia en la segunda carta de San Pedro acerca de la transfiguración de Cristo es la lectura de la Epístola en la fiesta de la Iglesia de este evento sagrado (1:16-18). Las lecturas de las dos cartas se encuentran en el leccionario de la Iglesia, con partes de la primera carta que se lee en la vigilia de la fiesta de los Santos Pedro y Pablo.

LAS CARTAS DE SAN JUAN

Las tres cartas de San Juan fueron escritas por el apóstol amado del Señor, quien también escribió el cuarto evangelio. Estos fueron escritos al final del primer siglo y tienen como tema general una polémica contra los herejes “*anticristos*” que estaban cambiando las doctrinas de Cristo y negaban su genuina apariencia “*en la carne*” para la salvación del mundo, negando por lo tanto, “*al Padre y al Hijo*” (I Jn 2:22, 4:03, II Jn 7).

La primera carta de San Juan es la exposición más simple y más profunda de la fe cristiana que existe. Su claridad con respecto a la Santísima Trinidad y a la vida cristiana de verdad y de amor en la comunión con Dios hace que sea comprensible sin dificultad a cualquier persona que la lee. Es el mejor lugar para comenzar un estudio de la fe cristiana en general, y la Biblia en particular.

La primera carta comienza de la misma manera que el evangelio de San Juan al que es muy similar en todo su contenido y estilo.

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.”

La primera carta de San Juan proclama que Jesús es verdaderamente “*el Cristo*”, el Mesías e Hijo de Dios que ha venido “*en la carne*” al mundo como “*la expiación de nuestros pecados, y no nuestros, sino también por los pecados del mundo entero*” (2:2). Aquellos que creen en Cristo y están en comunión con Él y su Padre reciben el perdón de los pecados y tienen la posibilidad de no volver a pecar más (1:05-2:12). Ellos “*caminan de la misma forma en que él caminó*” (2:6) siendo los “*hijos de Dios*” (3:1, 5:1). Ellos saben la verdad por la inspiración directa de Dios a través de la unción (crisma) del Espíritu Santo (2:20-26; 6:7). Guardan los mandamientos de Dios, el primero y el más grande que es el del amor, y de esa manera son los recipientes de la vida eterna, ya que Dios el Padre y Cristo el Hijo habitan en ellos, “*por el Espíritu que Él nos ha dado*” (2:24-3:24).

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. (4:7-16)

El odio a los demás es el signo seguro de que uno no ama a Dios (4:20) y que está *“aún en las tinieblas”* (2:9-11). El que odia a su hermano es *“un asesino, y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna en él”* (3:15). Aquellos que aman a Dios son odiados por el mundo que está en poder del maligno (5:19, 2:15-17).

La primera carta de San Juan forma parte del leccionario de la Iglesia, con una selección especial de lo que se lee en la fiesta del apóstol Juan.

La segunda carta de san Juan se dirige a la *“señora elegida y a sus hijos”*, que es, obviamente, la Iglesia de Dios y sus miembros. Una vez más se hace hincapié en la verdad de Cristo y en el mandamiento del amor.

“Y en esto consiste el amor: en que vivamos conforme a sus mandamientos. Este es el mandamiento, como lo habéis oído desde el comienzo: que viváis en el amor. Muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Ese es el Seductor y el Anticristo. Cuidad de vosotros, para que no perdáis el fruto de nuestro trabajo, sino que recibáis abundante recompensa. Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. (6-9)

La tercera carta de san Juan se dirige a un tal Gayo, elogiándolo por la *“verdad de su vida”* (3) e instándole a no imitar el mal, sino a imitar lo bueno (11). *“No experimento mayor alegría que esta”*, escribe el apóstol amado *“oír que mis hijos siguen la verdad”* (4).

LA CARTA DE SAN JUDAS

Se ha cuestionado si *“Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago”*, que escribió la carta de San Judas es el *“Judas, el hermano de Santiago”* (Lc 6:16, Hechos 1:13), uno de los doce apóstoles, *“no el Iscariote”* (Jn 14:22). En la Tradición de la Iglesia, los dos por lo general han sido identificados como la misma persona.

La carta de San Judas es una epístola general que el autor *“se vio en la necesidad de escribir a aquellos que son llamados”* apelando a ellos *“para contender por la fe que ha sido dada a los santos de una vez para siempre”* (1-3).

“Porque se han introducido solapadamente algunos que hace tiempo la Escritura señaló ya para esta sentencia. Son impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan al único Dueño y Señor nuestro Jesucristo”. (4)

Estos “burladores”, algunos de los cuales los fieles pueden ser capaces de salvar “al arrebatarnos del fuego” (23), son los que “mancillan la carne, rechazan la autoridad y maldicen las potestades superiores” (8). Ellos son los que siguen sus pasiones impías... (y) crean divisiones, gente del mundo que carece del Espíritu” (18-19) que ha entrado en la Iglesia.

Judas ordena a aquellos que son fieles a resistir a los impíos.

“Pero vosotros, queridos, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, manteneos en la caridad de Dios, aguardando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna”. (20-21)

De especial interés en la carta tenemos que a veces se lee en la Iglesia la mención del arcángel Miguel (9), así como de los ángeles malos “que no guardaron su propia posición sino que abandonaron su propia morada (con Dios) y los tiene guardados por Él en prisiones eternas, bajo tinieblas para el gran día del juicio” (6). En términos generales, hay un tono apocalíptico definitivo en la carta de San Judas.

EL LIBRO DE LA REVELACIÓN

El libro de las Revelaciones, también llamado Apocalipsis, que significa que se ha revelado, y también llamado el Apocalipsis de San Juan, tradicionalmente se considera obra del apóstol del Señor, quien más tarde escribió el cuarto evangelio y las cartas. Está fechado en el medio de la última mitad del primer siglo.

San Juan recibió su visión “en la isla llamada Patmos”. Era “en el Espíritu en el día del Señor”, cuando recibió la orden de Dios de escribir las cartas “a las siete iglesias de Asia” (1:4-10). Cada uno de los siete mensajes contiene las palabras de Cristo para la iglesia específica (2-4).

Después de las siete cartas en el libro de Apocalipsis, el apóstol recoge su visión de Dios en su trono en el cielo en el que sin cesar cantan los ángeles, las “criaturas vivientes”, y “los veinticuatro ancianos”: “Santo, santo, santo, el Señor Dios Todopoderoso, el que era y es y ha de venir” (4).

Luego sigue las profecías de los siete sellos y de los siete ángeles (5-11), y las visiones de la “mujer vestida del sol” y de Miguel y sus ángeles que participan en la batalla contra el “dragón” (12). Luego vienen las imágenes de la “bestia que sube del mar” y la “otra bestia que sube de la tierra” (13). Luego viene la visión del Cordero y de los que son salvados por Dios, con los ángeles que vienen a la tierra desde el cielo que lleva sus “copas de ira” (14-16). La imagen de la “gran ramera” continúa (17), con la última profecía sobre la caída de la “gran Babilonia” (18). El final del libro del Apocalipsis describe la visión maravillosa de la salvación, con la multitud de los bienaventurados “...que son invitados a la cena de las bodas del Cordero” en medio de la gran asamblea celestial de ángeles que cantan glorias a Dios y a Jesús, su Verbo y su Cordero, el Alfa y la Omega, el Rey de reyes y el Señor de los señores. Esta es la imagen del Reino de Dios y de Cristo, la Jerusalén celestial predicha por los profetas de la antigüedad en el que los justos reinarán para siempre con Dios (19-22).

“¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado (19:6-7)

“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: “Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él Dios con ellos, será su Dios.

Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado". (21:1-4)

"Entonces dijo el que está sentado en el trono: "Mira que hago un mundo nuevo." Y añadió: "Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas". (21:5)

"Me dijo también: "Hecho está: yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis. Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí. (21:6-7)

Hubo una cierta vacilación por parte de la Iglesia primitiva para incluir el libro de Apocalipsis en las escrituras canónicas del Nuevo Testamento. La razón de esto era, obviamente, la gran dificultad de interpretación de los símbolos apocalípticos del libro. Sin embargo, ya que el documento lleva el nombre del apóstol Juan, y debido a que fue inspirado por el Espíritu Santo para la instrucción y edificación de la Iglesia, llegó a ser el último libro que aparece en la Biblia, aunque nunca se lee en la liturgia la Iglesia Ortodoxa.

De hecho, es difícil interpretar el libro de Apocalipsis, especialmente si uno no está familiarizado con las imágenes y los símbolos de los escritos apocalípticos de la Biblia, que pertenecen al Antiguo Testamento, y de la tradición judeo-cristiana. Existe, sin embargo, un enfoque tradicional a la interpretación de la obra dentro de la Iglesia, la cual ofrece una idea de su significado para los fieles.

El método equivocado de interpretar el libro de Apocalipsis es dar algún tipo de significado exclusivo de sus muchas visiones, equiparándolas con los acontecimientos históricos específicos y concretos y de las personas, y no entendiendo el significado simbólico de las muchas imágenes que utiliza el autor de las distintas fuentes bíblicas y tradicionales.

En primer lugar, las cartas a las siete iglesias tienen tanto una perspectiva histórica y un significado universal. Los mensajes son claros y siguen siendo pertinentes a las situaciones que siempre han existido en la Iglesia y que hoy existen. Por ejemplo, muchas antiguas iglesias de todas las épocas de la historia pueden ser identificadas con la Iglesia de Éfeso. Aquellos bajo persecución se pueden comparar con la Iglesia de Esmirna. Y no son pocos, los que se pueden comparar con la Iglesia de Laodicea. Las siete cartas quedarán para siempre como "*prototipos*" de las iglesias que existen hasta la venida del reino de Cristo.

Las visiones y las profecías del cuerpo principal del libro de Apocalipsis presentan grandes dificultades, pero sobre todo para aquellos intérpretes que intentan aplicarlas a uno u otro acontecimiento histórico o a personas particulares. Si la visión general y las profecías del libro se ven como revelación de la correlación entre los acontecimientos "*en el cielo*" y eventos "*en la tierra*", entre Dios y el hombre, entre los poderes de la bondad y los poderes del mal, entonces, a pesar de muchas dificultades, obviamente, permanecen algunos problemas pero también inmediatamente desaparecen otros.

En el libro de Apocalipsis uno llega a entender que el Reino de Dios está siempre por encima de todo y ante todo. Se ve así que la batalla entre el justo y el mal se está librando constantemente. Siempre hay fieles que pertenecen al Cordero, y son coronados y vestidos por él por sus victorias. No son siempre las "*bestias*" y "*dragones*", los que deben ser derrotados. La "*gran ramera*" y la "*gran Babilonia*" serán destruidas para siempre. La "*Jerusalén celestial*" perpetuamente está aproximándose, y un día vendrá y la victoria final será completa.

Uno se da cuenta también que hay una universalidad y una finalidad con los símbolos y las imágenes del libro de Apocalipsis, un significado que se aplicará a lo que ya ha sido revelado en las Escrituras del Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, la imagen de Babilonia es siempre la imagen de toda sociedad que lucha contra Dios, cada cuerpo de personas unidas en la maldad y la carnalidad. La imagen de la prostitución también se aplica universalmente a todos los que están

corrompidos por sus pasiones y deseos, infieles a Dios que los ha hecho y los ama. La numerología simbólica también se mantiene constante, con el número 666 (13:18), por ejemplo, que simboliza la depravación total, a diferencia del 7, que es el símbolo de plenitud, y la cifra de los 144.000 (14:3) es el símbolo de la totalidad y el número de los salvados, el resultado de la multiplicación de 12 por 12, el número de las tribus de Israel y los apóstoles de Cristo. De este modo, a través de las imágenes del libro de Apocalipsis, uno penetra la profundidad de las realidades espirituales universales que se revelan superiores a cualquier realidad terrena en particular. La comprensión del significado de la obra depende de la inspiración de Dios y la pureza de corazón de aquellos que tienen ojos para ver y oídos para oír y mentes dispuestas y capaces de entender.

En la Iglesia Ortodoxa, el libro de Apocalipsis tiene un gran significado litúrgico. El culto de la Iglesia tradicionalmente, y muy conscientemente, se ha modelado siguiendo las realidades divinas y eternas reveladas en este libro. La oración de la Iglesia y la celebración de su mística son uno con la oración y la celebración del reino de los cielos. Por lo tanto, en la Iglesia, con los ángeles y santos, a través de la Palabra de Cristo y el Cordero, inspirado por el Espíritu Santo, los fieles creyentes de la asamblea de los salvados adoran perpetuamente a Dios, el Padre Todopoderoso.

El libro de Apocalipsis, aunque nunca se lee en la Iglesia ortodoxa, da testimonio de la realidad divina que es la misma vida de la Iglesia.

El Espíritu y la Novia dicen: "¡Ven!" Y el que oiga, diga: "¡Ven!" Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida.

"Sí, vengo pronto." ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!



VII - LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

LA PALABRA Y EL ESPÍRITU

Es el testimonio constante de la Biblia y de la Iglesia que Dios actúa en el mundo a través de su Palabra y de su Espíritu.

Dios creó todas las cosas por su Palabra y su Espíritu. Él creó al hombre a su imagen y semejanza para que participe de su Palabra y viva por su Espíritu. Todo el pueblo santo de Dios recibió la Palabra y el Espíritu de Dios. Los patriarcas, los profetas y los apóstoles proclamaron la Palabra que vino a ellos de parte de Dios por el Espíritu de Dios. La ley de Moisés y los profetas, los salmos y todas las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento son la Palabra de Dios, escrita e interpretada por los hombres a través del Espíritu de Dios. Siempre y en todas partes en la Biblia y en la Iglesia, Dios se revela y actúa en el hombre y el mundo por su Palabra y su Espíritu.

La afirmación central de la fe cristiana y la esencia misma de su Evangelio y vida es que la Palabra de Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel y Señor y Salvador del mundo. Jesús de Nazaret es la Palabra divina de Dios hecha hombre. Él es la Palabra personal de Dios que estaba *“en el principio con Dios”*, el Verbo *“por quien todo fue hecho”* (Jn 1:2). Él es la Palabra increada de Dios de acuerdo a cuya imagen todos los hombres son creados. Él es la Palabra de Dios que vino a los patriarcas y los profetas, y que se encarna en la Biblia en forma escrita. Él es la Palabra de Dios, que murió en la cruz y resucitó de entre los muertos. Él es la Cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo, y el Rey del Reino de Dios. Él es la Palabra de Dios con quien y por quien viene el Espíritu Santo al mundo.

El Espíritu Santo de Dios viene personalmente a los hombres desde el Padre por medio de Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado. Él viene a aquellos que creen en Cristo y le pertenecen a Él por la fe, el arrepentimiento y el bautismo en Su Iglesia. Él es el Espíritu que descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, que también es el Ser por cuyo poder el mundo fue creado, y sigue existiendo. Él es el Espíritu soplado en los hombres por Dios para hacerlos vivir de acuerdo a su semejanza divina. Él es el Espíritu que inspiró la Ley, los profetas y la Sagrada Escritura completa, que previó su producción y prevé su conservación, así como su interpretación en la vida de los fieles. Él es el mismo Espíritu Santo que habita en la Iglesia, haciendo posible la plenitud de su vida sacramental y espiritual. Él es el Espíritu de Dios que, por su presencia con los hombres en el mundo, es la promesa del Reino de Dios por venir. Él es el Espíritu Santo de Dios que un día, en el Día del Señor, llena toda la creación con la presencia de Dios.

Por lo tanto, toda la creación, la salvación y la glorificación del mundo, la totalidad de lo que llamamos la *“historia de la salvación”*, dependen de Dios, de su Palabra y su Espíritu, la Santísima Trinidad, que en la Iglesia y en el Reino *“lo llena todo en todos”* (Ef 1:23).

LA PREHISTORIA

La Biblia comienza con la historia de la creación y la realización del hombre. Aunque la Biblia a menudo enumera las generaciones de los hombres desde la creación de Adán (Crónicas 1:01, Lc 4:38), la historia de la salvación, en el sentido más apropiado, comienza con Abraham, el antepasado de Israel y el primer antepasado de Cristo, *“según la carne”*.

La historia de la creación, y específicamente de la creación de Adán y Eva, da la revelación divina acerca de la soberanía absoluta de Dios sobre toda la creación. Allí se habla de la bondad de todas las cosas que existen, y la superioridad del hombre sobre los demás seres. Se muestra cómo el origen del mal no está en Dios, sino en su criatura más perfecta que comete el acto libre del pecado que trae la maldad y la muerte al mundo. Los capítulos 1 al 11 del Génesis se llaman la *“prehistoria”* de la salvación, ya que con pocas excepciones, como la del justo Noé, estos capítulos son casi exclusivamente los registros del pecado. Los mismos hablan de la rebelión original del hombre contra Dios, y hablan del primer acto de los hijos del hombre: el asesinato fraternal. Estos capítulos registran la tristeza de Dios en la creación del mundo cuando *“vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de su corazón era de continuo solamente el mal”*, y que la tierra era *“corrupta... llena de violencia... y que toda carne había corrompido su camino sobre la tierra”* (Génesis 6:5-12). Los capítulos terminan con el relato de un signo de la imprudencia final de hombres que buscaban *“hacerse un nombre por sí mismos”* mediante la construcción de *“una torre que llegara a los cielos”* (Gen 11:4). A través de la historia de la torre de Babel se muestra la arrogancia del hombre que da lugar a la división entre las naciones y la dispersión de los hombres *“sobre la faz de toda la tierra”* (Gen 11:9).

La prehistoria de la salvación, la historia del pecado, es el primer relato simbólico sobre la salvación en Cristo. Los acontecimientos de estos primeros capítulos de la Biblia, antes del llamado de Abraham, encuentran su adecuada interpretación de los acontecimientos salvíficos de la venida de Cristo y del Espíritu Santo en la alianza nueva y definitiva de Dios con su pueblo.

Cristo es el verdadero Adán. El Adán original no era más que *“una figura de lo que había de venir”* (Rom 5:14).

“Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste”. (1 Corintios 15:21-22, 45-49).

La palabra *“Adán”* en hebreo proviene de *“Adamah”*, que significa tierra. La palabra Cristo, en hebreo, Mesías, significa *“el ungido”* de Dios. Como Cristo es el nuevo Adán, por lo que su madre María es la nueva Eva, porque ella es la verdadera *“madre de todos los vivientes”*, que es el significado del nombre dado a la original *“ayuda”* del hombre (Gen 3:20). El simbolismo bíblico continúa con la Iglesia de Cristo como la verdadera *“arca de salvación”* en el que *“todos los seres vivos”* son salvados (Gen 6:14, I Pe 3:20-22). Y los eventos de Pentecostés revierten la tragedia de Babel, cuando a través de la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia de Cristo, todas las divisiones nacionales se superan y todos los hombres *“sobre la faz de toda la tierra”* se unen a Dios en Cristo. Así, la prehistoria del pecado del hombre es el relato simbólico de la justicia de Dios que se realiza en Cristo, el *“hijo de Abraham”* en cuyos hijos todas las familias de la tierra son bendecidos por Dios (Gen 12:3).

ABRAHAM

La historia de la salvación, propiamente dicha, comienza con Abraham, a quien Dios llama “Abraham”, que significa “padre de una multitud”. Abraham fue el primer patriarca del pueblo de Israel. El patriarca es una palabra que significa “padre de las gentes”. En la persona y la vida de Abraham, los acontecimientos centrales de la salvación del mundo, llevados a cabo por Cristo en el Nuevo Testamento, han sido prefigurados.

Dios hizo la primera promesa de la salvación a todos los pueblos de la tierra a Abraham, con quien Él también hizo su pacto de fidelidad para siempre.

“El Señor dijo a Abram: Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y haré famoso tu nombre, por lo que serás una bendición... y en ti todas las familias de la tierra serán bendecidas” (Gen 12:1-3, véase también 17:1-8, 22:1-18).

El cumplimiento de la promesa a Abraham se realiza en Jesucristo. Él es el descendiente del primer padre de Israel en el que todas las familias de la tierra son bendecidas. De este modo, María, la Madre de Jesús, canta en su tiempo de espera hasta el nacimiento del Salvador, que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque el cumplimiento de la promesa de Dios ha venido “como habló a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre” (Lc 1:55, véase también la canción de Zacarías en Lc 1:67-79). A lo largo del Nuevo Testamento se hace la mención una y otra vez de que la promesa de Dios a Abraham se cumple en Jesús.

“Pues bien, las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice: “y a los descendientes”, como si fueran muchos, sino a uno solo, a tu descendencia, es decir, a Cristo”. (Gal 3:16)

La fe de Abraham es el prototipo de los que en Cristo somos salvos por la fe. El Nuevo Testamento hace hincapié en la fe como necesaria para la salvación. El modelo de esta fe es Abraham.

“Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia” (Gen 15:6, Rom 4:3).

La fe de Abraham se unió a sus obras, y se expresó en sus obras.

“Abraham nuestro padre ¿no alcanzó la justificación por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y, por las obras, la fe alcanzó su perfección? Y alcanzó pleno cumplimiento la Escritura que dice: Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia y fue llamado amigo de Dios. Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente. (San 2:21-24).

Dios probó a Abraham ordenándole que sacrificara a su amado hijo Isaac como sacrificio. Abraham creyó y confió en Dios. Él obedeció su voluntad, y se fue al monte a matar a su hijo. Dios lo detuvo y puso un carnero en lugar de Isaac, diciendo: *“porque ya conozco que temes a Dios, al ver que no me rehusaste tu hijo, tu único hijo, a mí”* (Gen 22:12). A continuación, una vez más, Dios hizo la promesa de que *“en tu simiente todas las naciones de la tierra serán benditas...”* (Gen 22:18).

El sacrificio de Isaac no es sólo un testimonio de la fe de Abraham. También es la señal original que Dios mismo hace lo que no permite al primero y principal en su pueblo a hacer. No pone ningún carnero en lugar del Hijo de Dios, Su único Hijo Jesús, cuando Él es sacrificado en la cruz por los pecados del mundo.

El sacerdocio perfecto de Cristo es también prefigurado en la vida de Abraham. Es el sacerdocio de Melquisedec, el Rey de la Paz. Es el sacerdocio en el que la ofrenda es el pan y el vino. Es el sacerdocio, que es anterior al de los levitas, y que es el del Mesías, que es *“sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”* (Sal 110:4, Heb 5.10).

“De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec. (Hebreos 5:5-10)

“En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de la derrota de los reyes, y le bendijo, al cual dio Abraham el diezmo de todo, y cuyo nombre significa, en primer lugar, “rey de justicia” y, además, rey de Salem, es decir, “rey de paz”, sin padre, ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. (Hebreos 7:1-3)

La más sublime de las revelaciones del Nuevo Testamento, la de la Santísima Trinidad, también fue prefigurada en la vida de Abraham. Esta es la famosa visita de los tres ángeles de Dios a Abraham en el encinar de Mambré.

“Y el Señor se le apareció en el encinar de Mambré, mientras estaba sentado en la puerta de su tienda en el calor del día. Levantó los ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban delante de él. Cuando él los vio, salió corriendo de la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y le dijo: “Mi señor, si he hallado gracia ante tus ojos, no pases por tu siervo. He aquí un poco de agua, y lava tus pies y descansa bajo el árbol, mientras voy a buscar un bocado de pan, para que se refresquen, y después usted podrá pasar... ya que han llegado a tu siervo. Ellos dijeron: Haz lo que has dicho (Gen 18:1-5).

Abraham se dirige a los tres ángeles en singular, llamándolos Señor. Comen en su presencia y predicen el nacimiento de Isaac de Sara en su vejez. En esta visita de Dios a Abraham, la Iglesia Ortodoxa considera que se prefigura la plena revelación de la Santísima Trinidad que se da en el Nuevo Testamento.

Debido a que no puede haber una representación de Dios el Padre y el Espíritu Santo en forma humana, la iconografía ortodoxa tradicionalmente ha pintado la Santísima Trinidad en la forma de los tres ángeles que fueron a visitar a Abraham. El icono más famoso de la Santísima Trinidad, el que se utiliza a menudo en la Iglesia en la fiesta de Pentecostés, es el de San Andrés Rublev, un discípulo de San Sergio de Radonezh de Rusia del siglo XIV.

Así, la salvación del mundo que ha venido en Cristo fue prefigurada en la vida de Abraham, así también como la doctrina cristiana sobre la fe y las obras y las revelaciones cristianas sobre el sacrificio, el sacerdocio, e incluso la Santísima Trinidad. En verdad, en todos los aspectos de la vida de Abraham el pacto final en Cristo, el Mesías, fue anunciado y predicho.

LA PASCUA

El evento central de la historia total del Antiguo Testamento es la Pascua y el éxodo.

El hijo de Abraham, Isaac fue el padre de Jacob, a quien Dios dio el nombre de Israel, que significa *“el que lucha con Dios”* (Gen 32:28). Dios renovó su promesa a Isaac y a Jacob, y continuó la alianza con ellos como lo había hecho con Abraham.

Jacob tuvo doce hijos que se convirtieron en los líderes de las doce tribus de Israel. Los hijos de Jacob vendieron a su joven hermano José a la esclavitud en Egipto. Con la ayuda de Dios, José ganó el favor del faraón egipcio y se convirtió en un gran hombre en Egipto. En épocas de hambruna, los hermanos de José llegaron a Egipto en busca de alimentos. José los reconoció y trajo a todo el pueblo de Israel a Egipto con él. Cuando José murió, el pueblo de Israel fue esclavizado por los egipcios durante cuatrocientos años (Ver Gen 24-50)

Dios levantó a Moisés para sacar a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Él se apareció a Moisés en la zarza ardiente y le reveló su nombre a él.

“Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a vosotros”. Siguió Dios diciendo a Moisés: “Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación.” (Éxodo 3:14-15)

Moisés regresó a Egipto y después de muchas pruebas ante el faraón egipcio y muchas plagas, que Dios envió sobre los egipcios, sacó al pueblo de Israel de la esclavitud. El éxodo, que significa el escape o la salida, de Egipto se llevó a cabo en la noche llama de la Pascua.

Dios, por medio de Moisés, ordenó a los israelitas que seleccionaran los corderos, para matarlos y poner un poco de sangre en los dos postes y el dintel de sus casas. De pie, vestidos y listos para escapar, fueron a comer los corderos en esa noche.

“Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua del Señor. Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo el Señor. Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y verá la sangre y pasará de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto. (Ex 12:11-13)

Así fue que la Pascua y el éxodo se llevaron a cabo. A medianoche el Señor mató a los primogénitos egipcios. Las casas marcadas con sangre se salvaron porque el Señor pasó por encima. Durante el tumulto, los israelitas comenzaron a escapar. Ellos hicieron su éxodo a través del Mar Rojo. En ese momento, los jinetes egipcios fueron en su persecución; frente al mar, Moisés oró a Dios. Alzó la vara sobre las aguas y *“el mar se retiró por un recio viento oriental que corrió toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas.”* (Éxodo 14:21) Los israelitas cruzaron el mar a pie. Los carros de los egipcios que los perseguían fueron capturados en las aguas y se ahogaron.

“E Israel vio la gran obra que el Señor hizo contra los egipcios, y el pueblo temió al Señor, y creyeron en el Señor y en Moisés su siervo”. (Éxodo 14:31)

En el desierto, en el otro lado del mar, el pueblo de Israel comenzó a quejarse. No había comida ni bebida en el desierto. Moisés oró al Señor, que proporcionara agua para que beba el pueblo y maná, el *“pan del cielo”*, para que la gente comiera (Éxodo 15-16) Dios guió al pueblo a través del desierto por medio de una nube y una columna de fuego.

En el monte Sinaí, Moisés recibió los Diez Mandamientos y las leyes de la moral y del culto del Señor, pues *“hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo”* (Éxodo 33:11). A Moisés se le permitió contemplar la gloria del Señor en el humo y entre las nubes en la cima de la montaña y él mismo brilló con la majestad de Dios (Éxodo 34:29).

A Moisés no se le concedió cruzar el Jordán y entrar a la tierra prometida. Murió y fue enterrado cerca del Monte Nebo, en la tierra de Moab. Allí es donde él miró a través del río Jordán a la tierra prometida, donde su sucesor Josué dirigió al pueblo.

La pascua y el éxodo son los eventos centrales en la historia israelita. Es recordado en todas las generaciones como el gran signo de la fidelidad de Dios y del favor por su pueblo. Fue cantado en los salmos, y recordado por los profetas. Se celebra anualmente, junto con Pentecostés, la fiesta principal del pueblo de Dios. Y, en consecuencia, también fue el evento principal del Antiguo Testamento que se cumple a la perfección y en la eternidad en el tiempo de Cristo, el Mesías de Dios.

En Jesucristo, el significado y el propósito universal de la Pascua y del éxodo se revela y se realiza. Jesucristo es él mismo la Nueva Pascua. Él es el Cordero de la Pascua, que es ofrecido por la liberación de todos los hombres y del mundo entero de los poderes del mal. El verdadero *“faraón”* es el diablo. Él tiene a todos los hombres bajo esclavitud. El libertador real es Jesús. Salva al pueblo de la cautividad del pecado y de la muerte en la *“tierra prometida”* del Reino de Dios.

Como la gente pasa a través del desierto de la vida en este mundo, son alimentados por Jesús, el verdadero pan de vida, el verdadero *“pan del cielo”*.

“Jesús les respondió: “En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo”.

Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Les dijo Jesús: “Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Pero ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis. Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; porque he

bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado; que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día." Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: "Yo soy el pan que ha bajado del cielo." Y decían: "¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?" Jesús les respondió: "No murmuréis entre vosotros. "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae; y yo le resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo." Discutían entre sí los judíos y decían: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre."

(Juan 6:32-58)

Jesús no sólo es el verdadero "pan del cielo", Él es también la verdadera "agua viva". Él es el quién, si los hombres beben de él, nunca volverán a tener sed.

"Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura: "De su interior correrán ríos de agua viva". (Jn 7:37)

"...El que beba del agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brote para vida eterna". (Jn 4:14)

San Pablo, al hablar del éxodo y de la roca, que Moisés golpeó, de la cual fluyó agua, dice claramente que esto se refiere a Cristo.

"No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo.

(I Cor 10: 1-4)

Por lo tanto, Jesucristo cumplió la Pascua y el éxodo en los acontecimientos de su vida. Este cumplimiento llegó a su clímax en el momento de su crucifixión y de su resurrección. Jesús murió en la fiesta de la Pascua para mostrar que la Pascua del Antiguo Testamento se ha completado y la nueva Pascua ha comenzado. Cuando el cordero pascual se mataba en el templo, Jesús, el Cordero de Dios, estaba siendo crucificado en la cruz fuera de la ciudad. Cuando el gran día de la Pascua, que ese año fue un sábado, se observaba no trabajando, Jesús muerto, descansaba de toda la obra, en la tumba. Cuando el *“día después del sábado”* amaneció, el primer día de la semana, el día de la creación original de Dios, Jesús se levantó de entre los muertos.

Todo esto aconteció para que la Pascua Nueva y el Nuevo Éxodo, no se llevara a cabo desde Egipto a Canaán, sino de la muerte a la vida, de la maldad a la justicia, de la oscuridad a la luz, de la tierra al cielo, de la tiranía del demonio a la gloriosa libertad del Reino de Dios. La muerte y resurrección de Cristo es la verdadera Pascua, el éxodo del pueblo de Dios. Los que están marcados con la sangre de Cristo se salvan de la visita de la muerte.

Jesús inauguró la celebración de la Pascua nueva en la última cena con sus discípulos, que era la cena pascual. Él les dijo que ya no se iba a celebrar la fiesta de la Pascua en recuerdo del éxodo de antaño sino en recuerdo de él.

“Porque yo recibí del Señor lo que les he transmitido: que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan, y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se parte por ustedes. Haced esto en memoria mía. De la misma manera también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto de mi sangre. Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Porque todas las veces que comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga”. (I Cor 23-26, ver también Mt 26:26-29, Mc 14:22-25, Lc 22:14-19).

En la misma carta, San Pablo también dice: *“...Cristo, nuestro Cordero de Pascua ha sido inmolado. Por lo tanto, celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, la levadura de malicia y de la maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad”* (I Cor 5:7-8).

De gran importancia también en la nueva Pascua de Cristo es el nuevo don de la ley de Dios, la ley no escrita en tablas de piedra, sino en el corazón del hombre por el mismo Espíritu Santo de Dios (Ver II Cor 3, Jer 31:31-34, Ez 36:26-27, Jo 2:28-29).

La ley que recibe Moisés en el Monte Sinaí se cumple en el tiempo del Mesías con el don del Espíritu Santo entregado a los discípulos en el aposento alto en la fiesta de Pentecostés. En el Antiguo Testamento, este era el festival de la recepción de la ley, cincuenta días después de la Pascua (Hechos 2). Por lo tanto, una vez más, en el tiempo del Mesías, el evento de antaño se completa en el nuevo y definitivo: la ley de Moisés se completa con la ley interior de Cristo, la ley *“perfecta, la ley de libertad”* (San 1:25, 2:12), la *“ley del Espíritu Santo”*. (Rom 8:2)

“Porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu. (Rom 8:2-4, ver también II Cor 3, Gal 3-5)

Así, el apóstol Juan escribe: *“Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*. (Jn 1:17)

En el total cumplimiento y la perfección de la Pascua-Éxodo del Antiguo Testamento en el tiempo del Mesías, hay que señalar también que el cruce del Jordán hacia la tierra prometida se corresponde con el bautismo de Cristo que inaugura el reino de Dios. También digno de mención es el hecho simbólico de que el que realmente cruzó el Jordán y llevó al pueblo a la *“tierra que mana leche y miel”*, no fue Moisés, sino Josué, cuyo nombre en griego es Jesús, prefigurando así el que iba a venir del mismo nombre, y que significa Salvador, el que comenzó su misión mesiánica de traer el Reino de Dios por Su bautismo en el río Jordán.

Por lo tanto, todos los aspectos de la antigua Pascua-éxodo se cumplen en Cristo, a la perfección, totalmente y para siempre. Todo esto se renueva y revive en la Iglesia de Cristo cada año en Pascua y Pentecostés, y en cada domingo, el Día del Señor. Siempre que la Iglesia se reúne celebra la pascua perfecta de Cristo, el Cordero de Dios, que es también el divino *“Yo soy”* el que existe eternamente con Dios el Padre y el Espíritu Santo, que fue sacrificado por la vida del mundo.

LA MONARQUÍA

En el Antiguo Testamento, Dios iba a ser el rey de su pueblo. Pero quisieron ser como las otras naciones los israelitas y le pidieron al Señor un rey humano.

“Se reunieron, pues, todos los ancianos de Israel y se fueron donde Samuel a Ramá, y le dijeron: “Mira, tú te has hecho viejo y tus hijos no siguen tu camino. Pues bien, ponnos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones”. Disgustó a Samuel que dijeran: “Danos un rey para que nos juzgue” e invocó al Señor. Pero el Señor dijo a Samuel: “Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos. Todo lo que ellos me han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, abandonándome y sirviendo a otros dioses, te han hecho también a ti. Escucha, sin embargo, su petición. Pero les advertirás claramente y les enseñarás el fuero del rey que va a reinar sobre ellos”. (1 Sam 8:4-9).

Así que Samuel contó al pueblo todo lo que les pasaría a ellos si vivieran como las otras naciones que tienen un hombre como su rey. El rey envía a sus hijos a la guerra. Él pondría a todas las personas a trabajar para él. Tomaría sus mejores animales y cultivos. Él haría de las personas sus esclavos.

“Ese día os lamentaréis a causa del rey que os habéis elegido, pero entonces el Señor no os responderá”. El pueblo no quiso escuchar a Samuel y dijo: “¡No! Tendremos un rey y nosotros seremos también como los demás pueblos: nuestro rey nos juzgará, irá al frente de nosotros y combatirá nuestros combates”. Oyó Samuel todas las palabras del pueblo y las repitió a los oídos de Yahveh. Pero Yahveh dijo a Samuel: “Hazles caso y ponles un rey”. Samuel dijo entonces a todos los hombres de Israel: “Volved cada uno a vuestra ciudad.” (1 Sam 8:18-22)

Israel recibió a su rey. El primero de ellos fue Saúl que se volvió loco. El segundo fue David el Pastor, que gobernó bien al pueblo. El tercero fue Salomón, conocido por su sabiduría y por haber construido el templo de Dios en Jerusalén. Pero entonces se produjo una división de los reinos de

Israel y de Judá, y se desató la lucha entre ellos por sus pecados, lo cual resultó en una sucesión de cautiverios a diversos poderes extranjeros de los que nunca la gente finalmente escapó.

Los salmos y los profetas del Antiguo Testamento recuerdan constantemente al pueblo de Dios de la realidad que sólo el Señor es el rey. Sólo Él es el verdadero Pastor de su pueblo. Sólo Él es el que dirige, y que ha de ser servido y obedecido.

“Yo te ensalzo, oh Rey Dios mío, y bendigo tu nombre para siempre jamás; todos los días te bendeciré, por siempre jamás alabaré tu nombre; grande es el Señor y muy digno de alabanza, insondable su grandeza. Te darán gracias, Señor, todas tus obras y tus amigos te bendecirán; dirán la gloria de tu reino, de tus proezas hablarán, para mostrar a los hijos de Adán tus proezas, el esplendor y la gloria de tu reino. Tu reino, un reino por los siglos todos, tu dominio, por todas las edades. El Señor es fiel en todas sus palabras, en todas sus obras es amoroso; (Sal 145:1-3, 10-13)

Los profetas llamaron a todos los reyes de la tierra, los “pastores de Israel”, al arrepentimiento ante el Rey divino de los cielos, pero sus palabras en su mayoría no tuvieron éxito.

La palabra del Señor me fue dirigida en estos términos: Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza. Dirás a los pastores: Así dice el Señor Yahveh: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño? Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más pingües; no habéis apacentado el rebaño. No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida, no habéis tornado a la descarriada ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con violencia y dureza. Y ellas se han dispersado, por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo; andan dispersas. Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados; mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca. (Ezequiel 34:1-6).

Los salmos y los profetas del Antiguo Testamento también predijeron el momento en que Dios iba a gobernar a su pueblo directamente. Él sería el pastor de todas las naciones, gobernando a través del rey-Mesías que vendría de la casa de David, el Rey y su reino no tendrían fin.

“Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre “Maravilla de Consejero”, “Dios Fuerte”, “Siempre Padre”, “Príncipe de Paz”. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y hasta siempre, el celo del Señor de los ejércitos hará eso”. (Is 9:5-6)

“Mirad que días vienen - oráculo del Señor - en que suscitaré a David un Germen justo: reinará un rey prudente, practicaré el derecho y la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo Judá, e Israel vivirá en seguro. Y este es el nombre con que te llamarán: “Dios, justicia nuestra”. (Jer 23:5-6)

“Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. El se alzarán y pastorearán con el poder del Señor, con la majestad del nombre del Señor su Dios. Se asentarán bien, porque entonces se hará él grande hasta los confines de la tierra. El será la Paz. Si Asur invade nuestra tierra, y huella nuestro suelo, suscitaremos contra él siete pastores, y ocho príncipes de hombres”. (Miq 5:2-4)

“Porque así dice el Señor: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas. (Ez 34:11-12, 15-16)

“¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. El suprimirá los cuernos de Efraím y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. (Zacarías 9:9-10)

El rey del reino definitivo de Dios es Jesucristo. Él es el único Pastor y Señor. Él es el único. Por lo tanto, el ángel Gabriel le dice a María en el anuncio de su nacimiento *“y su reino no tendrá fin”*: *“Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”*. (Lc 1:32-33)

Durante toda su vida, Jesús preparó el reino eterno de Dios. Él vino a traer este reino a los hombres. Él es el Hijo de David, que reinará para siempre. Él es el que anuncia el Evangelio del Reino de Dios (Mt. 4:23, 9:35).

Cuando le preguntaron los fariseos cuando vendría el reino de Dios, les respondió: *“El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: Vedlo aquí o allá, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros”* (Lc 17:20-21)

El Reino de Dios está en medio de los hombres cuando Cristo está presente. Él mismo es el rey que le da el Reino de Dios a aquellos que le pertenecen.

“No temáis, manada pequeña, porque es buena voluntad de su Padre el daros el reino”. (Lc 12:32)

“Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. (Lc 22:28-30)

Todas las predicaciones y las parábolas de Cristo sobre el Reino de Dios hablan de ÉL mismo como el Rey. Aquellos que creen en Jesús y le obedecen reinarán con Él en Su Reino, que se ha preparado *“desde la fundación del mundo”* para los que le aman (Mt 25:34). Su reino es el reino eterno, que *“no es de este mundo”*, sino de Dios el Padre (Jn 18:36).

Los relatos evangélicos de la crucifixión de Cristo le colocan en el papel del rey, toda la burla y el tormento que sufre Jesús en la cruz sucede pues se le da el título de *“Rey de los Judíos”*. Esta fue la acusación contra él y el título clavado en la cruz. De este modo, la ironía es completa en como las Escrituras se cumplen en las palabras de Pilato, cuando, después de que Jesús es presentado en el tribunal, Pilato proclama al pueblo: *“He aquí a vuestro rey”* (Jn 19:14).

Jesús es el Rey. Él es uno con Dios, el *“Rey de reyes y Señor de señores”* (I Tim 6:5). Él es el *“exaltado”* sobre todos los principados y las potestades, aquel ante quien se doblará toda rodilla *“en el cielo, y en la tierra y debajo de la tierra”* (Fil 2:9-11, también Ef 1:20-23). Él es el que, al final de los tiempos cuando *“venga en Su reino”* con todos los poderes celestiales, destruirá todo mal, y gobernará sobre toda la creación para siempre como los profetas predijeron.

“Estos harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Señor de Señores y Rey de Reyes, los vencerá en unión con los suyos, los llamados y elegidos y fieles”. (Ap 17:14)

“Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama “Fiel” y “Veraz”; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce; viste un manto empapado en sangre = y su nombre es: La Palabra de Dios. Y los ejércitos del

cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso. Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de Reyes y Señor de Señores (Ap 19:11-16).

“Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de Vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos. (Ap 22:1-5)

EL SACERDOCIO

Cuando hablamos de Abraham, mencionamos que Jesucristo es el “sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Como “sacerdote para siempre”, Jesús es también la realización y la plenitud del sacerdocio del Antiguo Testamento de los levitas.

En el Antiguo Testamento, Dios ordenó a Moisés que construyera el tabernáculo con un santuario para el culto y el sacrificio.

“Y me harán un santuario, para que yo habite en medio de ellos, conforme a todo lo que te voy a mostrar del tabernáculo y sus muebles, por lo que lo haréis”. (Ex 25:8-9)

En el tabernáculo había un santuario rodeado por un patio. Dentro del santuario estaba “el lugar más sagrado”. Un arca, fue construida para contener las tablas de la ley del pacto, rodeada por dos querubines. El arca se mantenía en el lugar santísimo. Por encima del arca del pacto estaba el asiento de la misericordia desde el cual Moisés hablaba al pueblo (Ex 25:14-22).

En el santuario, mesas especiales se colocaban para “sostener platos y fuentes para el incienso” y “jarros y cuencos con los que verter libaciones”.

“Harás las varas de madera de acacia, y las cubrirás de oro, y con ellas será llevada la mesa. Harás también sus platos, sus cucharas, sus cubiertas y sus tazones, con que se libará; de oro fino los harás. Y pondrás sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí continuamente. (Ex 25:28-30)

También estaba el altar de oro sobre la que los sacrificios de animales se ofrecían.

Un candelabro de oro, con “siete lámparas para ello”, que eran encendidas con aceite puro de oliva, se colocó en el santuario. Y entre las distintas partes del tabernáculo, se colgaban cortinas.

“También harás un velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido; será hecho de obra primorosa, con querubines; y lo pondrás sobre cuatro columnas de madera de acacia cubiertas de oro; sus capiteles de oro, sobre basas de plata. Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio; y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo. Pondrás el propiciatorio sobre el arca del testimonio en el lugar santísimo. Y pondrás la mesa fuera del velo, y el candelero enfrente de la mesa al lado sur del tabernáculo; y pondrás la mesa al lado del norte. Harás para la puerta del tabernáculo una cortina de azul, púrpura, carmesí y lino torcido, obra de recamador. Y harás para la cortina cinco

columnas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro, con sus capiteles de oro; y fundirás cinco basas de bronce para ellas. Harás también un altar de madera de acacia de cinco codos de longitud, y de cinco codos de anchura; será cuadrado el altar, y su altura de tres codos. Y le harás cuernos en sus cuatro esquinas; los cuernos serán parte del mismo; y lo cubrirás de bronce.

(Ex 26:31-27:2)

Los sacerdotes del tabernáculo iban a ser los levitas, los hombres de la tribu de Leví.

“Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes; a Aarón y a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar hijos de Aarón”. (Exodo 28:1)

Dios ordenó que vestiduras especiales se hicieran para los sacerdotes que iban a servir en el santuario (Ex 28). También ordenó que un aceite especial fuera preparado para la unción de todos los utensilios del tabernáculo, así como para la unción de los sacerdotes. También ordenó un incienso especial que se hizo para quemar en el lugar santo.

“Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras generaciones. (Ex 30:29-31)

“Como este incienso que harás, no os haréis otro según su composición; te será cosa sagrada para el Señor” (Ex 30:37)

Dios también proporciona un código muy detallado sobre el culto y la ofrenda de los diversos sacrificios. Explicó que los animales debían ser seleccionados y cómo debían ser asesinados. Dijo también en qué ocasiones y con qué fines debían hacerse las ofrendas. Él dio instrucciones acerca de las ofrendas de paz y de alabanza, de acción de gracias y de misericordia, de perdón de los pecados y de reconciliación con Dios en tiempos de transgresión. También dijo que fiestas debían ser observadas, cuando debían ser celebradas y cómo se debían celebrar. Los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio están llenos de instrucciones específicas y detalladas.

Mientras pasaban por el desierto y en la tierra prometida, el pueblo de Dios llevaba el tabernáculo con ellos. Lo establecían en cada lugar donde acampaban. Finalmente, después de la travesía del río Jordán y el establecimiento en Canaán, la ciudad de Jerusalén fue establecida por el rey David. El hijo de David, Salomón, recibió la orden de Dios de construir el templo en el que la adoración de Dios se llevaría a cabo y los sacrificios rituales se ofrecerían.

“En el año cuatrocientos ochenta después que los hijos de Israel salieron de la tierra de Egipto, en el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel ...él comenzó a construir la casa del Señor” (I Re 6:1)

La casa del Señor era del mismo modelo que el tabernáculo de Moisés. Tenía un patio exterior, el interior del santuario y el lugar más santo en el que se guardaba el Arca de la Alianza. Tenía los altares de incienso, de libaciones y de holocaustos. Tenía los candeleros y la mesa para el pan de la Presencia. Tenía todos los utensilios y vestimentas necesarias para el servicio del Señor (ver I Re 6-8).

Cuando Salomón terminó de construir el templo, (960 aC) se llevó a cabo la gran fiesta de la dedicación.

“Y los sacerdotes metieron el arca del pacto del Señor en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. En el arca ninguna cosa había sino las dos tablas de piedra que allí había puesto Moisés en Horeb, donde el Señor hizo pacto con los hijos de Israel, cuando salieron

de la tierra de Egipto. Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Dios había llenado la casa de Dios. Entonces dijo Salomón: el Señor ha dicho que él habitaría en la oscuridad. Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tú habites para siempre". (1 Re. 8:6, 9-13)

Salomón entonces bendijo a la gente y les habló acerca de la construcción del templo que el Señor prometió a David que su hijo iba a construir. Luego ofreció una larga oración de dedicación, pidiendo a Dios que estuviera con la gente y recibiera las oraciones que se ofrecerían en el templo.

"Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? Con todo, tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, oh Jehová Dios mío, oyendo el clamor y la oración que tu siervo hace hoy delante de ti; que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: Mi nombre estará allí; y que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar. Oye, pues, la oración de tu siervo, y de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, también tú lo oirás en el lugar de tu morada, en los cielos; escucha y perdona. (1 Re. 8:27-30).

De este modo, el templo que Salomón construyó al Señor se convirtió en el único lugar para la adoración formal y los sacrificios sacerdotales del Pueblo de Dios. El templo fue destruido durante la época de la cautividad de Babilonia, y fue restaurado en la época de Esdras y Nehemías sólo para ser nuevamente profanado por los invasores extranjeros, y, finalmente, completamente destruido por los romanos en el año 70 dC.

Fue profetizado en el Antiguo Testamento que vendría el tiempo cuando la gloria del Señor llenaría toda la creación. Se predijo que en la época del rey y Mesías, Dios habitaría en el hombre como en su santo templo. Los sacrificios rituales del templo cesarían, como el pacto perfecto y eterno de la misericordia y la paz se lograría entre Dios y el hombre (ver Is 55:3, 61:1-11, 66:18-23, Jer 31:31-34. Ez 34:22-31, 37:24-28).

Cuando Jesús vino, la nueva y eterna alianza entre Dios y el hombre se estableció para siempre. El templo de Dios se convirtió en el cuerpo de Cristo, que es la asamblea de su pueblo, lleno del Espíritu Santo de Dios. De hecho, una de las acusaciones en contra de Jesús en el momento de su crucifixión fue que dijo que destruiría el templo de Jerusalén.

Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho. (Jn 2:13-22)

Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo. Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. (Mt 26:59-64)

En Cristo, el Mesías, las personas humanas se convierten en el templo del Dios viviente. El diácono Esteban, el primer mártir cristiano, fue testigo de esto y murió dando testimonio (ver Hec 7:44-59). El apóstol Pablo también enseñó explícitamente, como lo hizo el apóstol Pedro.

Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Ef 2:13-22)

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es. (I Cor 3:16-17)

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; el que creyere en él, no será avergonzado. (I Pe 2:4-6)

Jesucristo no sólo es el templo vivo de Dios, sino también Dios mismo en la carne, a través del cual todos los hombres se convierten en el templo de Dios en el Espíritu Santo. Jesús es también el gran sumo sacerdote y el sacrificio perfecto, que asume y cumple con todo el sacerdocio levítico del Antiguo Testamento que no era más que una "sombra" de la "realidad" por venir. Sobre la cruz, Jesús se sacrificó. Él se levantó de entre los muertos y entró en el santuario en el cielo. Después de esto, no hay otro sacerdocio y no hay otro sacrificio agradable a Dios (cf. Heb 6:10).

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (Heb 9:11-14)

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan. (Heb 9:24-28)

Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. (Heb 10:5-14)

En la Iglesia de Cristo, sólo hay un sacerdocio y un sacrificio. Es el sacerdocio de Jesús y el sacrificio de la cruz. La Iglesia entera de Cristo es un “sacerdocio real” (I Pe 2:4-6). Los clérigos ordenados de la Iglesia existen para manifestar y hacer realidad el único sacerdocio de Jesús en la comunidad, que es el “cuerpo de Cristo” (I Cor 12:27). En el Reino de Dios, Cristo, el gran Sumo Sacerdote y Cordero gobernará. El que “estaba muerto y ha vuelto a la vida” (Ap 2:8) gobernará toda la creación que será la morada de Dios.

Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero (Ap 21:22-27)

Así, el templo del Antiguo Testamento, el sacerdocio y los sacrificios se cumplen todos en Cristo, quien es Él mismo el templo, el sacerdote y el Cordero inmolado del Reino de Dios, que existe para su pueblo que Él formó como “un reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (Ap 1:16, 6:10).

LA PROFECÍA

El Antiguo Testamento está lleno de profecías. Profecía significa la inspiración directa de Dios para hablar sus palabras al mundo. Hubo muchos profetas en el Antiguo Testamento, no sólo aquellos cuyos nombres están en los libros proféticos de la Biblia, sino muchos otros, incluyendo a Moisés, Elías, Samuel y Natán.

En el Antiguo Testamento, muchas profecías se hicieron acerca de la historia y el destino del pueblo de Israel y de toda la raza humana. Por lo general, las profecías dicen lo que Dios quiere hacer en respuesta a la maldad y la infidelidad de su pueblo. Las profecías predijeron las tragedias que vendrían a Israel por sus pecados. También predijo la misericordia y el perdón final de Dios que es fiel a sus promesas, que no se enojaría para siempre, sino que haría volver de la cautividad a su pueblo y llevaría a todas las naciones a su reino eterno.

El último acto de misericordia y compasión de Dios fue el envío de su Hijo como el Mesías de Israel. Jesús, como hemos visto, es el último Rey del Reino de Dios que reina por los siglos. Él es el gran sumo sacerdote que lleva a la culminación y a la perfección los sacrificios sacerdotales del hombre con Dios. También es el último profeta y que marca el comienzo de la época en que Dios crea todo un pueblo de profetas, una comunidad completa que aprende directamente de Dios y conoce Su voluntad y Su Palabra para hablar en el mundo.

Así, en el Evangelio de San Juan, se registra que la gente reconoció a Jesús no sólo como un profeta o uno de los profetas, sino como el último profeta que Dios enviaría a finales de los tiempos.

“Cuando los hombres vieron las señales que él hacía (la alimentación de los cinco mil), se dijeron: “Este es verdaderamente el profeta que vino al mundo” (Jn 6:14)

Al oír estas palabras (sobre el agua viva), algunas de las personas, dijeron, “Este es realmente el Profeta”, otros decían: “Este es el Cristo” (Jn 7:40).

San Pedro se refiere a la aparición misma de Cristo como el Profeta, en su predicación a las personas fuera del templo de Jerusalén.

Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. (Hec 3:22-23)

Jesús es “el profeta” de quien Moisés habló en la Antigua Ley (Dt 18:15). Pero incluso Moisés y todos los profetas de la antigüedad no supieron que “el profeta” sería el Hijo divino y el Verbo increado de Dios en carne humana.

Jesús, como el último profeta, es más que un profeta. Él es radicalmente diferente a los profetas de la antigüedad. Él es el “maestro venido de Dios” (Jn 3:2), que “habla como quien tiene autoridad” (Mt 7:24, Mc 1:22), quién no habla sus propias palabras, sino las palabras del Padre que lo envió (Jn 14, 24). Él es aún más que esto porque Él mismo es la Palabra divina de Dios en carne humana.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. (Jn 1:1-4)

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad (Jn 1:14)

Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. (Jn 1:16-18)

Como la Palabra de Dios en carne humana, Jesús cumple la profecía de los grandes profetas de la antigüedad que escribieron que en el tiempo del Mesías, todos los hombres aprenderían directamente de Dios.

Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo el Señor tu Redentor. Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti. Y todos tus hijos serán enseñados por el Señor; y se multiplicará la paz de tus hijos. Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no temerás, y de temor, porque no se acercará a ti. (Isaías 54:7-8, 10, 13-14)
Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado. (Jer 31:33-34)

Como Profeta y Verbo de Dios encarnado, Jesús es el Camino, la Verdad, la Vida y la Luz del mundo.

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. (Jn 14:6-7).
Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. (Jn 8:12)

Jesús comparte su don de la profecía con todos los que le pertenecemos a él. Él da el Espíritu Santo a todos sus discípulos para que ellos también puedan conocer al Padre, hablar sus palabras y ser ellos mismos “la luz del mundo”.

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt 5:14-16)

Y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. (Mt 10:18-20)

La posibilidad completa de los hombres a la profecía se da en el don del Espíritu Santo que vino a los discípulos de Cristo en el día de Pentecostés, y siguen llegando a todos los que en la Iglesia son bautizados en Cristo. Esta efusión especial del Espíritu de Dios sobre toda carne fue en sí misma profetizada por Joel en el Antiguo Testamento. Por lo tanto, una vez más, el apóstol Pedro da testimonio de esto:

Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los

que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, Y vuestros ancianos soñarán sueños; Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. (Hechos 2:14-18)

El apóstol Pablo está de acuerdo con Pedro al insistir en que la profecía es el primero de los dones del Espíritu Santo en la Iglesia del Mesías.

*Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis.
(I Cor 14:1)*

En el Reino de Dios, toda profecía cesará, por la presencia definitiva y perfecta de Dios será dada. Entonces Cristo, el Verbo de Dios, estará presente con toda su gloria divina, manifestando a Dios el Padre a toda la creación.

LA SANTIDAD

El Dios del Antiguo Testamento era el Santo Dios. La palabra santa significa separado, distinto, diferente a todo lo que existe.

El Santo Dios del Antiguo Testamento se reveló a sus escogidos, que fueron capaces de contemplar su gloria. La gloria del Señor fue una manifestación divina especial de la Persona y la Presencia de Dios. Consistía en la visión de la luz, la majestad y la belleza y fue acompañada por la voz del Señor y de sus santos ángeles. La misma creaba en las personas que la observaban sentimientos abrumadores de temor y fascinación, así como profundas convicciones de paz, bienestar y alegría.

De este modo Moisés experimentó al Santo de Dios en su gloria divina en el Horeb, el monte de Dios, en el desierto después del éxodo de Egipto.

Y se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo el Señor que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. (Ex 3:2-6).

El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún el Señor: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro. (Ex 33:18-23)

Otras personas elegidas del Antiguo Testamento también experimentaron la presencia de la santidad divina y de la gloria de Dios. Abraham, Isaac, Jacob, Elías, y Ezequiel tuvieron tales experiencias, al igual que Isaías, cuya clásica visión se ha convertido en parte de la oración litúrgica de la Iglesia.

En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, el Señor de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. (Is 6:1-8)

Los salmos también cantan la santidad de Dios y proclaman que toda la creación habla de la gloria de Dios (cf. Sal 8, 19, 93, 104, 148, etc).

La principal enseñanza del Antiguo Testamento y el fundamento de toda la vida del pueblo de Dios fue que debía participar en la santidad de Dios. Este fue el propósito de toda la Ley de Moisés, de sus mandamientos de moral y culto.

Porque yo soy el Señor vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. Porque yo soy el Señor, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo. (Lev 11:44-45)

La gente tenía que ser santa y obtener la sabiduría y la justicia de Dios a través de su servicio y adoración. Todos los escritos sapienciales del Antiguo Testamento, y todas las enseñanzas de los profetas y los salmos se centran alrededor de este hecho fundamental: el pueblo de Dios debe adquirir y expresar la santidad, sabiduría, gloria, y la justicia de Dios mismo. Este y no otro es el significado y propósito de la vida del hombre como creado y guiado por Dios.

El último y perfecto propósito de Dios para el hombre se cumple en Cristo. Sólo Él es el cumplimiento de la ley y los profetas. Sólo Él es el “Santo de Dios” (Mc 1:24, Lc 1:35, 4:34). Sólo Él es perfectamente justo y totalmente libre de pecado. Así, san Pedro habla de Jesús a la gente después de Pentecostés.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. (Hechos 3:13-15).

El apóstol Pablo está de acuerdo con la enseñanza de Pedro al referirse a Cristo no sólo como santo, justo y sabio, sino como la misma santidad, la justicia y la sabiduría de Dios misma en carne humana.

Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor. (1 Corintios 1:22 - 24, 30-31).

La gloria de Dios se revela en la persona de Cristo. Este es el testimonio coherente de los apóstoles que presenciaron "el reino de Dios venido con poder" en el monte de la Transfiguración (cf. Mt 17:1-6, Mc 9:2-7, Lc 9:28-36).

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. (Jn 1:14).

Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (II Cor 3:7, 18, 4 : 6).

En Cristo y por Cristo, por medio del Espíritu Santo, todos los hombres pueden compartir la gloria de Dios, y participar en la santidad de Dios.

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; (2 Pedro 1:3-4).

La participación de los hombres en la "naturaleza de Dios" comienza ya en la Iglesia de Cristo, el fruto final de la historia de la salvación del Antiguo Testamento. En la Iglesia, el Reino de Dios está presente, pues es "justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14:17). En la Iglesia de Cristo comienza ya la alabanza perpetua al Santo de Dios que existe ahora en los cielos y llenará toda la creación, cuando Cristo venga en la gloria de su Reino al final de los tiempos.

Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. (Apocalipsis 4:8 b).

Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. (Apocalipsis 22:6-7).

El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira. Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. (Apocalipsis 22: 11-16).

El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. (Apocalipsis 22:20-21)